

RECUERDOS DE UN BIBLIOTECARIO

(1919-1930; 1930-1932; 1943-1948; 1956-1958)

*El saber, como la riqueza, es fecundo
cuando está al servicio del hombre.*

Texto de una placa a la entrada de la Biblioteca Nacional de Lima inaugurada en 1947.

***I La estampa de la Biblioteca Nacional antes de 1943.
Luís Ulloa. Nuestra "invasión" en el interior de la
Biblioteca en 1919. Funcionario de ella hasta 1930. La
"Cenicienta del Presupuesto de la República".***

La estampa de la Biblioteca Nacional, tan familiar para los estudiosos hasta mayo de 1943, es ahora un recuerdo que va esfumándose y embelleciéndose con el tiempo hasta que nadie viva para evocarlo. La puerta de entrada abría a la calle de Estudios; y, al atravesarla, se ingresaba en un claustro con sobrios portales en los cuatro lados y un amplio espacio descubierta en el centro. Era la clásica vista de un convento antiguo lleno de una nobleza que los pretenciosos edificios modernos no suelen tener. A la izquierda, en toda el ala de los bajos, estaba el Archivo Nacional con sus altos y empolvados muebles de madera, llenos de expedientes. La Biblioteca ocupaba sólo el centro y el ala derecha del edificio en ese piso. Una escalera de mármol, también al extremo derecho del patio, conducía a los altos, donde hallábanse las salas de conferencias y de sesiones y la biblioteca de la Sociedad Geográfica, en mi época no muy frecuentada. En ese piso vivió don Ricardo Palma con su familia.

Antes de entrar en dicho establecimiento, hallaba el visitante en los últimos años anteriores al incendio, la columna sobre la que se erige la cabeza del tradicionista, esculpida por Piqueras Coto. Un pequeño corredor daba acceso, a la derecha, a la sala de la Dirección; a la izquierda a un depósito de revistas; y, al fondo, al salón de lectura. La Dirección tenía sólo los muebles necesarios, sin ostentación alguna y en sus estantes de madera guardábanse algunos documentos considerados muy valiosos como los tomos correspondientes al archivo Paz Soldán, las memorias del general Luís La Puerta y los folletos de la colección Zagarra, Un retrato de don Ricardo Palma, obra de Teófilo Castillo, pendía de la pared, detrás del modesto escritorio del Director. La sala de enfrente, jamás abierta, albergaba colecciones no leídas de revistas europeas, en su mayor parte españolas y francesas, que se repartían en las estanterías insertas en la pared del piso y en un altillo al que se subía por una escalera de caracol perteneciente a la misma armazón. Más al fondo y colindante con el Archivo Histórico, hallábase una segunda sala de depósito, sin estanterías, donde en su suelo estaban hacinadas, en enormes montones, revistas europeas, la desencuadrada mayoría perteneciente a los años posteriores a 1912 y

anteriores a 1918. Entre ellos hallé alguna vez *El Motín*, periódico anarquista de Barcelona, seguramente de la época en que fue Director Manuel González Prada.

En el largo salón de lectura podrían contarse, más o menos, unas cincuenta sillas muy cómodas, con sus mesas respectivas, una grande el centro y otras pequeñas a los costados, todas ellas fabricadas en forma tal que los libros o periódicos fueran leídos en la forma más fácil.

Cualquier intento de catálogo era desconocido (1). El lector escribía de memoria una de las papeletas puestas en la mesa del vigilante y la llevaba a la reja colocada al centro en el lado derecho, detrás de la cual atendían los tres o cuatro empleados de este servicio. Al fondo del salón destacábase el escudo nacional con la inscripción que conmemoraba la reapertura de la Biblioteca el 28 de julio de 1884, durante el gobierno del general Miguel Iglesias y bajo la dirección de Ricardo Palma. En las paredes veíanse los retratos de muchos ciudadanos ilustres. No eran únicamente literatos, pues estaba allí Pancho Fierro. Dichos cuadros habían sido pintados en su mayor parte por Luis Astete. También estaban las efigies de Bartolomé Herrera y de Miguel del Carpió, valiosas obras cuyo autor fue Francisco Laso. Una ley había ordenado que sólo por acto del Poder Legislativo se agregaran nuevos retratos a la colección; y en virtud de ella habíanse colocado los de Ricardo Palma y de Nicolás de Piérola, no así el de Manuel González Prada. La impresión de esta sala, en conjunto, era de dignidad y de decoro, si bien el crecimiento paulatino del número de lectores a partir de 1884 la volvía sumamente estrecha, pues no se hizo allí nunca ampliación alguna. Un cartel negaba la entrada a los menores de dieciséis años; y obligaba a los menores de veintiuno a ceder el asiento a las personas mayores en los días de gran afluencia de público.

Detrás de la reja empezaban las amplias salas de depósito de libros, vacías al centro y con bellos estantes de cedro de impresionante color oscuro en las paredes hasta arriba, con un segundo piso que formaba parte de la misma estructura de madera y cuyo acceso era facilitado por unas escalerillas en forma de caracol. La primera sala, de 150 pies de largo, 60 pies de ancho y 30 pies de alto, penetraba con mayor profundidad en comparación con el resto del edificio hacia el lado de la iglesia de San Pedro, y había sido antes el refectorio de los jesuitas. Era llamada la sala Europa, lo mismo que otra de menor dimensión a la que se llegaba torciendo a la derecha. Seguía luego, hacia la calle Estudios, ya paralela al patio, la sala América donde estaban también los libros y folletos peruanos; y, finalmente, con dos ventanas a esa calle, una sala de periódicos peruanos encuadernados.

En el centro de la sala América, como arca sagrada, destacábase un pequeño estante circular de madera, donde bajo llave habían sido reunidos los manuscritos y algunas joyas bibliográficas.

El orden de los libros en todas las secciones era por tamaños, de acuerdo con su fecha de ingreso. Conocer su ubicación venía a ser privilegio reservado a la experiencia y al interés de empleados antiguos.

Los escritorios del personal que no atendía a los lectores hallábanse repartidos en la vastedad de cada una de las tres grandes salas.

(1) Sin duda, la primera muestra de la repercusión de la moderna técnica bibliotecaria en el Perú fue el artículo que Federico Villarreal publicó en la *Revista de Ciencias* en 1910 sobre el método de Dewey. Incluyó las tablas generales de clasificación hasta con cuatro dígitos y también modelos sobre el empleo del sistema (Véase la biografía de Villarreal por Arturo Aicalde Mongrut en la Colección *Hombres del Perú*, Lima, Editorial Universitaria S.A., tomo XXXVI, 1967, pág. 108).

Mi primer recuerdo de la Biblioteca Nacional se remonta a los años 1914 ó 1915, sin duda, más probablemente en éste último. Quise ir a leer allí; pero fui rechazado por no tener la edad mínima necesaria para gozar de ese privilegio. En conmemoración del episodio, dispuse que la primera sala de la nueva Biblioteca Nacional abierta al público en 1947 fuese la del Departamento de Niños.

Obtuve de mi familia una carta para el Director, que era Don Luís Ulloa. Este, con gran bondad, dispuso que se me diera una mesa en su propio despacho. Allí conocí a José Carlos Mariátegui, contertulio habitual de Ulloa entonces. Debe ser estudiada la influencia que don Luís pudo ejercer sobre José Carlos. Lo aquí narrado debe ser coincidente con las vacaciones del colegio, pues recuerdo haber acudido a la Biblioteca durante las tardes. Cuando Ulloa renunció, por desacuerdos con el gobierno de don José Pardo, ya no volví, pues carecía de relaciones con su sucesor, Manuel González Prada.

Aunque fue muy breve, este contacto con la Biblioteca Nacional contribuyó a definir mi vocación. Debo profunda gratitud a don Luís por su gentileza y su generosidad. Sólo muchos años después me fue dable conocer su figura intelectual. Nacido en 1868, hijo del gran polígrafo José Casimiro Ulloa y hermano de Alberto y de Abel, se inició como poeta neo-romántico; de esta vocación exhibió una muestra en la obra *Tres Cantos de la Juventud (1889-1891)*, publicada en 1912. Pero su verdadero gusto fue por la investigación histórica con preferencia por la de documentos ignorados, especialidad en la que, como tantos de los hombres nacidos en el siglo XIX, fue un autodidacta. Viajó a Europa con ese motivo y edito en Sevilla en 1899 la *Relación de la jornada y descubrimiento del río Maná (hoy Madre de Dios) por Juan Álvarez de Maldonado en 1567*. En gran parte reunió la magnífica titulación, principalmente sobre la Conquista y el Virreinato, que se publicó en los dieciséis tomos de prueba para el alegato peruano en el litigio con Bolivia. También colaboró en análoga meritoria tarea en relación con el problema con el Ecuador.

De regreso a la patria, hombre de avanzada, autor de artículos que hoy resultan precursores, fue, a comienzos del siglo XX, director del diario *El Liberal*. En 1911 publicó su obra *Algo de Historia. Las cuestiones territoriales con el Ecuador y Colombia y la falsedad del protocolo Pedemonte Mosquera*, con prólogo de Carlos Wiesse, uno de los pilares de la bibliografía peruana sobre este litigio. Al surgir una situación de incertidumbre en relación con la sucesión presidencial en 1912, editó el libro *Consejos al pueblo: La situación política a la luz del Derecho y de la Historia*, lleno de datos sobre los avatares de la República. Allí se opuso a la elección por el Congreso y abogó por la necesidad de una Junta de Gobierno que acudiese al sufragio popular. Al plantear esta fórmula propia, en defensa de la verdad en el voto, se opuso a la corriente que dominaba entonces en el sentido de que el Congreso debía conferir la Presidencia a don Guillermo Billinghurst. Uno de los defensores más ardorosos de esta tesis era Alberto Ulloa, hermano de Luís, desde *La Prensa*. También fue de 1912 su obra *El acercamiento a Chile. Palabras de verdad y de justicia*. En 1913 editó *Notas histórico-geográficas sobre la región Chinchipe-Santiago*. Nuevamente, como en 1912, dedicó en 1915 su pluma a la actualidad en *La situación política*.

Después de renunciar la dirección de la Biblioteca, colaboró en el diario de oposición *El Tiempo* con apasionados artículos histórico políticos. Dentro de la línea de su padre y de su hermano Alberto, tuvo la preocupación anti-civilista. A él se debió la acuñación de la palabra "neogodo" para designar a los miembros de ese partido. La campaña de *El Tiempo* condujo al renacimiento

político de don Augusto B. Leguía; pero Ulloa no se asoció a él y en 1919 formó, con Carlos del Barzo, el partido socialista al que los obreros anarco sindicalistas desbordaron en el sangriento paro del mismo año. Poco después del golpe de Estado que llevó a Leguía al poder, Ulloa viajó a Europa. Desde la emigración combatió duramente en 1925 la política internacional de este gobernante en *La verdad sobre el arbitraje de Washington*. Pero las investigaciones históricas lo fueron atrayendo de nuevo; esta vez en relación con el descubrimiento de América y Cristóbal Colón. Radicado en Barcelona, gran notoriedad internacional alcanzó su libro *Cristophe Colomb catalán. La vraie genese de la découverte de l'Amérique*, cuya fecha de edición fue el año de 1927. Siguieron *Noves probes de la catalanitat de Colom; les grans falsetats de la tesi genovesa (1927)*; *el Predescubrimiento hispano-catalán de América en 1477. Xristo-Ferem Colom, Fernando el Católico y la Cataluña española (1928)*; *La genese de la découverte de l'Amérique (1928)*; *La predescoberta d'América y la personalitat del Descubridor; el pare Ramón Pons y la predicación del cristianismo a América (1930)*.

Más que su tesis muy discutible sobre la nacionalidad catalana del descubridor, lo que vale en las obras antedichas es la erudición del autor sobre la juventud de aquél y sobre los preparativos del gran viaje de 1492. En 1936, año de su fallecimiento en Barcelona, publicó en la misma ciudad un *Manuel de la Historia de América española, con atisbos originales*. Otras obras suyas fueron *Ecuador, Perú y Solivia (1931)* y *América (1932)*.

En 1919, cuando acababa de ingresar en la Universidad como estudiante, pertenezco al grupo que organizó Raúl Porras Barrenechea para registrar los folletos dispersos en la Colección *Papeles*, que ocupaba numerosos estantes de la sección Perú en la sala América de la Biblioteca Nacional. En dicha colección habían sido encuadernados, según su tamaño y sin otro orden, aproximadamente 15,000 folletos nacionales, impresos durante la época colonial y la republicana. Habían allí, desparramadas, fuentes para la historia religiosa, literaria, jurídica, política, científica del Perú sin que faltaran muchos que trataban de asuntos personales. Nuestro trabajo voluntario y gratuito debía hacerse al servicio de la cátedra de Historia del Derecho Peruano a cargo del Dr. Arturo García Salazar. Integraron el equipo Jorge Guillermo Leguía, Manuel G. Abastos, Ricardo Vegas García, José León y Bueno, Eloy Espinosa Saldaña y Jorge Cantuarias. Nos dedicamos con empeño a labor tan ardua y fatigosa y llegamos a terminar uno de los estantes de *Papeles Varios*. Faltaban tres o cuatro más para terminar

Las fichas empezaron a publicarse en los números de junio, setiembre y diciembre de 1928 y de junio y diciembre de 1929 del *Boletín Bibliográfico* de la Universidad de San Marcos. El viaje de Raúl Porras a México con motivo de un Congreso de Estudiantes paralizó la obra; y seguí acudiendo a la Biblioteca, ya por mi cuenta, a leer y a hojear papeles viejos, acompañado casi siempre por Jorge Guillermo Leguía y Manuel G. Abastos. Tenía dieciséis años cuando abandoné de esta manera, absorbido por el "vicio impune de leer", la perspectiva que se me había abierto para el futuro en uno de los buenos "estudios" de abogados de Lima como amanuense y aspirante a la práctica profesional.

Un día vacó una plaza en la Biblioteca y obtuve el nombramiento por acción coincidente de Luis Alberto Sánchez, entonces Secretario-Contador de la institución, y de Jorge Guillermo Leguía, cuyo influjo era grande pues su tío acababa de hacerse cargo de la Presidencia de la República. Entré como "auxiliar", con el sueldo de ochenta soles mensuales. Mi antecesor fue un joven intelectual que en su escritorio se dedicaba, por no sé qué medios, a tener charlas con personajes fallecidos; al renunciar dejó gran cantidad de

papeles alusivos a esas entrevistas misteriosas. Se me asignó primero la tarea de ir apuntando en unas tarjetas verdes los libros de la sala Europa. En obediencia de órdenes especiales y quizás sardónicas del Sub-Director, don Carlos A. Romero, empecé por anotar a mano, pues no disponía la Biblioteca de muchas máquinas de escribir, una enorme cantidad de obras en latín provenientes del antiguo convento de los jesuitas, que yacían sin moverse muchos lustros y acaso siglos en la parte alta de esta sección. El Director del establecimiento era el doctor Alejandro O. Deustua. Llegué a tener directa relación con él pues me distinguió muy cariñosamente entre sus alumnos de la Facultad de Letras y me nombró amanuense en la Secretaría de ella, cargo que sólo ocupé durante corto tiempo. A través de varios años trató, en repetidas ocasiones, de inducirme a que me dedicara a los estudios filosóficos. En la Biblioteca, un día Deustua me ordenó que registrara en fichas sólo las ediciones del siglo XX con el fin de obtener una guía que tuviera utilidad para el salón de lectura; disposición que cumplí aunque, sistemáticamente, Plomero, ante mí y ante todos los visitantes, la criticaba con los más duros comentarios.

Hacia 1926, ascendí, por antigüedad, a "conservador", con ciento setenta soles mensuales. Deustua me dijo que había enviado la propuesta con mi nombre al Ministerio de Instrucción; pero que era de mi incumbencia obtener el documento oficial confirmativo para evitar el de cualquier candidato premunido con el favor político. Felizmente era Ministro un gran caballero, el doctor Alejandrino Maguiña. Había sido él catedrático mío en el curso de Metafísica. Pedí audiencia y resultó una sorpresa obtenerla de inmediato. Con gran cordialidad me ofreció el Ministro el nombramiento y lo firmó. Desde entonces mi tarea principal fue tener al día, con los datos correspondientes, el voluminoso libro de ingresos de la sala Europa en la sección moderna; y esta labor, así como la del fichero mencionado, que por fin completé después de mucho tiempo, no fueron, por cierto, abrumadoras a lo largo de los años. Me dediqué entonces, como casi todos los empleados que no estaban al servicio del público lector, a leer por mi cuenta en las horas de oficina. Así se enriquecieron mis conocimientos en el ámbito de la literatura, la historia, la política, el derecho y la economía principalmente. Pero siempre, después de muchas incursiones en la bibliografía moderna, volví a manejar folletos, libros, periódicos y manuscritos sobre la historia nacional, consciente a medias de que tenía a mi disposición un filón único. Muchas veces acudí, para esto a la Biblioteca en días de fiesta y en sábados, cuando las oficinas no funcionaban. En realidad fui, durante varios años, sin compromiso expreso, algo así como un becario del Estado peruano para realizar investigaciones con el título de empleado público. Entre 1923 y 1925 compartí las labores en la Biblioteca Nacional con el trabajo de super vigilar el servicio nocturno en la Biblioteca de la Universidad y de colaborar en la edición del *Boletín Bibliográfico*, cargos que debí a Pedro Zulen. Fue la de Zulen una de las grandes influencias que tuve en mi joven ¿desde agosto de 1925 hasta junio de 1926 estuve en la campaña plebiscitaria de Tacna y Arica; pero volví a la Biblioteca Nacional en esta última fecha y allí permanecí hasta 1930.) Por esa época fui profesor de Historia del Perú en varios colegios pobres, hasta que me nombraron en el Colegio de Guadalupe y en el Instituto Pedagógico. Me quedé en la Biblioteca, si bien concluí mis estudios universitarios en 1927, y permanecí en ella dos años después de mi iniciación como catedrático de Historia del Perú en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos.

Las relaciones que mantuve con los compañeros de labores fueron siempre cordiales. En los primeros tiempos de esta coexistencia hubo a veces demoras en el pago de los sueldos y cuando llegaba el día de cobrarlos, quienes no temamos obligaciones inmediatas, tomábamos asueto e íbamos a beber cerveza y a jugar bochas en un restaurant de Magdalena del Mar. Viví al lado

de gente con las más vanadas características. Hubo, por muchos años, un empleado que llegaba tarde o faltaba con frecuencia y el Sub-director se quejaba por eso ante el Director; pero, según él, Deustua respondía siempre: "¿Qué puedo hacer si tiene un hermano coronel?". El ideal de este simpático amigo era obtener una sub-prefectura, que no pudo atestiguar si después consiguió. Hubo quienes nos acompañaron durante breve plazo y luego la vida los aventó lejos; no faltaron otros que se quedaron después de que renuncié. Entre ellos, Salvador Romero Sotomayor había reunido durante largos años gran cantidad de minuciosas fichas bibliográficas sobre asuntos que le interesaban, entre ellos, según me parece recordar, el arte y los artistas en el Perú. Todos estos valiosísimos ficheros quedaron convertidos en cenizas en 1943. La tranquilidad de nuestras oficinas era a veces interrumpida por la llegada y la presencia de investigadores a quienes se les concedía el no muy extendido derecho de pasar del salón de lectura a los recintos donde estaban almacenados los libros. Estas visitas dieron lugar en la vida diaria, a través de muchos años, a variados episodios, algunos indiferentes, grotescos, patéticos, o cómicos. Entre los segundos recordaré el caso de un periodista que oficiaba de historiador y que por su influencia en el gobierno había obtenido el encargo, bien remunerado, de formar una galería de retratos de los Grandes Mariscales peruanos para no sé qué entidad oficial. Este sujeto anduvo en investigaciones empeñosas; pero como le faltaran las efigies de algunos sujetos que pretendía inmortalizar, puso las figuras de militares de México o de Centro América. Patético me pareció, en cambio, lo que ocurrió con José Santos Chocano cuando acababa de salir de la prisión por el asesinato de Elmore. Entró una tarde en la búsqueda de un dato muy urgente por la puerta que daba al patio de afuera de la Biblioteca y me vio de lejos sentado en una silla frente a mi escritorio en la Sala Europa. No había mucha luz en aquellos recintos. Yo era muy joven entonces y dicen que me parecía un poco a Edwin Elmore, de quien era pariente pues la madre de este infortunado escritor se apellidó Letts Basadre. Chocano impresionado visiblemente, quizás porque le recordé a su víctima, preguntó quién era yo, entró en digresiones sobre las distintas ramas de la familia Basadre y se marchó de prisa, sin resolver la consulta bibliográfica que había pretendido hacer.

Alguien, quizá para restar importancia a la obra iniciada en 1943 o por un exceso de simplicidad mental al hacer elogio de Carlos A. Romero, ha presentado un cuadro idílico de lo que era la Biblioteca Nacional cuando este gran erudito ocupó la Subdirección y luego la Dirección de ella. Quedamos ya, pocos entre quienes supieron cuál fue la triste realidad de entonces. Nuestra convicción hállase ratificada por un artículo de José Carlos Mariátegui. Allí dijo entre otras cosas, el autor de *Siete Ensayos*.- "La Biblioteca Nacional no corresponde a su categoría ni a su título. Su capital de libros, revistas y periódicos (contemporáneos) es insignificante. Lo incrementan lentamente algunos exiguos lotes de libros y algunos donativos de la bibliografía oficial o de autores mediocres. No llega a la Biblioteca ni un solo diario europeo. No llegan sino dos revistas. Ni siquiera sobre tópicos tan modestos y tan nuestros como la literatura peruana, es posible obtener ahí una documentación completa... La Biblioteca Nacional no vive casi... No existe casi para la cultura y la inteligencia del país. Es la Cenicienta del Presupuesto de la República. Todas las dificultades provienen de la pobreza extrema de su renta... El catálogo es un proyecto eternamente frustrado... Faltan libros elementales de política, de economía, de filosofía, de arte, etc..."(2). Mariátegui cuidó en este severo artículo, del que tomo sólo

(2) *Mundial*, 13 de marzo de 1925 Véase también el artículo de Carlos Pareja Paz Soldán "Inutilidad de nuestra Biblioteca Nacional" en *La Prensa*, Lima, 14 de setiembre de 1935.

unas cuantas frases, advertir que entonces (1925) la Biblioteca de la Universidad de San Marcos era mucho más orgánica, cabal, más viva. Nada se hizo por cambiar el estado de cosas que había denunciado. Poco después, al morir Zulen, la Biblioteca de San Marcos cayó en similar marasmo.

II Bibliotecario de San Marcos. La beca a Estados Unidos obtenida a través del gran Rector Encinas. De regreso en San Marcos, entre 1935 y 1942.

El Estatuto Universitario de 1928 que preparó el Ministro Pedro M. Oliveira sacó del retiro docente al doctor Alejandro O. Deustua, alejado de los claustros de San Marcos desde varios años atrás; y le otorgó el nombramiento de Rector de esa entidad al que durante muchos años tuvo derecho aunque fue pospuesto por otras figuras menos eminentes. Con esa actitud Oliveira quiso dar prestigio al nuevo régimen que se inauguraba. A la cabeza de él, puso a una figura netamente universitaria y sin colorido político, si bien desde años atrás hallábase desvinculada de las aulas. (En 1930 vacó la dirección de la Biblioteca universitaria por fallecimiento de quien estaba a cargo de ella. Deustua bondadoso conmigo una vez más, no obstante que era conocedor de mi falta de simpatía para el gobierno que lo había rehabilitado, me confió este cargo.

Poco "después, desde setiembre de 1931, gracias al apoyo entusiasta del gran Rector José Antonio Encinas, me trasladé a Estados Unidos para estudiar organización de bibliotecas con una beca de la Fundación Carnegie. Fui el primer peruano que recibió este cargo. Entre setiembre y junio del año siguiente trabajé en duro esfuerzo como "interno" en varias bibliotecas-tipo y en algunas Escuelas de Bibliotecarios especialmente seleccionadas para mi programa de actividades por la Asociación Norteamericana de Bibliotecarios y bajo la supervigilancia estricta de ella. Durante mi ausencia, la Universidad de San Marcos fue declarada en receso por un acto dictatorial. En esa época viajé primero a Alemania y luego a España.

Como la Universidad de San Marcos fue reabierta en 1935, volví al Perú a hacerme cargo nuevamente de mis cátedras y de la Biblioteca que varios interesados pretendían obtener, y entregué en la Secretaría General los honrosos documentos sobre mis actividades académicas en Estados Unidos y Europa. Un poderoso enemigo mío, que ocupó el cargo algunos años después, los hizo desaparecer. En la Biblioteca no fue fructífera mi labor desde el punto de vista técnico, por invencibles dificultades económicas y deficiencias del local. Es decir, tropecé con los mismos obstáculos que tuvo Zulen. Pero me preocupé por dar nueva vida y nueva orientación al *Boletín Bibliográfico*. Gracias a mi iniciativa y con la inapreciable y eficazísima ayuda de Federico Schwab, aparecieron en dicha revista listas de libros peruanos editados anualmente, relaciones sistemáticas de artículos aparecidos en diarios y revistas nacionales, bibliografías de autores contemporáneos, relaciones de seudónimos, etc. Es decir, a partir de 1936 se puede conocer debidamente clasificada la producción bibliográfica en el *Perú*. (Además, el servicio al público lector fue organizado en forma que resultara eficiente y rápido. Quedaron atendidas las necesidades más urgentes para los alumnos; pero, a la vez, hubo ayuda a algunos catedráticos en sus tareas de investigación. Libros especialmente adquiridos facilitaron el incremento en la cultura jurídica de Ángel Gustavo Cornejo, por ejemplo; y Teodosio Cabada pudo dedicar algunas de sus lecciones en el curso de Historia de la Cultura a la obra de Toynbee, cuando ésta apenas acababa de aparecer. Estoy citando apenas dos casos. Podría mencionar otros. Federico Schwab, repito, muy capaz y muy ac tivo

tradujo algunas obras fundamentales para el Perú o para la cultura en general, con el fin de ponerlas a disposición de los lectores de la Biblioteca; a ellas se agregaron tres traducciones de libros de viajeros franceses del siglo XIX, que hizo Emilia Romero a mis instancias y que varios años más tarde llegaron a ser impresas. El ensayo que publiqué en *La Prensa* de Lima titulado *al sentido de las bibliotecas* (12 de enero de 1936) y llegó a ser reproducido en el N° 2 del *Boletín de la Biblioteca Municipal de Lima* (enero de 1936), propagué entre nosotros, por vez primera, la filosofía de la moderna institución bibliotecaria.

Directamente colocado contra mí por ese mismo personaje que he mencionado antes, un artículo en la Ley Orgánica de Educación promulgada en 1941, me hizo renunciar la dirección de la Biblioteca de la Universidad en 1942, cuando estaba casi lista la ayuda de una poderosa fundación norteamericana para llevar a cabo de modo integral la tarea de catalogarla (3). Un grupo muy numeroso de estudiantes de todos los sectores políticos de entonces, me ofreció un agasajo de despedida en el Hotel Bolívar, hermosa compensación a mis trancos afanes. Rene Boggio hizo uso de la palabra en aquella inolvidable tarde.

III El incendio de la Biblioteca Nacional y el Comité Pro-Reconstrucción. Una vista pavorosa. Mi nombramiento como Director. ¿Qué origen tuvo el siniestro? Vn reportaje a don Carlos A. Romero. La catástrofe, resultado de un nial endémico en el Perú del siglo XX.

A comienzos de 1943, mi amigo Richard Pattee me consultó si me sería posible dirigir un curso de seminario de historia latinoamericana en la Escuela de Verano de la Universidad de Columbia en Nueva York. Acepté gustoso. Buena parte de ese verano en el balneario de La Punta lo dediqué a preparar ficheros de fuentes y materiales de consulta y a hacer el esquema de las distintas sesiones, con el objeto de no verme dentro de las angustias que había experimentado al enseñar Historia Latino-Americana en inglés, en Swarthmore College en 1941-42.

Todo estaba listo para el viaje a mediados de junio y hasta mi pasaporte con la visa respectiva. La Universidad de Columbia había anunciado públicamente mi nombre como profesor visitante en sus prospectos. (Un lunes de mayo, al ir, a las ocho de la mañana, a la clase de Historia del Derecho Peruano en la Universidad de San Marcos, me enteré que esa madrugada habíase producido un devastador incendio en la Biblioteca Nacional. Tiempo hacía que a pesar de mis deseos, no frecuentaba ese lugar. En ese momento, la violencia de mis recuerdos y de amarguras me hicieron preferir no ver convertido en ruinas aquel recinto que, aparte de su enorme significado para el país, era el lugar donde tantos años de mi juventud transcurrieron. Pocos días después falleció mi hermano Federico; y, por este duelo, no asistí a la sesión del Comité Pro-Reconstrucción de la Biblioteca Nacional nombrado por el gobierno después del incendio. Esta Comisión se dividió en varias sub-comisiones. Una de ellas, integrada por José Calvez, Honorio Delgado y Luis Alayza y Paz Soldán, hizo un estudio del posible origen del incendio y su dictamen constituyó luego un documento

(3) El artículo de la ley decía que nadie podía ocupar más de un cargo administrativo y una cátedra en la Universidad. Mi caso era único Reunía yo, desde muchos años atrás, las clases de Historia del Perú (Investigación) en la Facultad de Letras y de Historia del Derecho Peruano en la de Derecho, más la dirección de la Biblioteca Lo hacía porque las remuneraciones eran muy bajas Trabajaba con dedicación exclusiva, a veces desde (as 8 de la mañana hasta las 7 de la noche. Años después, mi enemigo fue Secretario General de la Universidad y catedrático en las Facultades de Letras y do Educación, sin objeción de nadie.

sensacional, pues negó que la causa del siniestro hubiera sido un corto circuito y consideró evidente su origen intencional. Otra de estas subcomisiones, presidida por el doctor Mariano Ignacio Prado, trabajó en lo que respecta a la ubicación del nuevo edificio y contribuyó a que se decidiera mantenerlo en el antiguo local, ampliándolo hacia la avenida Abancay y el jirón denominado ahora Antonio Miró Quesada. *La actual Biblioteca Nacional inaugurada en 1947 no es la heredera del sólo terreno donde se produjo el incendio de aquel año. Su área se ha incrementado considerablemente, aunque ésto lo ignoren muchos.* Otras sub-comisiones recibieron el encargo de sugerir fórmulas y directivas para la restauración del patrimonio perdido o de centralizar y estimular donativos en dinero.

Hallábase enfermo en esos momentos el Ministro de Educación, doctor Lino Cornejo, y la sesión plenaria de la Comisión fue presidida por el doctor Alfredo Solf y Muro, Ministro de Relaciones Exteriores, con quien había guardado siempre muy cordial relación durante el tiempo en que él fuera Rector de la Universidad Mayor de San Marcos y yo Bibliotecario de ella. El doctor Solf, en mi ausencia y sin previo aviso a nadie, me propuso como Secretario, lo que de inmediato fue acordado. Con esta investidura, de la que me enteré en la noche, me fue forzoso ir a la mañana siguiente a la Biblioteca Nacional. Nunca en mi vida había visto espectáculo tan impresionante. Daba la impresión de un lugar bombardeado. Gruesas paredes desnudas sobre las que se sostenían algunas vigas calcinadas y que, a medias, protegían escombros llenos de lodo, era lo que había en lugar de las apacibles salas América, Europa y Periódicos Peruanos, con sus bellas estanterías y sus anchos corredores, y como resto del depósito de publicaciones recientes. En el suelo yacían, en confusión, papeles y trozos de anaqueles, muebles, pisos y techos. (El fuego, al consumir los pisos, al poner en descubierto la tierra del suelo y al ocasionar el desplome de habitaciones enteras, habíase unido, en monstruosa alianza, con el agua para la destrucción de impresos y manuscritos preciosos que yacían empapados y en desorden, susceptibles de acabarse de malograr en la intemperie. Había en el aire un característico y muy desagradable olor a papel quemado y a humedad. Con la angustia de dominar el fuego los bomberos habían prodigado, a veces innecesariamente, el uso de sus mangueras en todos los lugares en donde podía observarse escombros humeantes. Más tarde encontramos, por ejemplo, el libro manuscrito con el diario de viaje del *Amazonas*, barco de la Armada nacional, en su vuelta al mundo, indemne al fuego pero con el texto borrado irremediablemente por el agua".

Parecían haberse ensañado las llamas en lugares muy alejados entre sí: las dos salas Europa, la sala América, el salón de lectura y el depósito de publicaciones periodísticas. De ellas (como tuve más tarde oportunidad de comprobar) nada o casi nada pudo salvarse. La destrucción fue allí casi siempre completa, pese al hecho de estar los libros alineados en las estanterías, presentando hacia afuera, como en un muro, sus empastes de cuero. Tampoco quedó ni un fragmento de la galería de retratos de grandes escritores peruanos que adornaba el salón de lectura. Idéntica suerte acompañó a las valiosas colecciones de diarios y revistas nacionales de provincias guardados bajo llave y sin orden y sin encuadernar en el depósito del fondo del local, a la derecha del salón de lectura.

La parte exterior del edificio, entrando a la izquierda, había quedado, en cambio, intocada por la acción oportuna de los bomberos. El despacho del Director continuaba como si nada hubiese ocurrido, con su misma vieja pobreza, en la patética desolación anterior al incendio. El mismo cuadro existía en las dos salas de revistas, al frente de esa habitación, ya colindantes con el Archivo Histórico.

Mucho más extensa venía a ser (si se miraba desde la calle Estudios, o sea desde la entrada de la Biblioteca) la propagación de las llamas en el sector

cercano a la iglesia de San Pedro. Aparte de la sala de lectura y el depósito interior de periódicos, habían ellas recorrido un largo trayecto para arrasar, como ya he dicho, las salas de Europa, antigua y moderna, la vastísima sala América con los libros peruanos y el estante de manuscritos y luego dejar destruida de hecho la sala de periódicos colindante con dicha calle. Y como aquí el edificio tenía dos pisos, al quemar los techos, habían penetrado en el suelo de las habitaciones de la Sociedad Geográfica, para generar daños enormes para esa institución.

El incendio, pues, había funcionado en profundidad en el área de la derecha, con lo cual destruyó la sala de lectura y el depósito de periódicos no encuadernados; pero en la zona izquierda avanzó con tremenda furia en dirección contraria, hacia la calle Estudios. Es decir, la proyección hacia ésta había sido desigual: completa en un lado y a gran distancia en el otro. Si se hacía un corte paralelo, resultaba así que la sala de la Dirección, no tocada por el fuego, venía a quedar a la mitad del otro recorrido de él, orientada a la calle antedicha.

En la mañana en que visitamos la Biblioteca con el doctor Solf y Muro, el espectáculo desconsolador no provenía únicamente del incendio. Nada enérgico y cuidadoso se había hecho para rescatar del lodo y las cenizas aún humeantes lo que todavía hubiese podido tal vez salvarse. Empleados acuciosos se dedicaban, por cierto, a esa labor; pero su número era corto y actuaban sin elementos auxiliares, sin plan, sin comando. Los papeles que ellos extraían quedaban depositados en el patio, pero nadie se preocupaba por secarlos u organizarlos en la forma más conveniente.

La Comisión Pro-Reconstrucción habíase constituido sin mella de la autoridad del Director, don Carlos A. Romero. A él y únicamente a él obedecían los empleados. No teníamos ni el Dr. Solf y Muro, Ministro de Relaciones Exteriores, ni yo, individuo particular con un nombramiento "ad honorem", la facultad de impartir órdenes dentro de lo que quedaba del establecimiento. Me limité, por mi parte, como Secretario de la Comisión Pro-Reconstrucción, a insistir ante el Dr. Solf y Muro y ante el Ministro de Educación acerca de las necesidades que parecían inmediatas; a ayudar en lo posible a las labores de las sub-comisiones; a estimular y centralizar los donativos en dinero, tratando para ello de organizar comités en toda la República; y a formular directivas para las representaciones diplomáticas en el extranjero en relación con los donativos en libros de los países amigos, sugerencias que luego resultaron de bastante utilidad.

A principios de junio el Presidente Manuel Prado consideró pertinente subrogar al señor Romero y me llamó para ofrecerme el cargo.

Por cierto que no lo deseaba. Tenía en mis manos el pasaje a Nueva York, la perspectiva de un curso en una gran Universidad y del cual, por aviso de amigos norteamericanos, podía resultar un nombramiento estable y cómodo en Estados Unidos. El cercano caso de mi hermano Federico, fallecido prematuramente como funcionario público, después de duras batallas, incesantes trabajos y magra compensación económica, me parecía una admonición. (Levantar la tercera Biblioteca Nacional se me figuraba tarea subhumana. Era empresa mucho más dura que la que culminara Ricardo Palma pues éste, aparte de su gloria única, había contado, en medio de todo, con un edificio, un personal mínimo y una parte de la antigua colección salvada o susceptible de ser recuperada. En 1943 el nuevo Director se habría de encontrar sin el mágico prestigio de Palma, sin libros, sin edificio y (en el caso de que intentara una reforma efectiva) sin personal. La situación del mundo entero, en medio de una guerra devastadora, no era propicia. Las circunstancias mismas del incendio estaban bien lejos de

ser un estímulo para la cooperación internacional y nacional y, por el contrario, en muchos casos tenía que disminuirla.

Menegué una y otra vez, enseñando credenciales y pruebas acerca de mi compromiso ya contraído, y fundamentando, con la mayor franqueza, mis otras razones. El Presidente Prado insistió, sin embargo, e invocó el nombre del Perú. Ante la calidad de su argumento y la reiteración de él, pedí veinte y cuatro horas para reflexionar. Y al cabo de ellas me pareció que hubiese sido una traición a la razón de ser de mi vida si persistía en la negativa. No había solicitado el cargo, ni lo había siquiera deseado; pero no me era dable rechazarlo si se insistía en confiármelo y si se convenía en ciertas condiciones básicas

¿Por qué fui yo escogido? El Ministro de Fomento Carlos Moreyra y Paz Soldán se había interesado por el nombramiento de Raúl Porras Barrenechea. Luís Alberto Sánchez cuenta en sus memorias que el diputado José Ángel Escalante, de la mayoría gobiernista, hubiese querido propiciar su candidatura. Mi recuerdo de esos días fue que estuve quieto, muy lejos de todo ese ajeteo. El mismo Carlos Moreyra me ha referido en febrero de 1972 que el Ministro de Educación Lino Cornejo le expresó allá en junio de 1943: "El Presidente y yo hemos convenido anoche en que no hay sino dos candidatos para la Dirección de la Biblioteca Nacional: Porras y Basadre. Yo he escogido a Basadre". Aunque hacía mucho tiempo que no lo veía, recuerdo que fui buen alumno de Cornejo en su cátedra de Derecho Comercial y que lo encontré por casualidad en Madrid hacia 1934, ocasión que dio lugar a que charláramos amistosamente varias veces, con esa sencillez que los connacionales adoptan en su relación en el extranjero y que más tarde se esfuma. No llego al extremo de creer que Prado entregara la decisión en este asunto, de modo exclusivo, a un Ministro. Sobre el Presidente quizás influyó también el recuerdo de que le suministré algunos datos desde la Biblioteca de la Universidad de San Marcos cuando él manejaba el Banco de la Reserva, antes de su ingreso a la vida política, en contraste con la inoperancia de la Biblioteca Nacional; estar enterado de que me había especializado en técnica bibliotecaria en Estados Unidos; y, acaso, la impresión muy fresca de la injusticia personal que, sin saberlo, cometió, al suscribir la Ley de Educación de 1941 dentro de cuyo texto había sido injertado el "artículo Basadre". Tal vez le habló, por su parte, el canciller Alfredo Solf y Muro, Rector de San Marcos entre 1935 y 1939. Lo cierto es que yo había vivido muy alejado del pradismo desde las elecciones de este último año. Estaba en abstinencia política, consagrado al trabajo docente y a las tareas intelectuales.

Cierto día, un amigo malicioso sugirió la idea de que el verdadero motivo para que me escogiese el Presidente Prado fue el hecho de que mi campo favorito como historiador ubicábase en la República. Según esta tesis cínica que, por lo demás, no resulta viable pues don Manuel nunca trató conmigo asuntos conexos con el pasado nacional, lo que habría tratado de hacer era neutralizarme (4)

Que mis opiniones sobre la guerra de 1879 no cambiaron en un ápice, lo sabe todo lector del libro *Historia de la República del Perú* en sus seis ediciones; y no

(4) A raíz de mi injustificada expulsión de la Biblioteca de San Marcos, comencé a editar en 1942, con sacrificio económico, la revista *Historia*. Como evidencia de que no me sumía en un silencio burocrático, la seguí publicando después de haber sido nombrado Director de la Biblioteca Nacional. En dicho órgano firmaba unas "Crónicas nacionales" que, a veces, interfirieron en las cosas públicas. En una de ellas señalé la importancia de las elecciones presidenciales de 1945, coincidentes con la victoria de los aliados en la II Guerra Mundial. Algo más, lanzada por el Frente Democrático Nacional, organismo que coordinaba a la oposición, la candidatura del Dr. José Luis Bustamante y Rivero, expresé mi más decidido apoyo a ella. El Presidente Prado jamás me habló de *Historia* ni de las opiniones vertidas en dicha revista.

faltan quienes se jactan de que poseen ejemplares de cada una de ellas. Una calumnia tenaz, que alcanzó una divulgación muchísimo mayor de lo que podía imaginarme, a través de largos años sostuvo lo contrario; y así ofreció, a costa mía, una prueba de lo frívolo, irresponsable y ruin que este ambiente puede ser. Cuando mi libro, reducido a uno o, a lo más, dos volúmenes en sus cuatro primeras ediciones, llegó a ser ampliado, el episodio del viaje del general Mariano Ignacio Prado a Europa en diciembre de aquel año obtuvo un examen minucioso; y consta en la quinta como en la sexta edición que, después del balance hecho, el veredicto frente a dicho acto fue desaprobatorio. La impresión del tomo de la quinta edición con las páginas antedichas concluyó en días en que todavía Manuel Prado gobernaba el país en su segunda administración. Tuve oportunidad de hablar más de una vez con él (jamás sobre temas históricos) no sólo entonces sino también durante su último viaje a Lima con motivo del centenario de la jornada del 2 de mayo de 1866. En nada alteró su hábito de tratarme con suma cordialidad.

Y, colocándome en una actitud cínica, llego a veces a preguntarme: ¿Qué habría sido yo si no voy a la Biblioteca Nacional arrasada en 1943?: Un bibliotecario de la Universidad, expulsado por obra y gracia de un artículo "ad hoc"; un catedrático a quien jamás dejaron ser Decano, Director de Departamento o Rector y que no pudo serlo como resultado del hecho de que no pertenecía a ninguna camarilla ni adulaba a nadie; un escritor de relieve aldeano, desde la perspectiva de la República, de las labras de habla española. Porque el nombramiento de Ministro de Educación en 1945, estuvo vinculado al realce que la Biblioteca Nacional me otorgara. Exento de poder económico, social o de partido; sin gravitación influyente sobre los grandes diarios; provinciano, lejos de los contactos familiares o de intereses que representan algo así como una capa subterránea para estimular el crecimiento de algunos hombres, hubiera vegetado dentro de las cuatro paredes de la insignificancia. Si mi obra de historiador me condujo en 1943, sin que de esto me percatara, al cargo al que, lógicamente, tenía acceso por la especialización hecha en 1931-32, tal episodio no sería más que un ejemplo más de la confusión de valores en que hemos vivido, fenómeno que ojalá no conozcan las nuevas generaciones.

La tesis del incendio intencional ganó, por un tiempo, gran boga en ciertos círculos y corrillos. En algunos, extrañamente, fue silenciada apenas se produjo mi nombramiento. De la cuidadosa lectura del informe redactado por los miembros de la Comisión de Reconstrucción José Calvez, Honorio Delgado y Luis Alayza y Paz Soldán (22 de junio de 1943) deduje que sus conclusiones eran verídicas en lo esencial. Declaré en ese sentido en la información que abrió el juez doctor Pedro Gazats. Me parecía que habiendo estallado el incendio en la madrugada del lunes, o a más tardar en la noche del domingo, no podía ser atribuible al descuido de un lector o de un empleado, pues la Biblioteca se cerraba para el público a la 1 p.m. los días sábado. Las largas distancias recorridas por las llamas, la violencia de su acción horizontal y orientada hacia las colecciones más valiosas, apretadas unas contra otras como si fueran muros, y el volumen de la inmensa destrucción en la mañana del lunes, hacían pensar que el origen no podía ser debido a desperfectos en las instalaciones eléctricas. Afirman expertos en siniestros, como el señor Donizetti de las Empresas Eléctricas Asociadas, que no se ha dado el caso de incendios tan vastos y tan tremendos como el de la Biblioteca Nacional de Lima por obra de un alambre viejo o de una lámpara malograda como agentes propagadores del daño; y, además, en un día no laborable era de suponer que las instalaciones del edificio no hubiesen sido conectadas. Puede ser inverosímil esta teoría; pero lo que sí es exacto es que, en contraste con la facilidad con que se quema un papel, es muy difícil quemar un libro encuadernado, y difícilísimo que se conviertan en cenizas miles de libros guardados en estanterías a lo largo de muchas habitaciones de gran amplitud.

Es necesario también consignar la versión reiteradamente difundida de que los primeros bomberos que llegaron al edificio en llamas encontraron varios focos simultáneos del siniestro cuyo origen atribuyeron a sustancias inflamables. Sorprende, además, que no fuesen comprendidos en la investigación el o los partes oficiales elevados por aquel cuerpo, ni que tampoco fuesen llamados a declarar en forma individual las personas que iniciaron la tarea de sofocar el incendio.

Por otra parte, la teoría de la intervención humana parece algo tan fantástico que sólo tratándose de mentes enfermas o frenéticas resulta imaginable. ¿Quién podía ser capaz de cometer el crimen de destruirle al Perú su más valioso patrimonio cultural? Alguien dijo que tal vez fueran los japoneses perseguidos entonces; pero ningún indicio sustentó tal aventurada hipótesis que corresponde a la sicosis de esos días, tan injusta para una colonia tan laboriosa y de tantas cualidades morales.

Se divulgó, además, por razones políticas, la especie de que la familia Prado ordenó la catástrofe para hacer desaparecer tales o cuales papeles comprometedores. Tesis atrayente para quienes viven intelectual o moralmente en las alcantarillas; pero que no resiste al examen más ligero. Porque, en primer lugar, después de haber trabajado en la antigua Biblioteca durante diez años con los documentos de la época republicana, sé muy bien que no había en esa institución (erigida, no se olvide, a partir de 1884), nada que constituyese prueba fehaciente o definitiva contra el gobernante de 1879. Como materiales manuscritos sobre la República, sólo existían el archivo Paz Soldán y las memorias del general La Puerta, que salvaron por hallarse en el despacho del Director. Ningún otro inédito, sensacional o no, sobre el guano o el salitre o la política peruana, o la guerra del Pacífico, o los arreglos económicos de fines del siglo XIX o del siglo XX, habíase nadie preocupado de agregar a las colecciones almacenadas en la Biblioteca. Claro que en periódicos, o en volantes, o en folletos, podía leerse multitud de acusaciones justas o injustas contra los personajes, familias o grupos políticos más diversos, así como defensas de ellos. Por otra parte, cuando después adquirimos la muy valiosa colección de los folletos del doctor José Castañón y Vivero, rescatamos muchas de las especies de los antiguos *Papeles Varios* y conseguimos otras en Lima, o en provincias, o en el extranjero, allegamos materiales tan de controversia sobre el general Prado y otros personajes como los anteriores. Y quien ha manejado fuentes históricas sabe que nunca o muy rara vez en oficinas públicas hállase confesiones de delinquentes o comprobantes abrumadores que sólo pueden existir quizás en archivos judiciales, policiales o familiares, o en poder de quienes realizaron investigaciones exhaustivas de casos concretos. Es, pues, en mi concepto, ignorancia de lo que realmente existía en los anaqueles de la Biblioteca Nacional o desconocimiento del carácter necesariamente "crudo" de las fuentes para el estudio del pasado (que, como tales, requieren siempre tratamiento, valoración, análisis) cuando no pura infamia, lo que se dijo acerca del incendio motivado por la finalidad de hacer desaparecer comprobantes históricos. Y, además, era tan grande el estado de abandono, la ausencia de orden, o la carencia de supervigilancia en lo que respecta a los fondos bibliográficos de la Biblioteca Nacional hasta 1943, que escaso trabajo hubiera costado hacer desaparecer silenciosamente cualquier testimonio que pareciese inconveniente. En realidad, muchas hojas de diarios y revistas ya habían sido cortadas de las colecciones, y numerosísimos folletos arrancados de sus volúmenes, acaso para guardar avaramente noticias preciosas o quizás para evitar la divulgación de insultos o de ataques a familias o personas diversas.

Pero la versión más generalmente aceptada fue la que atribuía el incendio al deseo de eliminar comprobantes de pérdidas ilícitas de manuscritos e impresos. Opinión menos descabellada que las anteriores mencionadas. Ahora, a la distancia, ¿resiste un análisis minucioso? Ciertamente es que una llamada

"catalogación" de la Biblioteca habíase emprendido poco antes del incendio con el apoyo económico de algunos personajes como José de la Riva-Agüero y Osma y Francisco Moreyra y Paz Soldán, —¡no vergüenza para el Estado!— por un grupo de jóvenes entusiastas que contaba con el estímulo de la Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural y con la ruda oposición del Director del establecimiento y de una parte de sus subordinados. Si nunca había habido un verdadero catálogo antes, ¿con qué documento auténtico hubiera podido compararse el que se hubiese terminado en 1943? Quedaron demostradas en la investigación judicial alegaciones sobre pérdidas indebidas de manuscritos y libros de la Biblioteca Nacional de Lima desde tiempo atrás. Muchas de ellas provenían de la ocupación chilena. A otras, de época más reciente, aludió Manuel González Prada en su *Nota Informativa* de 1912. Se volvió a mencionar lo mismo con relación a más casos en 1915. Desde otro punto de vista, suponiendo (hecho en realidad imposible) que hubiera sido dable demostrar en forma convincente que tales y cuales especies existentes hasta 1940 más o menos, ya no estaban en la Biblioteca en 1943 ¿quién hubiera podido comprobar responsabilidades personales? Nada hacía pensar que se pudieran castigar entonces delitos análogos ni siquiera en campos más espectaculares. Razones políticas, administrativas, sociales, familiares, personales hubieran atajado o cortado cualquier intento de sanción. El esfuerzo que realicé para llevar al Poder Judicial trece o catorce asuntos controvertibles en el Ministerio de Educación no conmovió en realidad, en el año de 1945, a nadie; no halló eco en la magistratura; y sólo tuvo como resultado atraerme el encono de los presuntos responsables, aunque un nuevo clima político pudiese haber sido entonces favorable a esa clase de búsquedas. En suma, era difícil probar nada; y resultaba dudoso levantar una corriente poderosa de sanción para cualquier irregularidad en la Biblioteca Nacional. Y quien concibiera fría, cínicamente, el crimen de destruir el patrimonio de la cultura peruana con el afán de evitar esa supuesta futura acusación ¿no estaba, en realidad, cometiendo un delito, corriendo un riesgo mucho más cierto y abriendo el camino a sospechas más violentas?

Dentro de las reservas que una serie de meras conjeturas sugiere, y sin olvidar que la lógica racional no siempre funciona en la sucesión de los hechos, el incendio para "tapar" desapariciones de libros o de documentos parece no verosímil, ¿A qué hipótesis adherirse entonces? Tengo para mí que si en el incendio hubo mano y mente humanas (lo cual no fue definitivamente probado), habría que considerarlo como acto de pasión, de odio, en el afán de liquidar una situación intolerable. Sospecho, sin base alguna y sólo como resultado de las serias tachas que las otras posibilidades suscitan, que puede haber habido un vínculo entre el incendio y la feroz tensión que existió en la Biblioteca Nacional precisamente en los días y en los meses anteriores a él, entre un sector del personal antiguo, con el Director a la cabeza, y el grupo de los llamados "catalogadores" auspiciado por la Dirección de Educación Artística. Muy serio es este asunto para avanzar más en un terreno de consideraciones antojadizas.

Insisto, sin embargo, en que la hipótesis del incendio con la acción humana como causal es más probable que la versión contraria. Varias personas que estudiaron a fondo este misterioso caso así opinaron. Aparte de los doctores Gálvez, Delgado y Alayza, a quienes no cabe calificar como miembros de una camarilla o de un círculo estrecho, allí está la actitud del doctor Ezequiel F. Muñoz, nombrado por mí (cuando fui Ministro de Educación en 1945) para presidir una comisión que debía estudiar las posibilidades administrativas derivadas del siniestro. (Resolución Suprema de 2 de agosto de 1945). El doctor Muñoz, Fiscal retirado de la Corte Suprema, jurista eminente, hombre mesurado y agudo, ajeno a cualquier tipo de "histeria", molesto con el inesperado encargo que recibió, escéptico primero ante cualquier tesis tremebunda, poco a poco llegó a convencerse privadamente de que el incendio había sido intencional, si bien en su dictamen afirmó sólo que no había sido causado por un cruce eléctrico y

que no podía precisar la causa, para luego decir que existía responsabilidad por omisión, o sea delito culposo de los funcionarios. Pero cuando expidió este dictamen en marzo de 1946, nadie en el Ministerio de Educación le hizo caso, a pesar de mi protesta pública. Lo único que obtuve fue la innecesariamente áspera carta de respuesta de un funcionario del Ramo, viejo amigo mío.

La investigación que anteriormente llevó a cabo el Juez Dr. Pedro Gazats no condujo a aclaración alguna, pues sostuvo que, desde el punto de vista de las pruebas señaladas por el Derecho peruano, no había evidencia en un sentido o en otro. Es decir, no quedó descartada ni una ni otra posibilidad. Acaso hubiera sido preferible limitar la pesquisa judicial al hecho del incendio en sí, ya que no era necesario unirla con la de los presuntos hurtos de manuscritos y libros. En 1946 el Fiscal de la Corte

Superior, doctor Marco Antonio García Arrese recibió el expediente y en dictamen publicado en *La Prensa* el 30 de agosto de ese año, trató de demostrar con gran vehemencia que el incendio se debía a causas naturales, imprevisibles, o inevitables, ajenas por completo a la acción humana, y que no habían habido hurtos. En su apasionada defensa de la tesis del "incendio inocente" el doctor García Arrese omitió toda alusión al informe Gálvez-Delgado-Alayza, y prefirió señalarme a mí como defensor principal o único de la tesis del "incendio culpable o culposo". Obligado me vi a refutar ese informe en un artículo que apareció, gracias a la bondad de Francisco Grana Garland, en *La Prensa* el lunes 2 de setiembre de 1946 en el que expresaba mi dolor y mi protesta porque "el difunto incinerado el 10 de Mayo de 1943 tenía ya una mortaja de papel sellado".

El tema fue discutido en la Cámara de Senadores el 7 de setiembre de 1946; y, por unanimidad, se acordó instar al Poder Judicial a una completa investigación, tomando en cuenta el informe Muñoz. Contra la decisión de la Corte Superior, que mandó archivar el asunto, interpuso recurso de nulidad el 11 de setiembre de 1946 el Procurador General de la República, doctor José Manuel Calle. El recurso fue aceptado. Las Comisiones de Educación y de Justicia del Senado se declararon de acuerdo con él. Inició entonces el doctor Calle la ardua labor de analizar todos los elementos posibles para sostener la tesis del incendio intencional. No llegué a conocer los materiales ni los argumentos por él acumulados. Me dijo varias veces que estaba convencido cada día más de la verdad de ese punto de vista y que iba a solicitar una audiencia pública de la Corte Suprema. Súbitamente falleció y quien lo sucedió en el cargo no tomó ya interés en la Biblioteca Nacional.

El país vivía entonces tremendas horas de lucha política. Habían ocurrido cosas que, ante el criterio impresionable de la opinión pública, eran más importantes que el incendio de 1943. También se pensó que nada se ganaría con remover el asunto. Cuando hablé en alguna oportunidad de nuevo acerca del incendio intencional, se me dijo en el periódico *Verdades*, por el señor Luis Solari Swayne, que había que terminar con recuerdos bochornosos y no insistir sobre tan viejo escándalo. Y esto lo decía un hombre de la más alta calidad humana.

Quizás una pista nueva puede ser abierta después de largas charlas que tuve con una persona, muy digna bajo todos sus aspectos, que integró el grupo de los llamados "catalogadores" de la Biblioteca Nacional hasta mayo de 1943. Recuerda esta amiga que el portero Jara tenía varios hijos adolescentes o mayores y que ellos dedicábanse a ejercicio de la mecanografía cuando no funcionaban las oficinas. Surge entonces la posibilidad de que hubieran hecho sus labores clandestinas en la tarde del sábado o en el transcurso del domingo anteriores al incendio descubierto en la madrugada del lunes. Si hubo, pues, intrusos en ese lapso durante el cual, bajo condiciones normales, el interior de la Biblioteca debió estar totalmente clausurado ¿incurrieron en alguna impru-

dencia?, ¿suscitaron, en forma directa o indirecta, la catástrofe sin percatarse de ella encerrándose en hermético silencio si la vislumbraron de un modo u otro? Operamos aquí sobre un terreno totalmente imaginario. ¿Entraron en las oficinas aquel sábado y aquel domingo, o no? ¿Dentro de qué medida sus actividades, en realidad inocentes, pudieron tener vinculación con el siniestro? Son preguntas para las que no hallo respuesta.

Sea lo que fuere, como la boga de las novelas detectivescas no ha muerto en Estados Unidos y Europa, a pesar de las críticas de escritores tan eminentes como Edmund Wilson, propongo a los autores de ellas un argumento jamás vislumbrado desde Conan Doyle hasta Agatha Christie: *"El misterio en el incendio de la Biblioteca Nacional"*.

A mi juicio y de acuerdo con mucha gente hubo en aquel siniestro algo más que un misterio acerca de su génesis. Todo un modo de ser y de vivir se puso en evidencia allí. Por largos años el Estado había abandonado a ese organismo de cultura. En la época de Ricardo Palma demostró él dinamismo, capacidad de crecimiento. Con Manuel González Prada aumentó en forma notable el caudal de sus libros modernos. Luís Ulloa ocupó la dirección por muy breve tiempo. Alejandro Deustua tuvo constante interés en adquirir obras acerca del pensamiento contemporáneo. Poco a poco, el magro y estacionario presupuesto de la institución, el reducido número de empleados (a veces muy capaces y conocedores y a veces muy empíricos y desidiosos) y la limitación del local, vinieron a resultar un contrasentido frente a un país en pleno crecimiento. La Biblioteca continuó en el ritmo del pasado, ajena a cualquier nueva inquietud. Carecía hasta de las más modestas facilidades de trabajo. Sus instalaciones eran tan pobres que permitieron la hipótesis del incendio por un cruce eléctrico. Sus máquinas de escribir se caracterizaban por ser muy escasas y anticuadas. No podía mandar hacer mucha cantidad de papel con su sello y casi no tenía relaciones epistolares con el país o con el extranjero. Los sueldos continuaron siendo absurdamente bajos y las horas de funcionamiento no satisfacían a buena parte de los presuntos lectores. El catálogo no tenía cuándo hacerse. Libros modernos sobre ciencias o técnica casi no existían. El Director, señor Romero, cumplió ochenta años de edad. De ellos tenía la increíble cifra de sesenta de servicios a la institución. Nadie se atrevió a pedirle que se jubilara. Eran respetados sus merecimientos innegables como erudito e investigador. Ante cualquier rumor o chisme de que un cambio pudiera ocurrir, acudía donde el Ministro o el propio Presidente, denunciando en forma dramática que ese gesto envolvía una ofensa personal que no era justo inferirle. Parecía efectivamente, cruel arrancar del lugar donde transcurriera toda su vida a este hombre, todavía robusto y ágil físicamente.

Romero llegó a ser, en la época que vino después del incendio, el personaje del día. Guillermo Rouillon en un artículo de elogio ilimitado que escribió al fallecer en 1956 este "decano de los historiadores peruanos", después de mencionar su "apostolado cívico" cumplido con "abnegación ejemplar", expresó lo siguiente:

"Ante la conmoción general que produjo la pérdida irreparable de la Biblioteca Nacional, la burocracia solícita, pero invalidada para señalar a los verdaderos autores de la catástrofe, no tuvo otra salida que inculpar al Director de la Biblioteca. Era ésta la solución adecuada para librar a los Gobiernos de su responsabilidad histórica. Sin embargo Romero, vejado y calumniado, quedó en la orfandad frente a la opinión oficial. En su desamparo este anciano, lacerado por la implacable campaña contra su nombre, lloró no sólo por la injusta situación en que se encontraba, sino también por el destino de la cultura en el Perú. No era el recurso más apropiado acusar a Romero de un crimen que no había cometido, porque con ello, además, se ocultaba el peligro de otras desventuras nacionales. ¿Acaso no se

permite la destrucción de la arquitectura colonial: templos, casas y plazuelas? ¿Cuál es el estado de nuestros monumentos arqueológicos precolombinos? ¿Qué ocurre con los museos? ¿Dónde están los más valiosos documentos y libros raros? ¿Cómo se preservan las obras de arte? ¿A cuánto asciende la suma que se dedica en el Presupuesto nacional para las manifestaciones del espíritu? Las respuestas son obvias. Es evidente que la lista de atentados contra la cultura en el Perú, es larga y asombrosa. Y los culpables de estos infortunios son los Gobiernos representantes de la oligarquía. Aunque para la burocracia medrosa y servil, siempre habrá inocentes para sindicar como víctimas. Es el caso de Romero. Es congruente que se proceda a hacer una revisión de los perjuicios causados al patrimonio cultural, y que se establezca la culpabilidad de los Poderes Públicos"(5). Las palabras de Rouillon tienen un fondo de tremenda verdad. Sin embargo, las graves acusaciones contra Romero en mayo de 1943 no partieron de la "burocracia solícita". Su centro estuvo en un grupo de intelectuales limeños, muchos de ellos opositores al régimen político de entonces y, algunos, estrechamente ligados a los catalogadores que don Carlos vetó. Con una lógica simple y, por ello, peligrosa, el silogismo predominante fue éste: "Romero no aceptó la catalogación; quiere decir que procuró ocultar anomalías en la Biblioteca; por lo tanto vino el incendio". Los organismos burocráticos no se dejaron oír en esta campaña difamatoria. Su actitud pasiva fue, en realidad, de defensa.

El anciano historiador se halló ante el deber de asumir la responsabilidad y de dar explicaciones. Ellas no se produjeron. La única vez que hablé con él, ya consumado el siniestro, fue durante mi visita a la Biblioteca con el Ministro Solf y Muro. Me pareció aturdido y abrumado y casi no conversó, si bien yo lo recordaba como hombre muy lenguaraz. Al arreciar la crítica, optó por ir todas las tardes, en actitud de desafío visible y permanente, ante quienes transitaban por la puerta del establecimiento comercial conocido como la "fuente de soda" de Castillo, en la calle Boza, colgados en el pecho los emblemas de todas las condecoraciones que había recibido. Quizás el único testimonio suyo apareció en el periódico *Jornada*, de 3 de setiembre de 1946. Por eso, vale la pena transcribirlo íntegro:

"Tantas cosas se decían, tanto se había hablado... que no creíamos era "esa" la casa que buscábamos. —No, chofer. Más allá. — ¿Qué número?

—Espérese, y buscamos en nuestros bolsillos la dirección: Paruro 1064.

—Bueno, es aquí. No hay otra calle del mismo nombre.

Era una de esas casonas de un solo piso, con sus arcos gastados y el empedrado de su patio cubierto de musgo. Era una casa muy vieja y muy pobre... pero, era allí donde vivía don Carlos Romero. El viejito sordo de la Biblioteca nos abrió personalmente la puerta de cinco hojas, carcomida, de su casa. Nos habían dicho que tenía mal genio y entramos con cuidado. Hablamos muy fuerte, pero no nos escuchó. Con extraña agilidad acercó una silla y nos la ofreció mientras bailaban en su cara sus dos ojos muy claros, bajo una gorra antigua de paño muy grueso.

—Hable fuerte porque no oigo, nos dijo, casi gritando.

—Ya lo sabíamos —pero no nos escuchó. Acercó su oído.

—¿Qué desea?

(5) "Carlos A. Romero, el decano de los historiadores peruanos", en *El Comercio*, Cuzco, 5 de febrero de 1957.

—De *Jornada*. Un reportaje.

—Ah... Me han dicho que se ha publicado el informe del incendio de la Biblioteca.* No lo he leído. No quiero saber nada de esto. Tanto lodo tendría que echar, que muchas personas deben estar agradecidas a mi silencio.

Como se hacía tan difícil la pregunta, dejamos que él hablara. Observamos sobre un piano negro algunas fotos de don Carlos Romero en su juventud; era gallardo e impecable en su vestimenta. Y con disimulo sacamos el papel y el lápiz...

—No, no escriba nada. No quiero que se publique. Pero si no tiene prisa, podemos conversar.

Y se inició una conversación muy larga. Una conversación unipersonal. Un monólogo realmente. Sabe tantas cosas un hombre después de más de cincuenta años de vivir junto a los libros, y es tan difícil conversar con quien casi no oye. Pero era agradable escuchar cosas tan lejanas, dichas casi en presente. El nombre de Palma pronunciado con tal intimidad, nos pareció un personaje vivo; casi dudábamos nos hablara del tradicionista don Ricardo Palma. Parecían de ayer las conversaciones con don Manuel González Prada, y los nombres de Beltroy y Oliveira se mezclaban casi con el del anciano de los extraños espejuelos que escribió nuestras *Tradiciones* y el del hombre que habló del cruel mito de la Patria. Con don Carlos Romero se juntaban el ochocientos y el año cuarenta y cinco como si fuera semana del mismo año.

Palma —nos decía— no debió ingresar nunca en la Biblioteca. De sus *Tradiciones*, magníficas por otras razones, se desprende su despreocupación por el dato concreto e histórico. Luego nos relató sus conversaciones con don Manuel González Prada sobre las *Tradiciones* de Palma. Parecía que él esa misma mañana hubiera escuchado decirle a González Prada:

—Si yo lo -critico en gramática y usted en historia, ¿qué quedaría de Palma y sus *Tradiciones*?

Nos habló luego de las aficiones de don Ricardo Palma por los autógrafos. Nos lo pintaba recortando las firmas de los manuscritos para su colección. Junto a nosotros pasaba un hermoso gato de Angora, de piel muy suave, que nos acariciaba con su cola inmensa... y no lo sentíamos, pues nos encontrábamos embargados en la agradable conversación de ese viejito sordo que unía los recuerdos de muchos años atrás con una precisión y una lucidez extraña. Tenía Palma —continuaba diciéndonos— una verdadera aversión, un odio enfermizo por los manuscritos. No los podía ver. Donde los encontraba los tiraba y mandaba esconderlos o los despachaba por millares para engrosar las bibliotecas provinciales. Gran cantidad de libros fueron también distribuidos por él por toda la República. ¡Y fue gracioso lo que ocurrió en Arequipa!

—Cuenta don Carlos— dijimos casi sin querer y también sin que nos oyera, aunque comprendió lo que deseábamos.

—¿Usted conoce lo conservadora que es la ciudad de Arequipa?... Bueno, figúrese a los arequipeños de cincuenta años atrás. En cierta ocasión envié, como era su costumbre, don Ricardo Palma, una colección de libros a

* Alúdese aquí al informe de los señores José Calvez, Honorio Delgado y Luis Afayza y Paz Soldán, según el cual la catástrofe en la Biblioteca tuvo origen intencional

la biblioteca de la Universidad del Gran Padre San Agustín. Entre ellos iba una hermosísima y antigua edición de obras de Voltaire, que ipso facto, fueron declaradas herejes por los ilustres miembros del claustro Agustiniense y quemadas en el patio principal, con gran solemnidad.

Sus relatos los mezclaba con los hechos recientes de la Biblioteca. Era nuestro único fuerte y por supuesto nuestras únicas preguntas. Nos habló de la catalogación que se había pretendido en años atrás. Que si él se había negado a ello era simplemente porque este trabajo se hacía en forma deficiente. Nos explicó que él tenía presentado un trabajo para la catalogación técnica de las obras de la Biblioteca, pero que hubo intromisiones. Se pretendía catalogar la Biblioteca con muchachos, que por toda experiencia tenían estudiado un cursillo de algunos meses de bibliografía. Esto era absurdo... y yo tengo mi genio... Pues no lo aguantaba. La culpa del incendio recae sobre esas autoridades. Por su desidia, su falta de preparación... y sobre todas las autoridades anteriores, pues desde la época de Palma se pasaban continuamente oficios conminatorios para la reconstrucción del local. Su estado ruinoso es la única causa del incendio... y es infame pensar o hacer querer ver que el incendio fue intencional. Sería declararnos bárbaros ante el mundo.

Se le bañaron de lágrimas los ojos, sus pupilas color verde claro se le pusieron rojas. Nos dio una profunda pena este anciano. Lo había perdido todo. Todo el trabajo de una vida. Aquí yo no tengo nada, —nos repetía— todos mis apuntes, mis estudios, mi trabajo estaba allí.

En realidad, en esa pobre casa no había nada. Unos cuantos libros, muy pocos, eran toda su biblioteca. Nos hizo pasar a su escritorio. De un mueble tan viejo como la casa, retiró un legajo de unos cuantos miles de páginas. Era todo lo que había salvado de su obra. Unos cuantos apuntes de un trabajo al que había dedicado cincuenta años. Con placer nos mostró sus descubrimientos sobre los primeros impresos en Lima... y casi llorando nos dijo:

—Yo soy quien descubrió que en Lima se hicieron los primeros periódicos del mundo. Aquí nació el periodismo. (6).

Después de leer varias veces este doloroso artículo, he llegado a las conclusiones siguientes: 1. Hay aquí una prueba abrumadora sobre la trágica pobreza de Romero en sus días finales, hecho que descarta cualquier sospecha de que él se hubiera enriquecido con el comercio de libros o de manuscritos, si bien la pérdida de ellos sin duda existió. 2. Se percibe una extraña vivacidad en su odio a Ricardo Palma, sorprendente en 1946. El tradicionalista se alejó de la Biblioteca en 1912 y falleció en 1919. En las frases transmitidas por el cronista, Romero dice las mismas cosas por mí escuchadas al narrarlas él con gran fruición e insistencia entre 1919 y 1930. 3. Don Carlos reitera su hostilidad a los catalogadores en 1943; pero el hecho oficial y, para él inevitable de que fueron enviados por la Dirección que dentro del Ministerio de Educación, ejercía autoridad sobre la Biblioteca, debió llevarlo a asumir el comando de este equipo de jóvenes y darles orientación si de ella carecían. 4. La referencia al plan de catalogación técnica resulta vaga cuando era de esperar que fuese exacta a través de indicaciones específicas sobre la fecha en que fue presentado y el contenido que tuvo y acerca de la entidad o persona a quien lo remitió. La palabra genérica "intromisiones" no es suficiente para el lector que busca la verdad objetiva. 5. Análogo comentario suscita la frase "Desde la época de Palma se pasaban continuamente oficios conminatorios para la reconstrucción del local. Su estado ruinoso es la única causa del incendio..." Parece duro y, sin embargo, es inevitable afirmar que los peruanos amantes de la cultura tenían el

(6) Jornada, Lima, 3 de setiembre de 1946

derecho de saber cuántas veces y en qué fechas don Carlos anunció la inminencia del siniestro y qué precauciones tomó contra él dentro de sus facultades. 6. El reportaje acusa notorias limitaciones intelectuales, atribuible no sólo a los golpes sufridos. Quizás hay aquí un fenómeno de senilidad. 7. Lo expuesto aquí sumariamente puede parecer cruel; pero quiere tener los "guantes de hielo" que Ranke prescribió al historiador. Sin embargo, no oculta una conmiseración honda ante esta víctima de una catástrofe nacional. 8. Una pequeña atingencia más. Suele considerarse a la Venecia del siglo XV como la creadora del periodismo moderno, aunque manuscrito. Los buques venecianos, que surcaban todos los mares conocidos entonces, eran esperados, al llegar a puerto patrio, por una muchedumbre que se agolpaba ávida de noticias de los lugares por donde habían navegado. Con el propósito de satisfacer esta curiosidad, ideó escribir en unos "papeles" (foglie a mano) cuanto pudiera calmar la ansiedad general. Esta fue la causa de que surgieran los comerciantes en "foglie a mano" y sus agentes, antecesores de los actuales reporteros, que se preocupaban de interrogar a los mercaderes y viajeros de toda clase y condición. Por la lectura de cada uno de dichos "papeles" se abonaba una moneda de cobre llamada "gaceta", cuyo nombre se extendió con rapidez a cada uno de ellos; y de aquí se originó, según creen algunos, el hecho de que los primeros periódicos que se editaron, llevasen por título el nombre de *Gaceta*. Con la invención de la imprenta en el siglo XV y coincidiendo con el establecimiento de los modernos Estados de Europa, las conquistas geográficas de Portugal en África y las de América por los españoles, el periodismo tuvo un floreciente desarrollo en todo el Viejo Continente. De Barcelona se conoce una *Copia de les noves de Ytalia*, que data de 1557.

Preocupóse el Estado, sobre todo desde el gobierno de Leguía, de las obras públicas; con ellas, en los años siguientes, recibieron atención algunos rudimentarios programas de asistencia social. Dentro del ramo de la Educación ¡había tanto por hacer! La estructura de los museos de arqueología y antropología fue transformada gracias al dinamismo y al empuje de Julio C. Tello. Pero la Biblioteca Nacional (como el Archivo Nacional y como los museos coloniales y republicano) eran otra cosa. No eran muchos los que medían la gravedad de la parálisis de la Biblioteca, aumentada silenciosamente por un proceso de "omisión" permanente. Algunos pensaban que esta crisis consistía tan sólo en una restricción en las horas de servicio de lectura, o en la incomodidad de la falta de catálogos que daba lugar a la ignorancia acerca de las materias almacenadas en las estanterías. La tragedia estaba, en realidad, en la subestimación de los valores de la cultura.

El incendio fue el resultado de ese mal endémico en el Perú del siglo XX. Que alguien quemara la Biblioteca es cosa sujeta a discusión, probablemente nunca cerrada; *que la Biblioteca pudiera quemarse* es el hecho más ominoso y lamentable ocurrido hasta ahora en el Perú en el siglo XX ¿Dónde estaban los cuidados elementales para el servicio eléctrico, si el mal estado de dicho servicio podía ser el origen del siniestro? ¿Por qué no existía la vigilancia mínima que un local de esa clase requería día y noche, y que, de haber funcionado, habría permitido siquiera la oportuna localización del fuego? ¿Por qué no se había puesto celo especial en las especies más valiosas guardándolas en cajas de fierro o en estantes de acero o depositándolas, si ellos no existían, en lugares de seguridad? Por lo menos la figura jurídica del "delito culposo" asoma en este caso; si bien, para ser justos, envolvía no sólo a quienes hablan tenido a su cargo la administración de la Biblioteca. También eran responsables los que, durante muchísimos años, nada hicieron para mejorarla. Excluidos de este juicio hállanse, por cierto, quienes intentaron previsoramente el cambio y no contaron con suficiente poder para hacerlo efectivo; tal es precisamente el caso del doctor Manuel Beltroy, Director de Educación Artística y Extensión Cultural en aquellos momentos. En el banquillo de los acusados por delito de

omisión debe ser puesto el Estado, a través de muchos años y de varios gobiernos; y también la opinión pública.

Ojalá que no se reincida, en nuestro tiempo o en el futuro, en este abandono de la Biblioteca Nacional, si bien a veces parece, de cuando en cuando, que esto sucede.

IV El plan de la nueva Biblioteca, La Escuela de Bibliotecarios. Las búsquedas en el suelo calcinado y cenagoso. El albergue en la Escuela de Bellas Artes. La catalogación y las enmiendas nuestras en su sistema. La C. d.d. en Francia en 1947. No fue cierto que se quemara el patrimonio cultural del país. La nueva imagen de la Biblioteca, estímulo para valiosos donativos o depósitos. Quiénes ayudaron y quiénes no ayudaron a la Biblioteca reconstruida.

No voy a narrar aquí todos los detalles de la acción efectuada en ese establecimiento entre 1943 y 1948. Ella consta en el folleto titulado *La Biblioteca Nacional* (que debió ser seguido por una Memoria sobre los años 1945-1947, inédita hasta ahora); y, cosa más importante, puede seguirse en las publicaciones que fundamos: la revista *Fénix*, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* y el *Anuario Bibliográfico Peruano*. Voy a limitarme tan sólo a una apretada síntesis y a mencionar algunos recuerdos y expresar opiniones que no pueden aparecer en documentos oficiales.

Creo que este período, con el que abre la Biblioteca Nacional, sin duda alguna, una etapa íntegramente nueva, es el tercero en la historia de ella, totalmente distinto del que simbolizó Ricardo Palma al concluir la ocupación chilena en 1883. Algunos han afirmado, sin embargo, que hubo una "segunda" Biblioteca Nacional después del saqueo efectuado por las tropas españolas que ocuparon esta ciudad desde el 18 de junio hasta el 15 de julio de 1823. No existen, sin embargo, pruebas de que se produjese entonces una completa destrucción en aquel establecimiento. Uno de los bandos del general Tomás Guido, gobernador interino de la capital, expedido el 17 de julio de 1823, documento posterior al que, con trece artículos promulgó el día anterior y coincidente con otros dos más en la fecha señalada, expresa lo siguiente:

"5. Todo el que sepa de los libros extraídos de la Biblioteca general o de los intereses que de ella faltan, lo denunciará inmediatamente; en la inteligencia de que tanto el que los tenga, como el que sepa de ellos y no los entregue o denuncie, será expatriado siendo de clase, y no siéndolo será enrolado en el ejército" (7).

Drásticas penas, evidentemente. Pero no se deduce de este bando ni de los otros que ocurrió una total catástrofe en la Biblioteca.

El principal tema a considerar y decidir en relación con dicho instituto era, en junio de 1943, uno teórico o principista: ¿Cuáles debían ser sus objetivos? ¿Podía intentarse una copia o imitación de lo que hiciera don Ricardo Palma? ¿Debía tratarse de hacer una mera repara-

(7) *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, Núm. 49, tomo IV, sábado 19 de Julio de 1823, pág. 5.

ción de la institución? ¿O era necesario crear una entidad nueva? Lo primero parecía cosa imposible: don Ricardo Palma fue una figura única (8). Lo segundo, en mi concepto, no era de desear. En suma, la única coyuntura de buscar en 1943 una obra de gran formato, con perspectivas de permanencia y de servicio de las generaciones futuras del Perú, estaba en el tercer camino, el más difícil. Había que elaborar el plan de una Biblioteca técnica tratando de dotarla de todos los servicios de las modernas instituciones de ese tipo, adaptados a las circunstancias propias o peculiares nuestras, a base de la experiencia internacionalmente obtenida, formando dos entidades que integrasen una biblioteca para el gran público junto con un instituto de investigación bibliográfica; y procurando, al mismo tiempo, echar las bases de una acción futura de la Biblioteca Nacional sobre el desarrollo bibliotecario en todo el país. Esta dualidad de lo técnico y de lo popular se derivaba de limitaciones económicas inevitables.

"Era mi convicción profunda (escribí en el folleto *La Biblioteca Nacional de Lima 1943-1945*) que las llamas oprobiosas del incendio debían haber destruido algo más que libros, manuscritos, estanterías. Sobre sus cenizas sólo le cabía al Perú erigir otra institución, no para que fuese lo más parecida posible a la antigua, sino para que tratara de ser lo más parecida posible a lo que significa una biblioteca moderna en un país democrático. La incuria burocrática tenía responsabilidad directa o indirecta, en el siniestro; a ella habíase sumado también el viejo espíritu. La reconstrucción tenía que ser total: libros, servicios, organización, personal, espíritu".

Por todo ello, creí necesarias las tres condiciones que señalé al Presidente Prado para asumir el cargo de Director de la Biblioteca y que fueron aceptadas: criterio técnico en la organización del nuevo establecimiento, Escuela de Bibliotecarios, autoridad efectiva para manejar la Biblioteca y para tratar directamente con el Jefe del Estado acerca de los grandes problemas que la reconstrucción suscitara. A lo anterior se agrega otro punto que, sin odio o malquerencia para nadie, me pareció, asimismo, imprescindible: el personal antiguo, sin duda proclive a la resistencia contra las nuevas orientaciones, sería transferido a otras dependencias del Ministerio de Educación, salvo un pequeño grupo que podía ser muy útil y en cuya aptitud tenía además plena confianza, por haberlo conocido bien durante diez años, entre 1919 y 1930. En este grupo estuvieron Alejandro Lostaunau, Andrés Viccina, Germán Univazo y Jorge Moreno que tantos y tan meritorios servicios prestaron en la heroica etapa de la reconstrucción. Lamento que sin culpa alguna mía, quizás instigado por alguien, Lostaunau, cuyos méritos vuelvo a reconocer una vez más, se olvidara alguna vez de este episodio y de mi amistad y estimación inalterables para él, uno de los grandes colaboradores en la reconstrucción de la Biblioteca Nacional.

Largos meses de trabajo, mañana y tarde y a veces en la noche, empezaron en el devastado local de la calle de Estudios. Inmediatamente pusimos en efecto, con la ayuda de diversas dependencias oficiales, entre las que se destacó, por el fervor de Enrique Dammert Elguera, la Junta Pro-Desocupados, un plan sistemático de rescate de papeles semiquemados o mojados, reuniéndolos del suelo, limpiándolos y ordenándolos; con especial

(8) Por eso, no llevé a cabo, como me pidió, no sé si con buena fe, mi buena amiga Renée Palma, una visita a su casa, o sea a la de don Ricardo, para leer la correspondencia de éste en relación con la Biblioteca en 1884

atención para las zonas correspondientes a la ubicación que tuvieron los más valiosos. Una máquina que se había importado al Perú para secar las paredes del nuevo Palacio de Gobierno en 1938, fue prestada por el Ministerio de Fomento y funcionó bajo la dirección del ingeniero Roberto Dammert Tode. Mucho nos sirvió ese artefacto para secar papeles; en otros casos los llevamos a Chosica para que se secaran con el sol. Así fue cómo resultó posible exhumar importantes periódicos, folletos, libros y manuscritos cuya relación minuciosa fue publicada en listas sucesivas y escuetas, a medida que el trabajo avanzaba, en el *Boletín* de la Biblioteca. ¡Qué pesadilla espantosa vivimos por unos minutos una tarde en que, por un desperfecto de la máquina o por un error en su manejo, aumentó el calor por ella producida y algunos documentos comenzaron a chamuscarse, felizmente sin otro daño mayor! De estas especies recuperadas, algunas de las más valiosas (conviene insistir aquí en ello) llegaron a ser despachadas a Estados Unidos con máximas precauciones, para un tratamiento especial de restauración, no obstante el costo muy alto de ese trabajo, que habría sido hecho en más grande escala si hubiéramos dispuesto de fondos suficientes. Sistemática tarea de muchísimo tiempo. Hubo, en ciertos casos, necesidad de que pasaran meses para que se completasen las hojas de un folleto o los ejemplares de una colección de periódicos. Al final las pérdidas provenientes del incendio se habían reducido en algo. En otros casos el esfuerzo resultó inútil. Colaboraron abnegadamente en esta tarea Ella Dunbar Temple, Alberto Tauro, Luis Fabio Xammar, Eduardo Martínez, Absalón Infante, Edmundo Cornejo y los cuatro antiguos funcionarios ya mencionados antes y, sobre todo, Lostaunau. En las labores de limpieza y arreglo ayudó durante algún tiempo un grupo de voluntarias de la Cruz Roja dirigidas por la señorita Josefina Tudela Barreda.

No sólo del suelo calcinado y cenagoso teníamos que sacar los fondos de la nueva Biblioteca. Había una segunda labor que empezó de inmediato y fue tomando mayor impulso, cuando, hacia enero de 1944, ya se hizo innecesario permanecer en el "reducto" donde habíamos vivido, en el antiguo local de la Biblioteca dentro de un misérrimo conato de oficinas y depósitos de libros en el sector que antes ocupara el Archivo Nacional. Allí llegó, de paso por Lima, el catedrático y crítico chileno Arturo Torres Rioseco. Impresionado con el cuadro desolador del edificio en ruinas y de nuestro pobre alojamiento, Torres Rioseco dijo a un amigo que si fue cierto que el ejército chileno, al ocupar Lima, se había llevado los libros de la Biblioteca Nacional, por lo menos les había dado mejor trato. Tal vez no se dio cuenta de que, en esos primeros meses después del incendio, necesitábamos quedarnos al lado de los escombros para excavar, buscar y ordenar todo lo que fuera posible sobre el terreno mismo, por incómodo, o desagradable, o poco decorativo que pareciese.

La segunda etapa comenzó cuando, ya por la razón antedicha y porque era necesario ir a la demolición para empezar el nuevo edificio, fue necesario mudarnos. ¿A dónde podíamos ir? Por un momento pareció que conseguiríamos el local del Banco Alemán Transatlántico, lo cual habría sido espléndido; pero tan bella ilusión no resultó posible, a pesar de reiterados esfuerzos. Se me insinuó como lugares apropiados, entre otros más inconvenientes, el llamado "Castillo Rospigliosi" y la antigua casa de la Compañía de Agua Potable, en la calle Padre Jerónimo. Al primero lo consideré demasiado lejos de los centros oficiales y particulares con los que necesitábamos frecuentes contactos. La segunda hallábase en un estado semi-ruinoso y en esta situación no parecía albergue conveniente para la Biblioteca Nacional por un período que podía ser largo. Por fin, después de innumerables idas y venidas, y debates, se convino en que nos alojaríamos en un sector de la Escuela Nacional de Bellas Artes, en la calle de San Ildefonso.

Ocupamos la sala de actos, que fue convertida en depósito de libros, la sala de exposiciones y varias aulas, más o menos espaciosas. Fue un área suficiente,

al principio, para nuestros escasos compañeros de labores y para nuestro parco caudal bibliográfico. Gradualmente, empezó a volverse más y más estrecha. La Escuela de Bellas Artes nos suministró, además, aulas adicionales para las clases de la Escuela de Bibliotecarios, con la ventaja de tener cerca los libros que en ella fueron usados como texto o para las prácticas; y, con el tiempo, pudimos hacer uso también de un decoroso salón en donde tuvieron lugar algunas de las actuaciones para recibir donativos de países extranjeros.

En aquel recinto se efectuaron por ejemplo, la ceremonia de la entrega de los valiosos lotes de libros chilenos que trajo a Lima Raúl Silva Castro, así como una exposición de ellos. Nuestras relaciones con el personal de la Escuela de Bellas Artes fueron excelentes, y debe la Biblioteca Nacional perenne gratitud, tanto al señor Germán Suárez Vértiz, como al señor Ricardo Grau, directores de ella entre 1944 y 1947.

La Escuela de Bibliotecarios se trasladó más tarde, cuando las necesidades de espacio disponible se hicieron más apremiantes, al edificio de la de Servicio Social en el Paseo Colón, hoy centro de Estudios Histórico-Militares. Fue una gentileza de la directora de ella, Rosario Araoz, colaboradora entusiasta y eficaz en nuestra empresa.

Había que encontrar en Lima, en el resto de nuestro territorio y en el extranjero lo que tanto nos faltaba: material bibliográfico peruano o referente al Perú, con preferencia, desde los momentos iniciales, por tratarse de una Biblioteca Nacional. Eminentemente intelectuales creyeron que esa recolección era tarea en absoluto imposible, y en forma pública y solemne entonaron el "De Profundis" del patrimonio cultural del país. Claro que tratándose de gran parte de los manuscritos, no había remedio. Los impresos quemados o no rescatados en la búsqueda minuciosa que tuvo lugar esforzadamente entre junio de 1943 y enero de 1944 estaban también perdidos; en algunos casos, en lo que atañe a ediciones originales, quedó abierta siempre la posibilidad de obtener copias fotográficas de otros ejemplares. Pero la experiencia demostró, al mismo tiempo, en numerosos casos, que era posible conseguir los originales mismos de obras peruanas o referentes al Perú, si, en eso, se ponía paciencia, constancia y, a veces, astucia. Lo que nos ayudó muchísimo a sopesar nuestras necesidades y a medir nuestras fallas y nuestras fuerzas fue el catálogo. Cuando los egresados de la primera promoción de la Escuela se repartieron en distintas secciones de la Biblioteca, de acuerdo con sus aptitudes, el Departamento de Catalogación entró en funciones bajo el eficiente comando de Carmen Rosa Tola con la participación inicial de Luis F. Malaga, Lucy Remy, Olivia Ojeda, María Elisa de Otero, Agustina Musante y Ricardo Arbulú. Durante varios meses iniciales, estos magníficos bibliotecarios flamantes hallaron la orientación tenaz y experta del profesor cubano Jorge Aguayo, cuyo libro era entonces uno de los pocos manuales acerca de la catalogación en el idioma español. Dedicó este Departamento incesante cuidado a los fondos peruanos. Por otra parte, un grupo especial de empleados continuó ordenando y registrando en forma muy sencilla, porque tenía que ser muy rápida, los folletos y periódicos salvados. Fue así cómo, desde el primer momento, pudimos saber lo que teníamos y lo que no teníamos; y nos dimos el lujo de publicar desde los primeros números en la revista *Fénix* y en el *Boletín* anuncios en los que se solicitaba ediciones específicas de diferentes autores; e hicimos, de cuando en cuando, lo mismo con gran discreción en *Avisos Económicos* de algunos diarios y también, a través de avisos semejantes, en periódicos de provincias.

Fueron adoptadas para la catalogación las reglas de la American Library Association en su edición de 1941 con otras de la Biblioteca Vaticana (1941). No nos limitamos a copiar ciegamente modelos extranjeros. Los vocablos usados para encabezar las fichas de asunto en el catálogo diccionario resultaron del trabajo selectivo de los propios catalogadores, a base de varias listas; salvo

los peruanos y los de algunos países hispanoamericanos que fueron íntegramente originales.

El sistema de clasificación escogido, después de maduras deliberaciones y diversas consultas, fue el C.c.d. o de Dewey, entonces en su 14 edición. Nuestra decisión estuvo influida, en mucho, por la idea de que él necesitaba ser accesible más tarde con la finalidad de que otras bibliotecas peruanas lo aplicaran.

Pero al escogerlo, lo hicimos con supresiones, modificaciones y expansiones, a fin de ponerlo a tono con la realidad geográfica, histórica, antropológica del Perú y de América Latina. La sección concerniente al Derecho y a la Legislación llegó a ser elaborada de acuerdo con la Facultad respectiva de la Universidad de San Marcos. Hubo también enmiendas importantes en el campo de la literatura. La historia del Perú y la historia local recibieron especial atención para que obtuviesen los márgenes adecuados. El estudio de los indios resultó materia de escrupuloso cuidado. La clasificación correspondiente a Educación fue obra de Mercedes Gazzolo de Sangster.

El catálogo de la Biblioteca Nacional no quedó inerte. Guillermo Lohmann Villena, en su *Memoria* como Director en 1967 dice: "Una de las Tablas de Dewey que desde un principio reclamó reforma en nuestra Biblioteca, como en todas las bibliotecas de España e Hispano-América, ha sido la que corresponde a la materia Religión=200. Examinada la tesis que presentó el R.P. Julián Heras O.F.M. para optar el título de Bibliotecario en la Escuela Nacional de Bibliotecarios, en la cual presentó una reforma numérica y temática acorde con las colecciones de temas católicos del Perú y de América, la consideramos la más adecuada para reclasificar la colección y para adoptarse oficialmente. La Tabla "Heras" en su aplicación en este Departamento en 1967, no ha presentado dificultad digna de mención y sí más notoria ventaja respecto de las que aparecen en todas las ediciones hasta ahora publicadas de la Tabla de Dewey" (9).

Merecen especial recuerdo diversos trabajos de bibliotecarios peruanos. Entre ellos los de: Ricardo Arbulú Vargas, "Por lo específico a lo genérico en la catalogación" (*Fénix* N° 4, 1946), "Prontuario de una técnica bibliográfica" (*Fénix* N° 7, 1950), "Prontuario de tratamiento de folletos" (*Fénix* N° 5, 1947), "Prontuario del curso de clasificación" (*Fénix* Nos. 9 al 13, 1953-1963); Cristina Duarte de Morales y Nilda Cáceres, "Fichas analíticas de publicaciones periódicas" (*Fénix*, N° 9, 1953); Luis F. Málaga, "Reglas y tablas de notación interna" (*Fénix*, N° 5, 1947) Hilda Machado Mayurí y Teresa Telaya Hidalgo, "Epigrafía de la clase 000 obras generales" (*Fénix*, N° 23, 1973); Elisa Morales de Celestino, "Esquemas desarrollados de la Clasificación de Dewey: 985. 0091-985.01 (Servicios Técnicos)" (*Fénix* N° 18, 1968) e "índice epigráfico correspondiente a los números 913, 85; 918. 5; 980.5 y 985 de la clasificación Dewey" (*Fénix*, Nos. 19 al 21, 1969-1971).

El tiempo se ha encargado de darnos la razón cuando optamos con enmiendas, por el sistema Dewey en el catálogo de la Biblioteca Nacional. La revista *Bibliogra-phei de la France (Biblio)* en su N° 41 de 9 de octubre de 1974, anuncia que se ha publicado la primera versión francesa de esa clasificación decimal de acuerdo con la 18a edición norteamericana. El nuevo texto, dice, es el producto de laboriosos esfuerzos. En 1966-67 se formó un grupo de clasificación en Lyon. Descartada la posibilidad de crear un sistema totalmente nuevo, quedaron por escoger tres grandes pautas de tipo enciclopédico: la de la Biblioteca del Congreso de Washington, la clasificación decimal universal (C.d.u.) y la C.d.d. (Dewey). La primera ofrecía una complejidad excesiva. Los mismos técnicos encargados de ella tienen dificultades para aplicarla. Carece de valor

(9) Guillermo Lohmann Villena, "Memoria de la Biblioteca Nacional 1967", en *Fénix*, N° 18, 1968, pág. 19.

práctico en las bibliotecas de lectura pública. La C.d.u. ostenta valor científico en sus esquemas; pero quienes la utilizan hallan inconvenientes en su funcionamiento cuando se trata de libros destinados a la gran masa de lectores. El grupo de Lyon tuvo ante sí la disyuntiva de abreviarla en exceso o de desarrollar mediante intercalaciones en los índices de, a veces, siete u ocho signos aparte de las cifras.

No quedó al fin otra fórmula que adoptar la C.d.d., casi exclusivamente representada por cifras. Este sistema posee una flexibilidad que abre el camino a un desarrollo mayor o menor de los índices según la importancia de las diversas materias y de acuerdo con las tareas de la biblioteca que lo emplea. Por lo demás, ya estaba en aquellos años bastante difundida en Francia la C.d.d. Desde 1967 establecieron contactos entre el grupo de Lyon y un equipo de bibliotecarios del "College" de Santa Ana de la Pocatière, radicado en Quebec, Canadá, que ya había preparado un folleto con la traducción francesa de la Introducción y de un primer sumario de la 17e. edición de la C.d.d. Al mismo tiempo, llegó a conseguirse un permiso de la Forest Press, empresa editorial que tiene a su cargo la publicación de dicho sistema. En junio de 1969, en Montreal, reunidos los personeros de Forest Press, los bibliotecarios canadienses, los representantes del equipo de la Pocatière y el grupo de Lyon, tomaron los acuerdos definitivos para "una primera versión francesa integral" de la 18a. edición de Dewey. De allí han salido dos importantes volúmenes. En el primero están reunidas la Introducción y las Tablas generales. En el segundo, las Tablas auxiliares y el índice. Todos los avances de la 18a. edición han sido utilizados; entre ellos destacan los que conciernen a las ciencias jurídicas, sociales y económicas y a las matemáticas.

Las precauciones que acaban de ser mencionadas tuvieron como origen el hecho de que se buscaba publicar una obra con la versión comercializada de la C.d.d. para toda Francia y los países de habla francesa (10).

Hoy el catálogo peruano y peruanista de la Biblioteca Nacional de Lima, con sus treinta años de experiencia, es tan valioso que debiera ser impreso como ocurre con los catálogos de grandes bibliotecas contemporáneas. Así se evitaría el peligro de las pérdidas o deterioros insalvables en diversas fichas y se haría un enorme servicio a los estudiosos del mundo culto.

El catálogo de la Biblioteca Nacional no sólo resultó un instrumento de constatación y orientación acerca del patrimonio que en este instituto llegó a acumular sin cesar. Fue una guía, en múltiples asuntos de carácter único, por no haber en el Perú abundancia de bibliografías generales o especiales. En relación con la literatura nacional superó pronto y de lejos a la obra editada años atrás por Sturgis Leavitt. Lo mismo cabe afirmar en otros campos fundamentales.

Se convirtió el catálogo, repito, en una pauta que permitió saber, desde el comienzo, dónde estábamos en el campo de la producción bibliográfica peruana y sirvió para orientar canjes y compras.

Obtuve una confirmación de mi teoría de que es posible, aun a las alturas de mediados del siglo XX, erigir una espléndida colección peruana cuando en 1947, en un viaje a Estados Unidos con motivo de la Asamblea Internacional de Bibliotecarios, me fue dable visitar la casa del millonario Lessing J. Rosenwald, en Jenkinstown, suburbio de Filadelfia.

(10) La información minuciosa de la revista *Bibliographie de la France*, N° 41 de 9 de octubre de 1974, en las págs. 827-832. El distribuidor exclusivo de la obra es el "Cercle de la Librairie", 117, Boulevard Saint Germain, 75279, Paris Cedex 06

Este personaje fue el hijo mayor de Julio Rosenwald, fundador de la casa Sears, Roebuck and Company. Se dedicó, desde los años 1920, a coleccionar libros y grabados bajo la dirección de los famosos especialistas en libros antiguos Philip y A.S.W. Rosenbach y, más tarde, con la ayuda del sucesor de ellos John Fleming. Después de trabajar junto con su padre en Chicago, Lessing se trasladó a Filadelfia para ser gerente de la negociación Sears en aquella zona. La colección que celosamente llegó a reunir a lo largo de mucho tiempo fue tan notable que le ha sido posible hacer donativos de gran importancia: grabados a la Galería Nacional del Arte y libros y manuscritos a la Biblioteca del Congreso de Washington. Esta última le ofreció un agasajo en su salón más espacioso en febrero de 1973, el primero en los setenta y cinco años del edificio, con ciento cuarenta invitados al cumplir él su 88^o aniversario. Ochenta y dos de sus libros más raros fueron exhibidos entonces en la Biblioteca. No hace mucho tiempo, entregó gran parte de su residencia, cuya extensión era de ciento cincuenta hectáreas que incluían una gran casa, al Municipio de Jenkinstown para que se erigiera un parque y un centro comunal. Con su familia, se ha trasladado a un lugar más pequeño. Sin embargo, al lado de ellos hay una galería con las obras que no ha donado o que ha donado en principio, abierta, junto con una biblioteca complementaria, a los investigadores que soliciten efectuar consultas en dicho lugar. Un artículo en la revista *The New Yorker*, publicado el 10 de marzo de 1973, llama a Lessing J. Rosenwald el más grande coleccionista de dibujos y de libros ilustrados en el mundo, dueño de ejemplares que van desde el siglo XV hasta Picasso.

Regreso ahora a la tarde inolvidable de 1947, fugaz entrada en un mundo ignoto. Almorzamos en aquella espaciosa casa de campo y después fuimos a la biblioteca especialmente construida como un anexo, para dar lujoso albergue a los incunables que el señor Rosenwald había adquirido. A pesar de que, repito, no hacía muchos años que había iniciado su colección, allí estaban ellos, con preciosos empastes, limpios, como nuevos. No eran uno o dos incunables, eran miles y de los más reputados. Se me ocurrió entonces que si había sido posible a un particular juntar en Estados Unidos en corto plazo tan numerosa cantidad de obras europeas de los primeros tiempos de la imprenta, no era imposible al Estado peruano coleccionar, a través de muchos años, obras peruanas o sobre el Perú pertenecientes al período entre el siglo XVI y el siglo XX; por más raras o escasas que algunas parecieran no podían ser tan difíciles de obtener como muchas de esas joyas.

No pretendo decir que todas las obras de importancia llegaron a ser registradas en la Biblioteca Nacional de Lima entre 1944 y 1948, o que puedan llegar a incorporarse a sus fondos en ediciones originales en el futuro próximo. Sostengo, sí, que se formó una buena base para una importante colección, superior a lo que pudo esperarse y sin hacer dispendios excesivos y con ahorro de comisiones, porcentajes y "juanillos". Afirmó también que, con más dinero y con celosa constancia y ductilidad inteligente, esa base, que ya ha alcanzado considerable incremento, pudo y debe ser más ampliada. No es cierto (como algunos declararon en 1943) que las nuevas generaciones quedasen con el incendio privadas de conocer y estudiar el pasado o la realidad actual del país. Ese veredicto negativo lo borramos del mapa.

Otro resultado muy importante del nuevo espíritu invívito en la nueva época fue transformar la imagen cenagosa creada por el incendio y erigir, en cambio, poco a poco, un ambiente de fe pública en la Biblioteca, tan generalizada ya que ha permitido, a lo largo de los años, valiosos donativos particulares de obras fundamentales y guardar los ejemplares adquiridos más tarde, al amparo del clima que imperó de 1943 a 1948. Nadie obsequió nada a esa institución cuando fui su empleado entre 1919 y 1930. En la época actual, los aportes de

Raúl Porras Barrenechea, los inéditos de Abraham Valdelomar y de José María Eguren, la colección que lleva el nombre de Alfredo González Prada, el archivo completo de Sánchez Cerro, hablan elocuentemente. Y no son los únicos.

¡Cuántos relatos podrían hacerse acerca de la búsqueda, o de la obtención o del hallazgo de obras preciosas! Basta citar aquí pocos casos, tal como el ejemplar por nosotros conseguido de la obra de Diego de León Pinelo que refuta los ataques del erudito Justo Lipsio contra los nacidos en América, mereció un estudio, divulgado en libro, por Antonello Gerbi, y lo obtuve en canje del convento de Ocopa después de muchísimos esfuerzos y enrevesadas negociaciones. Meses y meses duraron las conversaciones y tratos con el Padre Odorico Sáiz.

Aparte de los libros logrados mediante canjes de diversas bibliotecas e instituciones tuvimos, por cierto, los donativos. Claro es que muchos de ellos fueron valiosísimos, sobre todo en los primeros tiempos. Pero no podíamos depender únicamente de esa forma de ingresos. Por lo general, salvo excepciones muy honrosas, algunas de las cuales he de mencionar luego, aquí la gente no regala lo máspreciado que tiene. En nuestra época, a muchos autores nos les es posible disponer de sus propias obras que hallánsen entregadas a librerías y editores. Por esa razón los envíos de las Cámaras del Libro extranjeras, como, por ejemplo, las de México y Argentina, y los de varias imprentas peruanas, resultaron de gran importancia.

Era inevitable, pues, que compráramos y para eso teníamos necesidad de dinero. No sólo dispusimos de las partidas intangibles en el presupuesto de la Biblioteca (irremediabilmente exiguo en aquella época) sino también de donativos, algunos de ellos para adquisiciones con fines específicos, como la de la colección Justo. En total los particulares erogaron, por diversos conceptos, casi un millón de soles, aparte de lo entregado para esa colección. Esta suma resulta baja y pudo haber sido mucho mayor. Es preciso, sin embargo, tomar en cuenta el escepticismo surgido en relación con la capacidad del Estado para salvaguardar el patrimonio de la Biblioteca Nacional.

El examen de las personas e instituciones donantes suscita una desigual emoción. No se hicieron presentes, salvo las pocas excepciones que menciono en seguida, la gente o las entidades más ricas del Perú (11). Nada hicieron la International Petroleum, la Cerro de Pasco Corporation, Graham Rowe Co., la casa Milne, muchas familias prominentes. Resultó ilusorio el llamado que hizo Víctor Andrés Belaúnde en una carta que el diario *La Prensa* de Lima publicó el 12 de mayo de 1943 (12). Por el contrario, aparecieron en las listas el personal administrativo y docente de varios colegios, funcionarios de diversas reparticiones públicas, sociedades, clubs de tiro, sindicatos obreros, estaciones de choferes, librerías y particulares de la más variada condición económica con predominio de

(11) Léese en el artículo "La Biblioteca de Ocopa: su historia y organización" por Nora Córdova de Castillo, publicado en *Fénix*, Revista de la Biblioteca Nacional, N° 24, 1974, que el señor Waldemar Schroeder y Mendoza fue uno de los "insignes benefactores" del convento. "Las obras regaladas a la biblioteca de Ocopa (asevera la señora Castillo) por este ilustre señor ascienden a unos 2,000 volúmenes entre obras antiguas y modernas, de variadas materias, sobre todo de historia del Perú. La mayoría pertenecía a su biblioteca particular; aunque también permitía que el convento escogiera aquellas obras que más necesitara. Comenzó a regalar libros a Ocopa en 1952 y hasta 1962 y todo ello gracias al R.P. Odorico Sáiz, por quien tenía singular afecto". (Págs. 111-112). El ilustre señor Schroeder y Mendoza prefirió entregar sus libros, cuyos temas no rozaban, por cierto, la Teología ya que eran "sobre todo de historia del Perú", al lejano convento de Ocopa y no a la Biblioteca Nacional de Lima, próspera y segura bajo la dirección de don Cristóbal de Losada y Puga cuando él inició sus entregas. ¿Dónde habrían sido más útiles?

(12) Decía Víctor Andrés: "Las congregaciones religiosas no han de negarse a donar a la nueva Biblioteca Nacional los libros que no sean necesarios dentro de la índole de su instituto y que serán mejor conservados y seguramente más frecuentemente consultados en el nuevo edificio que se levante. Ejemplo idéntico deben seguir las instituciones y los particulares

los sectores sociales no acaudalados. Entre los erogantes estuvieron entidades tan diversas como el Arzobispo de Lima, la Inspección General de Instrucción Pre-Militar y varias Direcciones Regionales de ella, la Escuela de Servicio Social, el Comité de Franceses Libres. En algunos departamentos (como en Loreto, Ancash, Cajamarca y Huancavelica) tuvo gran éxito la organización de comités especiales. El aporte de las Asociaciones Provinciales de Maestros Primarios, al que siguió uno más cuantioso de la Asociación Nacional de Maestros Primarios, merece especial recuerdo.

Para tener dinero apelamos a los medios más diversos. Inclusive aceptamos con profunda gratitud la oferta de la Asociación de Artistas Aficionados para organizar una corrida de toros. Hubo gente que censuró este gesto por considerarlo poco "intelectual". Los muchachos y muchachas que nos hicieron este servicio pusieron sinceridad, generosidad, eficiencia; y el resultado económico fue mucho más cuantioso que el que hubiera producido una velada literario-musical que, por otra parte, nadie trató de organizar y que, de haberse hecho por nuestra cuenta, habría generado innumerables problemas en el resbaladizo ambiente intelectual de Lima.

Un grupo de jóvenes desinteresados al que perteneció Fernando Belaúnde Terry formó la agrupación llamada "Amigos de la Biblioteca Nacional" para erogar una suma, con el fin de que ella fuese luego destinada por dicho instituto a la formación de una moderna sección de ciencias sociales. Iniciada la entrega de estas obras en 1945, después de una serie de inversiones lentas y juiciosas llegó a liquidarse la cuenta en uno de los bancos locales, manejados en forma autónoma bajo la firma del señor Jaime Bayly Gallagher que dedicó su tiempo y su trabajo con desinterés a tan valiosa tarea.

En la obtención de los fondos bibliográficos fundamentales trabajamos sistemáticamente con grandes libreros en el extranjero, especialmente con Julio Suárez (Buenos Aires), Casanova (La Paz), Argosy y Kraus (Nueva York) y Edwards (Londres). La llegada a París de una egresada de la Escuela de Bibliotecarios, la señorita Odile Rodríguez con una beca para estudiar bibliografía, nos permitió establecer felices contactos con diversos libreros de esa ciudad. Fueron muy frecuentes y cordiales nuestras relaciones con los libreros de Lima y de algunas provincias; y ello no sólo multiplicó las oportunidades y posibilidades para el incremento de la Biblioteca sino que permitió en 1947, hacer con todo éxito, mediante la cooperación de ellos, una feria del libro en nuestro nuevo local, inaugurada con asistencia del Presidente Bustamante y Rivero. No ha habido otra feria del libro en el mismo lugar más tarde, si bien la Cámara del Libro ha tenido acierto y éxito en organizar otras análogas recientemente en el Parque de Miraflores.

Adquirimos en bloque o aisladamente valiosas colecciones privadas, como las muy importantes de periódicos de Evaristo San Cristóval, la de folletos de José Castanon y Vivero, como se ha dicho ya de gran valía, buena parte de la de libros y folletos de Hermilio Valdizán (cedida después de enérgicas gestiones por la Librería Internacional), las bibliotecas de Horacio Urteaga, Fortunato Herrera, Miguel A. Urquieta y otros. Hicimos dar un decreto que creó trabas para la exportación de manuscritos o impresos que tuvieran interés nacional. Visitamos sistemáticamente librerías antiguas y modernas, instamos la generosidad o la codicia de particulares y despachamos emisarios a provincias en pos de especies bibliográficas valiosas. Una de estas misiones, a cargo de Luis Fabio Xammar en Ayacucho, llegó a hacer el "cateo" de buena parte de los libros de la antigua Universidad de San

Cristóbal de esa ciudad; y, al fin, logramos obtener los que nos interesaban de ellos. Donantes generosos, cuyos nombres" cuidamos siempre de publicar en los diarios, en el *Boletín* y en las audiciones radiales de la Biblioteca y en la Memoria ya citada, contribuyeron con aportes importantes. Recuerdo ahora entre ellos, sobre todo (poniéndolos en orden alfabético) a Luís Alayza y Paz Soldán, Ciro Alegría, Alfredo Correa y Elías, Zoila Aurora Cáceres, Carlos Dellepiane, Jesús Elías, Teodoro Elmore Letts, Francisco Grana, Alberto Hidalgo, Roberto Leguía, Mary Lucio de Jiménez, Guillermo Lohmann Villena, Francisco Mostajo, Fernando Palacios, Antonio Picasso Panizo, John Ritchie, Félix Satler, Remigio Silva, la familia Trou de Mora, Pedro Ugarteche, Alberto Ulloa, la testamentaria Aspíllaga, el Arzobispado de Lima. Los representantes diplomáticos del Perú en Argentina y el Ecuador, Mariscal Osear R. Benavides y Dr. Hernán C. Bellido, hicieron valiosos envíos de obras obtenidas por ellos encabezando, al personal de las Embajadas y a los residentes peruanos.

No faltaron las entregas silenciosas de libros, periódicos y folletos de mi biblioteca particular. Me desprendí así de materiales que, a lo largo de muchos años, había reunido para mis estudios históricos. Prefiero no hablar más de ello; pero sólo agregaré que años más tarde, se me pusieron dificultades para la consulta de esos mismos documentos.

Hubo canjes valiosos. Recibimos, por ejemplo, una colección de obras antiguas que pertenecían al Colegio de la Libertad de Moquegua y que provenían de la antigua biblioteca de los jesuitas de esa ciudad; enviamos, en cambio, un lote de obras modernas duplicadas y otras adquiridas en librerías locales y que podían ser de utilidad al personal docente, al alumnado y al público en general de esa ciudad. La Escuela de Ingenieros remitió, dentro de un arreglo análogo, más de quinientos volúmenes de literatura francesa muy selecta, en ediciones muy finas, llegadas a esa Escuela hace años como donativo del Gobierno de aquel país. Vino dicho envío a reemplazar, en parte, la colección que se quemó, adquirida en la época de don Manuel González Prada. Con el convento de Ocopa hicimos, después de las dilatadas negociaciones que ya mencioné, varios ventajosos canjes. Enviamos un duplicado de la crónica de Rodríguez Tena sobre las misiones franciscanas y obtuvimos un número de libros diversos de primera importancia. Los reverendos aquí no prodigaron la caridad cristiana; pero accedieron al comercio a base del antiquísimo sistema del trueque.

En suma, si se toman en cuenta las especies rescatadas o restauradas, la colección de folletos Zegarra no afectada por el incendio, las compras, los canjes y los donativos, llegamos a tener en tiempo no muy largo la base para una excelente documentación peruana antigua y moderna. Mucho más hubiera sido posible conseguir si hubiéramos dispuesto de mayores cantidades de dinero para enviarlas, después de la guerra mundial, a ciertos agentes europeos, norteamericanos, argentinos, bolivianos y chilenos; y, sobre todo, si, en relación con especies en poder de intermediarios en Lima, no hubiéramos sufrido, más de una vez, la implacable competencia de algunos eruditos y la de varios coleccionistas acaudalados.

V La hazaña que fue la adquisición de la Biblioteca Justo.

La adquisición más espectacular que hicimos (si bien no la única de gran importancia) fue la de la colección del general argentino Agustín P. Justo. Como he narrado los detalles de ella en la Memoria a la que antes me he

referido y en una nota aparecida en el *Boletín* de la Biblioteca Nacional, sólo voy a hacer un resumen de lo ocurrido. En la época en que tuve a mi cargo la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos pude informarme varias veces de las gestiones que hacía tenazmente el general Agustín P. Justo, entonces Presidente de la República Argentina, por medio de la Embajada de su país, para adquirir obras raras y valiosas, peruanas y americanas. Análoga labor estaba a cargo de las Embajadas ante otros países del continente. Justo ansiaba emular y superar a su compatriota el general Bartolomé Mitre, en el esfuerzo para atesorar una gran biblioteca. Cuando visité Buenos Aires en 1942, el mismo ex-Presidente me paseó por su casa para mostrarme con gran orgullo la ingente riqueza cultural que había coleccionado y guardaba en cuatro habitaciones de su residencia. Durante más de doce años contó con la asesoría del erudito librero y bibliógrafo Julio Suárez. De ahí, pues, mi intensa emoción cuando, por una carta particular de Buenos Aires, supe que ella estaba en venta, después del fallecimiento de Justo a principios de 1943. Por razones políticas, el gobernante de esa época se había negado a comprarla. El precio en que habían sido tasados estos 28,000 volúmenes, de los cuales el 90% correspondían a obras americanas o referentes a América, si bien no era excesivo, me angustió, pues no disponíamos de ese dinero en la Biblioteca Nacional. Como quien piensa en voz alta comuniqué mi zozobra a un amigo, hombre acaudalado. Este, con gran tranquilidad, me aseguró que él y algunos amigos podrían reunir aquella suma. "Erogamos más dinero cuando hay campañas electorales", me dijo con aire confidencial. Comuniqué la buena nueva al Presidente Prado, quien aceptó el aporte de los particulares sólo hasta por la mitad de la cantidad pedida por la familia Justo. Empezaron entonces las gestiones en Buenos Aires, por medio de nuestra Embajada, a cargo entonces de José Jacinto Rada cuya colaboración así como la de todo el personal a sus órdenes, entre el que se destacaron Augusto Dammert León y Fernán Cisneros, merece el más vivo elogio. Mis conversaciones telefónicas con mi antiguo amigo José Jacinto llegaron a ser frecuentes, a veces diarias. Fue una verdadera lucha. Nos enfrentamos primero a la Universidad de Texas que ofrecía una suma mucho más considerable que la de nosotros.

Liborio Justo, hijo del general Agustín P. Justo, manifestó (en una carta dirigida a la revista *De Frente* de Buenos Aires y publicada el 22 de agosto de 1955): "Nuestro propósito era no sólo que (la biblioteca) quedara en el país sino en la finca de la calle Federico Lacroze 2154, donde ocupaba todo el segundo piso ensanchado varias veces para darle espacio —finca que estábamos dispuestos a donar con el fin de que se formara allí, sobre la base de la de mi padre, una gran biblioteca americana". Tan valioso plan fue malogrado por la incomprensión o la hostilidad del gobierno argentino de entonces.

"Es evidente (agregó) que realizando un remate o, desde luego, aceptando la propuesta norteamericana pagada en dólares (se refiere a la que efectuó la Universidad de Texas) se hubiera podido obtener por la biblioteca una suma superior a aquella en que había sido tasada judicialmente. Pero no estaba en el propósito de ninguno de los depositarios lucrar con un acervo cultural de esa naturaleza y, particularmente dentro de mi voluntad, jamás hubiera permitido que él fuera llevado a los Estados Unidos que iban a fortalecer sus armas de penetración imperialista".

Cuando la familia Justo, representada, sobre todo, por Liborio, aceptó entregar este inmenso patrimonio bibliográfico al Perú por medio de la Biblioteca Nacional de Lima, quiso, ante todo, anudar una estrecha vinculación interamericana. En la carta antes mencionada señala él que nuestro país "para un argentino —por lo menos para mí— no puede considerarse lo que verdaderamente entendemos por extranjero".

Enorme fue la decepción que Liborio tuvo después de su viaje a esta ciudad en diciembre de 1974. Mientras que no podían apartarse de su memoria las

expresiones muchas veces reiteradas en Buenos Aires y por mucha gente en el sentido de que era lamentable esta gran exportación cultural, los intelectuales peruanos con quienes tuvo contacto ignoraban que dichos tesoros hubiesen venido acá en 1945, nada sabían acerca de la biblioteca Justo. Explicable actitud la de Liborio. Sin embargo, por encima de la ignorancia, de la indiferencia o de la desidia, no sólo la historia de la Biblioteca Nacional de Lima sino la historia de las relaciones entre la Argentina y el Perú anotarán indeleblemente este importantísimo episodio entre sus páginas más bellas.

Más tarde vino el enfrentamiento con el gobierno argentino, deseoso tardíamente de impedir una exportación que tan importante pareció después de un editorial de *La Nación* bonaerense. Gracias a diversas maniobras estratégicas y tácticas, fue posible al fin nuestra victoria. Casi inmediatamente después de haber abonado el precio a la familia Justo, tomamos la precaución de trasladar la biblioteca al local de la Embajada, para impedir cualquier acto de fuerza. Por la valija diplomática comenzaron a llegar algunos de sus tesoros más preciosos. Cuando el canciller argentino llamó al Embajador Rada, ya la colección Justo estaba a salvo y desintegrada. En Lima, hubo que vencer, al mismo tiempo, los reparos de algunos Ministros para quienes se iba a efectuar un hecho susceptible de ensombrecer nuestras relaciones diplomáticas y económicas con la Argentina. Creo que entonces se tramitaba un arreglo sobre el trigo.

Pero surgió una nueva dificultad. El señor acaudalado que había hecho la promesa se ausentó de Lima y no pude comunicarme con él. Hubo que empezar, a través de otros conductos, merced a la gestión espontánea del doctor Manuel Vicente Villarán, la ardua tarea de reunir poco a poco los donativos de empresas y capitalistas particulares para completar los fondos necesarios. Los donantes fueron: el Banco de Reserva del Perú, el Banco Popular, Gildemeister y Cía., Eulogio Fernandini, el Banco de Crédito, Luis Guillermo Ostolaza, las Empresas Eléctricas Asociadas, el Banco Internacional, la Compañía de Seguros Rímac y la Compañía Internacional de Seguros.

Por fin todo se obvió y la colección Justo llegó a la Biblioteca Nacional del Perú. En un país en el que tanto se ha abusado con el envío al exterior de sus caudales bibliográficos, llegó a realizarse, como nunca ocurriera antes, una importación de ellos en gran escala. Sólo hubo un caso comparable: el de la llegada de la biblioteca completa de obras en aymara y quechua de Paul Rivet.

En el artículo de Domingo Buonocore "La biblioteca del general Agustín P. Justo", publicada en la revista *Universidad* de Santa Fe (13) léese lo siguiente acerca de la riqueza de dicho repositorio:

"El núcleo esencial y más valioso de la biblioteca Justo estaba constituido, dijimos más arriba, por obras de carácter americanista, especialmente relativas a historia, geografía, etnografía, lingüística, libros de crónica religiosa, etc.

Para apreciar mejor el contenido de la misma, la dividiremos en las secciones siguientes: historia americana; crónicas religiosas y obras de índole catequística; lenguas americanas; libros de viaje; publicaciones de expósitos; colección de álbumes; libros de lujo: periódicos y revistas y manuscritos.

Daremos una sumaria noticia de cada una de ellas.

Fondo de Historia Americana. Contiene preciosas ediciones, muchas de las cuales son ejemplares únicos o muy difíciles de hallar.

Por supuesto, está la serie completa de cronistas coloniales del Río de la Plata, empezando por los *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, escritos por su secretario Pero Hernández, la primera crónica que se publicó en España sobre nuestro país, en Valladolid, 1555, pieza muy codiciada. En el inventario, esta sola obra fue tasada en la considerable suma de 3,500 pesos.

Igualmente completa se halla la serie de historiadores españoles de las Indias Occidentales, con su máximo representante, Antonio de Herrera, autor de la célebre *Historia general de los hechos castellanos en las islas y tierra firme*, edición anotada de Andrés González Barcia, Madrid, 1725-1730 y su traducción francesa, París, 1660-1671.

Las obras relativas a la conquista, colonización y guerras civiles de América, tanto las de autores peninsulares como indianos, están representadas en las mejores ediciones. Citemos, a título de ejemplo, *Primera y segunda parte de la historia del Perú*, por Diego Fernández, en su texto príncipe, Sevilla, 1571, sumamente rara, pues, como se sabe, su circulación fue prohibida por el Real Consejo de Indias. La edición original de *La primera parte de los Comentarios Reales* de Garcilaso, Lisboa, 1609, así como las ediciones de Madrid, 1722, y Córdoba, 1722. La segunda edición —muy rara— de la *Historia natural y moral de las Indias*, del padre Acosta, Barcelona, 1591. La *Relación de la destrucción de las Indias*, del P. Bartolomé de las Casas, en la edición de T. Bry, 1612, muy valiosa, y la original del *Tratado coproductorio*, Sevilla, 1552, estimada en la suma de 3.500 pesos. También merece apuntarse la famosa obra del P. Pedro Lozano, *Descripción chorographica*. Córdoba (España), 1733, casi inhallable en esta edición.

Crónicas religiosas y obras de índole catequística. Los cronistas conventuales están representados por la primera edición, muy rara, de la *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, Barcelona, 1638, de fray Antonio de la Calancha, chuquisaqueño, y los *Tesoros verdaderos de Indias*, Roma, 1681, del P. Juan Meléndez, limeño. La crónica histórica misionera registra la edición príncipe, igualmente rara, de la famosa obra del jesuita peruano, Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista espiritual del Paraguay...*, Madrid, 1639, donde, entre otras cosas interesantes, se consigna, por primera vez, un estudio sobre la yerba mate. El ejemplar contiene una carta de Esteban N. Balmaceda y nota manuscrita del general José Ignacio Garmendia. Muy valiosa es también *La extirpación de la idolatría en el Pirv*, del P. Joseph de Arriaga Lima, Jerónimo Contreras, 1621.

Entre los libros de índole catequística, debemos destacar el *Manual de ejercicios espirituales para tener oración mental* compuesto por el padre Thomas de Villacastin, uno de los primeros impresos que salieron de la histórica imprenta de Monserrat, Córdoba del Tucumán, en 1766.

Esta obra, de la que no se tenía noticia, apareció, según el padre Furlong, en el año 1924 y le fue revelada a Monseñor Pablo Cabrera por el meritorio historiador de la Orden franciscana de Córdoba, R. P. Buenaventura Oro. El único ejemplar conocido se custodiaba en el Convento de San Francisco de la ciudad mediterránea, de donde "emigró", no se sabe bien cómo ni cuándo, yendo a parar a la biblioteca Justo.

Entre las hagiografías destacamos *La vida de santo Toruno*, por Lorea, Madrid, 1679 y *El Sol del nuevo mundo... bienaventurado Toribio*, de Francisco Antonio de Montalvo, Roma, 1683.

Sección lenguas americanas. Esta sección reúne un selecto conjunto de obras de lingüística, filología, gramáticas y vocabulario de lenguas indígenas, todas ellas en sus mejores ediciones. En primer lugar figura el famoso jesuita Antonio Ruiz de Montoya, con los principales títulos de que es autor: *Tesoro de la lengua guaraní*, Santa María La Mayor, 1724; *Bocabulario de la lengua guaraní*, Leipzig, 1876. Luego las obras del P. Diego de González Holguín, *Gramática y arte nuevo de la lengua general del Perú*, Lima, 1607, y el *Vocabulario de la lengua*, Lima 1608.

(13) Domingo Buonocore, "La biblioteca del general Agustín P. Justo", *Universidad*, órgano de la Universidad de Santa Fe N° 57, 1953. Relata cómo se formó dicha biblioteca, qué ocurrió cuando falleció el general Justo y cómo perdió Argentina esle patrimonio cultural.

La rarísima del bachiller Esteban Sancho del Melgar, *Arte de la lengua general del Inga*, Lima, 1691. *El arte de la lengua moxa con su vocabulario y catecismo*, Lima, 1701, del P. Pedro Marbán, único estudio sobre esta lengua hasta el año 1880. La edición más completa de la gramática del P. Diego de Torres Rubio, *Arte y vocabulario de la lengua quichua*, Lima, 1754.

Merece párrafo aparte *Explicación del catecismo en lengua guaraní*, por Nicolás Yapuguai, Santa María La Mayor 1724, libro de costo elevadísimo, desconocido para los bibliófilos, según Mitre, pues sólo una vez apareció en el comercio el año 1854, en Londres. Este autor lo considera como "el quinto incunable de la imprenta guaraníca y su mejor producto tipográfico".

Libros de viaje. Uno de los aspectos que más singularizaba la biblioteca Justo es la sección de obras de viaje, especialmente relativas a América del Sur, y libros de descripciones geográficas. En este sentido está considerada como una de las más completas; muchas de estas piezas había adquirido personalmente su dueño en librerías europeas, pero la mayor parte de ellas procedían de la famosa colección de Carlos A. Tornquist, de Buenos Aires, a quien le fue adquirida íntegramente.

Posee todas las ediciones del famoso relato de Ulrico Schmidel *Vera Historia* — la más antigua descripción de Buenos Aires (1534-1554)— desde la latina impresa en Nuremberg en 1599, por Levinus Hulsius, hoy muy rara, hasta las últimas versiones castellanas de Samuel A. Lafone Quevedo, 1903, y Edmundo Wernicke, 1938.

Otras obras notables del género son: "*Le Voyage to Buenos Aires and from thence by land to Potosí*", London 1716, por Acárete du Biscay, rarísima pieza de alta cotización; la famosa "*Description physique de la République Argentine*", París, 1876-1878, 4 v. y atlas, de H. Burmeister; la no menos importante y escasa de Nieuhoff, "*Voyages and travels into Brasil and the East-Indies*", London, 1703; la clásica "*Geographie*", de Strabon, en una magnífica versión del griego al francés en cinco volúmenes, París, 1805-1819; la *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, Madrid, 1748, por J. Juan y A. de Ulloa; la de Juan de Laet "*A/ovws orbiseu descriptiones Indiac...*" Ley de, 1633. Varias ediciones en francés e inglés de la "*Relation du Voyage de la mer du Sud aux cotes du Chili et du Pérou*", por Antonio Frézier.

Por último, anotemos la célebre y costosísima colección de viajes de Theodoro de Bry intitulada "*Collectiones peregrinationum in Indiam...*" Frankfurtés, 1596.

Complementa la rica serie de obras de viaje una preciosa colección de mapas antiguos y modernos de diversos países americanos, planos, grabados coloniales, etc.

Publicaciones de la Real Imprenta de Niños Expósitos. De este histórico y famoso taller porteño la biblioteca Justo poseía valiosos ejemplares. Por lo pronto se hallaba casi toda la copiosa bibliografía de Fray José Antonio de San Alberto (1727-1804), el más ilustre pedagogo colonial, consejero y predicador de Su Majestad Carlos III, para quien la Imprenta de Expósitos hizo las más bellas y cuidadosas ediciones de la época. Entre éstas, anotamos dos especialmente estimadas: la rarísima *Carta* que escribió a los indios infieles Chirihuanos en 1788, pieza de alta cotización venal, y la célebre *Carta Pastoral* de 1791, de 676 páginas, considerada por Gutiérrez como el volumen más abultado y más notable, por la belleza de su tipografía, de entre cuantos han salido de ese histórico establecimiento. Con la Pastoral iba agregada una carta autógrafa de San Alberto dirigida al Rey de España recomendando a Juan José Vértiz y Salcedo para ocupar el cargo de virrey en lugar de Bucarelli. Ambos ejemplares llevaban estampados el *ex libris* de la Biblioteca de Congregación del Oratorio de Sucre, que fuera fundada por el autor.

Otra edición muy codiciada del mismo taller de Expósitos es *El contrato social*, por Juan Jacobo Rousseau, publicado en dos partes, como se sabe, de 92 y 66 páginas, por el Dr. Mariano Moreno, quien firma la introducción.

Colección de álbumes. De un interés especialísimo, tanto por su valor histórico como artístico, es la rica serie iconográfica. Vistas de Buenos Aires y otras ciudades americanas forman un extenso conjunto de grabados, acuarelas, dibujos, óleos, litografías, etcétera.

Entre otros se hallan: la edición original de las acuarelas de Emeric Essex Vidal (1791-1861), publicadas en 1820 en Londres, bajo el título "*Pictures que illustration of Buenos Ayres and Montevideo*", colección de láminas que representan, sin duda alguna, la más antigua expresión iconográfica de la capital argentina; *Recuerdos del Río de la Plata*, por Carlos E. Pellegrini (1800-1875), el ilustrador de Buenos Aires de mayor categoría como dibujante y acuarelista, serie editada en 1841; *Trages y Costumbres de la Provincia de Buenos Aires*, por César Hipólito Bacle (1797-1838), en dos series, la primera de 1830, sumamente rara, consta sólo de tres láminas; la segunda, publicada entre los años 1833 y 1835, comprende seis cuadernos de igual número de litografías cada uno (la colección Justo posee 34); *Trages y Costumbres de la Provincia de Buenos Aires*, por Gregorio Ibarra (1814-1883), formada por 24 láminas coloreadas, del año 1839, que, en realidad, como lo ha demostrado documentadamente Alejo B. González Garaño, constituyen un plagio de la publicada anteriormente por Bacle; el *Álbum de Vistas y Costumbres Argentinas* que publicó el pintor veneciano José Aguyari, uno de los pocos ejemplares completos conocidos. Pieza notable por su maestría y rareza —a tal punto que en la actualidad no existen más de veinte ejemplares completos— es el *Álbum Falliere, Escenas Americanas*, Buenos Aires s. f., compuesto de 52 litografías, la mayor parte ejecutadas por su mano. Se editó por entregas: el primer cuaderno apareció el 17 de mayo de 1864, terminándose la publicación en 1865. Este artista fijó los aspectos más característico de nuestras ciudades y campiña, durante los años en que le tocó vivir en la Argentina desde 1857 hasta 1868, razón que hace estimadísima su obra.

De entre los álbumes extranjeros cabe destacar *Recuerdos de Lima*, por A. A. Bonnafé, litografías por E. Prugue, Paris, 1856.

Libros de lujo. Esta sección comprende un selecto conjunto de obras artísticas hermosamente encuadradas. Además de las ediciones de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, posee diversos ejemplares de obras nacionales de lujo, entre las que se destaca una magnífica de *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, ejemplar impreso especialmente para Vicente y Lolita Almandos Almonacid, con dedicatoria del autor y acuarelas originales de A. Güiraldes.

Entre las obras de bibliófilo pertenecientes a autores literarios de Francia, mencionaremos por su eximia jerarquía artística, "*Le Cantique des Cantiques*", París, F.

L. Schmied, 1925, ejemplar de una tirada de 110, sobre papel vitela Arches; "*L'Odyssée*", de Hornero, París, 1930-1933, ilustraciones y decoraciones de F.L. Schmied, portadas de varios colores, adornos tipográficos en oro, azul y sepia, impreso sobre pergamino, y "*Le livre de la jungle*", París, 1918, ilustraciones grabadas sobre madera y tiradas por F.L. Schmied. Para apreciar el valor artístico de estas ediciones debemos tener presente que Schmied, de origen suizo, es posiblemente el más grande arquitecto del libro contemporáneo y significa hoy lo que fue Pelletan en el siglo XIX. Su "*L'Odyssée*", de alto costo venal, pasa por ser una de sus creaciones más originales.

Sección de periódicos y revistas americanas. Las publicaciones periódicas provenían en su mayor parte de la valiosísima hemeroteca que perteneció a Juan Silvano Godoi, a quien le fue adquirida en Asunción del Paraguay por el librero don Julio Suárez en nombre del general Justo.

La colección más estimada de los numerosos periódicos que forman esta sección es, indudablemente, la de *La Gaceta Mercantil*, Buenos Aires, 1823 - 1852, uno de los pocos periódicos que se sostuvo durante toda la época de Rosas y fuente documental importantísima para estudiar el período histórico de la dictadura.

Esta colección que forma 52 volúmenes, es el ejemplar más completo conocido, pues sólo le faltan 130 números para integrar totalmente la serie.

El último es el 8473, correspondiente al 3 de febrero de 1852, que no se repartió, según Zinny, "por haberse hallado todos los ciudadanos sobre las armas". Es la pieza bibliográfica que alcanzó la más alta cotización en el inventario judicial, pues fue tasada en la suma de dieciséis mil pesos.

Otra colección realmente notable es *La Gaceta de Buenos Aires*, 1810-1821, fundada por Mariano Moreno, completa en su edición original. Lleva, además, intercalados cronológicamente 245 boletines, bandos, proclamas y manifiestos impresos en la época.

No menos valioso es el *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, Buenos Aires, 1843-1851; redactado por Pedro de Angelis. Era el órgano oficial de Rosas, juntamente con *La Gaceta Mercantil*. Trae documentos de la época y artículos que se refieren a sucesos políticos e históricos. El ejemplar de la biblioteca Justo comprende los años 1847-1851, en doce volúmenes.

De las revistas merecen recordarse: la *Revista chilena de historia y geografía*, Santiago de Chile, 1911-1942, 88 volúmenes; la *Revista de Valparaíso*, redactada por Vicente Fidel López durante su destierro en Chile. Forma un solo volumen de 248 páginas, que apareció en Valparaíso en 1852, siendo rarísima. Este ejemplar —único que se conoce en el país— había pertenecido al famoso librero-bibliófilo Carlos Casavalle.

Muy importantes son la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Río de Janeiro, 114 volúmenes; los *Anales de la Universidad de Chile*, 1843-1942; la *Revista Peruana*, de Paz Soldán y la curiosa *Amauta* que fundara en Lima José Carlos Mariátegui.

De los corpus documentales merecen recordarse la valiosa *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*, Madrid, 1864-1884, y *Documentos para el estudio de la vida pública del libertador de Colombia, Perú y Solivia* publicados por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, Caracas, 1875-1877.

Manuscritos. La pieza más valiosa de este carácter es la *Historia del Perú*, por Juan Basilio Cortegana. Son trece tomos manuscritos que llevan la fecha de 1848, y que pertenecieron al historiador peruano Emilio Gutiérrez de la Quintanilla, a un hijo del cual se los compró el librero de Buenos Aires Julio Suárez.

Otro manuscrito de gran significado histórico es el *Libro de Ordenes del Ejército de los Andes*. Santiago de Chile, 22 de febrero de 1817 hasta el 27 de julio de 1818, pieza que quedó en poder de una de las hijas del general Justo.

Además se registran numerosas cartas y manuscritos originales procedentes del archivo particular del doctor Carlos Tejedor, que le habían sido obsequiados al general Justo por el doctor Juan R. Beltrán".

VI Otras adquisiciones. Las Tradiciones en salsa verde. Fénix y el Anuario Bibliográfico Peruano. Donativos extranjeros. El funcionamiento de la Escuela de Bibliotecarios. Las reservas frente al edificio. La conveniencia de que éste pase a otro organismo público y de que se construya una

nueva Biblioteca Nacional con sucursales en distintas zonas de la ciudad.

Aparte de la colección Justo en lo que atañe a los inéditos, hubo otras adquisiciones de gran valor por compra, donación o canje como las memorias del Presidente Francisco de Vidal; la correspondencia entre Montero y Campero durante la guerra del Pacífico; las "series cronológicas del Obispo de Arequipa" por Juan Domingo Zamácola; varios documentos genealógicos (entre los que descuellan los que se refieren a los apellidos Uría y Fanárraga, el marquesado de Montealegre y los antecedentes de la familia Tristán); la averiguación seguida a los jefes, oficiales y empleados del ejército dispersos en el cerro de San Francisco (1879); el inventario de la casa de Gobierno (1880); cien cartas de Raimondi, documentos sobre expediciones a la selva; una cuantiosa serie inédita de memorias de Prefectos de departamentos durante varios años; los *Recuerdos históricos de la música peruana* de Romualdo Alva; la partitura de la desconocida obra musical *La Púrpura de la Rosa*, escrita y representada en Lima en 1701, obtenida por mi persistente e indesmayable acción personal ante la familia Dora, manuscrito que ha sido objeto de investigación especial y va a ser editado sin mencionar a quien lo obtuvo; un lote de cartas de Ramón Castilla y muchísimas especies más.

Se inició, al mismo tiempo, un sistemático esfuerzo para obtener por copias fotostáticas o en microfilm, los más valiosos documentos peruanos existentes en los Estados Unidos; después de una investigación especial en bibliotecas y archivos de ese país, que encomendé al egresado de la primera y brillante promoción de la Escuela señor Luís Málaga. Así llegaron nítidas reproducciones de la colección Harkness (donde están entre otras riquezas, las primeras actas de Cabildos de Ayacucho y Chachapoyas y varias cartas de Pizarro y de Almagro); la crónica de Cabello Valboa utilizada luego por el doctor Luís E. Valcárcel para su magnífica edición; las primeras actas del Cabildo del Cuzco, cuya copia autorizé, después de no pocas dificultades, la Biblioteca Morgan de Nueva York porque alguien ya las había conseguido años antes para el Cuzco con daño para el pergamino y otros, lo cual suscitó problemas; y muchas otras, joyas bibliográficas cuya lista detallada fue publicada sistemáticamente en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Provinieron ellas no sólo de las bibliotecas ya citadas sino además de repositorios públicos o científicos de Nueva York, Chicago, Boston, de las Universidades de Yale, Harvard, Duke, Brown y Michigan. Entre los documentos de Duke está una copia mecanográfica de las *Tradiciones en salsa verde* de Ricardo Palma llevada a la imprenta en Lima recientemente. Obtuvimos, asimismo, reproducciones de la segunda parte inédita del *Parnaso Antártico* de Mexía de Fernangil, que se guarda en la Biblioteca Nacional de París; de documentos referentes a rebeliones indígenas del siglo XVIII, atesorados por el Archivo General de la Nación en Argentina; y de manuscritos peruanos del Archivo Uruguayo.

Sólo cuando llegó a ser evidente la imposibilidad o la extrema dificultad de hallar originales de ciertos impresos, empezó la campaña para obtener reproducciones fotográficas de ellos. Así fue cómo se nos envió, para mencionar sólo un ejemplo más de la Colonia y otro de la época de la Emancipación, una copia íntegra del comentario sobre legislación de Indias por el jurisconsulto alto-peruano Juan del Corral Calvo de la Torre (obra de la que se conocen sólo dos ejemplares en el mundo) y otra copia del periódico *El Tribuno de la República Peruana* editado por Sánchez Carrión en 1822, publicación que no existía en la Biblioteca Nacional antes del incendio. Esta labor debió ser desarrollada sistemáticamente en años siguientes para llenar vacíos de otro modo insalvables.

Entre los grabados originales, no pueden ser omitidos aparte de las 95 acuarelas de tipos populares limeños de comienzos del siglo XIX con la firma E.E. Vidal, que menciona Buonocore, 39 acuarelas similares con inscripciones en inglés y 98 del mismo carácter con inscripciones en alemán, con un total de 137. A esto se agregan las reproducciones pancromáticas de la colección Pancho Fierro de la Biblioteca del Congreso de Washington, los álbums franceses de Bonnafé, los tomos de la expedición de *La Bonite*, cuya adquisición fue una aventura y cuya colección trajo desde París don Aurelio Miró Quesada y varios álbums de caricaturas de mediados del siglo XIX. No puede negarse que, hacia enero de 1948, la Biblioteca Nacional era poseedora de un espléndido material sobre tipos y escenas de fines de la Colonia y comienzos de la República. Del archivo de la casa Courret se adquirió un lote muy valioso de fotografías de aspectos y figuras de la vieja Lima.

La casa Argosy de Nueva York suministró una serie curiosa y notable de antiguos mapas del Perú. Fueron obtenidos también varios mapas manuscritos del Virreinato de Lima y sus arzobispados y obispados, los mapas de Raimondi y Paz Soldán, una colección de más de cien mapas viales y otras fuentes de similar importancia para nuestra geografía.

Interés especial y anteriormente desconocido consagramos a lo relacionado con las publicaciones oficiales nacionales antiguas y recientes: Presupuestos de la República, Diarios de Debates e índices de leyes y resoluciones; memorias de ministros, prefectos, subprefectos, rectores de Universidades, presidentes de Cortes, directores de Beneficencias y directores de colegios; documentos de Municipalidades y entidades particulares diversas, calendarios, guías de forasteros y almanaques; reglamentos, programas escolares y universitarios, tesis, boletines, etc. Ellos fueron debidamente ordenados y registrados. La colección no llegó a ser completa; pero se puso los cimientos de un buen lote que desde el principio fue sistemáticamente organizado y llegó a ser superior, en varios casos, al de la Biblioteca Nacional anterior al incendio. Hay allí un tesoro de fuentes históricas básicas aunque desdeñadas por historiadores tradicionales.

Hicimos, por primera vez en varios años, el inventario minucioso no sólo de los libros y de los folletos sino también de los periódicos de Lima y de cada una de las provincias. Dimos a conocer en números sucesivos del Boletín y del *Anuario Bibliográfico Peruano* listas sistemáticas y clasificadas de tales publicaciones. A base de estos datos, la señora Abigail G. de Velezmoro, encargada de dicha labor, hizo en el número 3 de *Fénix* (2° semestre de 1945) un minucioso análisis de la producción periodística peruana entre 1943 y 1945.

Desde 1943, además, el *Anuario Bibliográfico Peruano* viene publicando sistemáticamente 618 bibliografías de autores peruanos y peruanistas.

Un prominente intelectual peruano, interrogado acerca de la Biblioteca Nacional cuando ella había ya empezado a funcionar, dijo: "Sí, me dicen que tienen muchos libros en inglés". ¡Tremenda injusticia! Hubo cátedra universitaria donde se dijo que la Biblioteca había sido desnacionalizada; cuando nunca como antes trabajaba ella entonces por reunir, organizar, catalogar, clasificar y divulgar la producción bibliográfica nacional. Dicha tarea había sido señalada como una de las finalidades esenciales de la Nueva Biblioteca en el decreto que ordenó su nueva organización y que yo redacté.

La historia de la Biblioteca Nacional no debe olvidar jamás el nombre de Lewis Hanke, el gran historiador de Bartolomé de las Casas y de Potosí, que con el dinamismo característico en su vigorosa personalidad, organizó en Washington una entidad para la ayuda a nuestro instituto. De ella vinieron importantes contribuciones. La entrega oficial del donativo norteamericano efectuóse con la presencia en Lima del director de la Biblioteca del Congreso, la más grande entidad

de su campo y una de las mejores del mundo, Luther Evans. Llegó acompañado por un inolvidable colaborador Francisco Aguilera, finísimo espíritu. El Presidente Bustamante y Rivero otorgó tal importancia a la ceremonia que accedió a que ella tuviese como escenario uno de los más vastos salones del Palacio de Gobierno. Nunca habíase efectuado un acto cultural en ese lugar. Jamás se ha efectuado Otro análogo allí. Con Evans llegamos al acuerdo de que la Biblioteca del Congreso de Washington no compraría manuscritos u obras raras peruanas sin conocimiento de la Biblioteca Nacional de Lima.

Varias comisiones de personajes estadounidenses en el mundo bibliotecario y bibliológico visitaron el Perú entonces. Algunas de ellas fueron útiles en diversos sentidos. En otros casos, fue difícil valorizar la utilidad de tales excursiones.

Llegó, por ejemplo, un gran señor interesantísimo pero totalmente extraño a nosotros: Wilmarth S. Lewis. Hombre muy acaudalado, Lewis fue y continúa siendo y en plena actividad, un coleccionista. Empezó con mariposas, conchas marinas, estampillas, monedas y, finalmente, se dedicó a los libros. Hacia 1923, tenía en su poder como 1,000 obras de literatura inglesa. Por un hecho casual, derivó su atención exclusivamente a la correspondencia de Horace Walpole, político inglés, hijo de un primer Ministro y miembro de la Cámara de los Comunes durante veinte y seis años en el siglo XVIII. Escribió Walpole su propio diario, varios libros de arte y hasta una novela, *El castillo de Otranto* que hállase clasificada como típica expresión del género llamado "gótico". Pero más que nada, su pluma se entretuvo en nutridas y variadas cartas. Hoy con el advenimiento del teléfono y del cablegrama, asistimos a la decadencia del género epistolar. Walpole fue un maestro en él.

Lewis quedó obsesionado por la búsqueda de lo que en inglés se llama "Walpoliana". Tomó contacto con libreros anticuarios, puso anuncios en los periódicos, recorrió librerías y bibliotecas. Se creyó durante muchos años otro Simbad en la cueva de los diamantes, según sus propias palabras. El mismo ha escrito: "Los coleccionistas auténticos están entre los hombres más felices, porque los años no debilitan su rapacidad".

En 1933, ya graduado en Yale, persuadió a la editorial de esa Universidad para que iniciara la empresa de publicar las cartas de Waípole. Todo induce a creer que los gastos los asumió con su propio dinero, aumentado por el patrimonio de su esposa vinculada a la familia organizadora de la Standard Oil Company. Algo más: cubrió los gastos de sus propios viajes para investigaciones en el extranjero, los sueldos de unos doce ayudantes y hasta llegó a instalar oficinas en una hacienda que posee.

La edición de la correspondencia de Walpole, después de cuarenta años, llega a treinta y siete gruesos volúmenes de altísimo precio. Se planea llegar al tomo cincuenta en 1978. En conjunto, habrán sido publicadas entonces más de siete mil cartas con anotaciones e índices minuciosos. Hubo en New Haven una fiesta en octubre de 1973 para celebrar el 40º aniversario de la iniciación de la empresa. Allí Lewis dijo entre otras palabras, lo siguiente: "El año de 1933 fue memorable por tres cosas: la llegada de Hitler al poder, la inauguración del primer gobierno de Franklin Roosevelt y el comienzo de la *Yale Edition of Horace Walpole's Correspondence*. Señoras y señores: ¿Cuál de los tres sucesos, digámoslo así, continúa todavía firmemente en su camino?"

Curioso personaje, Wilmarth S. Lewis. Sin embargo, muchas veces he pensado: ¿Qué relación tuvo con la Biblioteca Nacional de Lima? ¿Por qué llegó aquí?

De Estados Unidos recibimos los materiales ya citados, numerosos donativos que, si a veces fueron de obras peruanas o hispánicas, también abarcaron con profusión las letras y las ciencias norteamericanas; y ayuda técnica para el primer curso de la Escuela de Bibliotecarios.

Los donativos norteamericanos fueron los más numerosos entre los del extranjero hasta enero de 1948, y ascendieron a más de 22,000 volúmenes. El segundo puesto lo ocupó Argentina con más de 14,000; y el tercero Chile con más de 7,000. Siguieron con cifras entre 6,000 y 3,000 México, España, Cuba, Venezuela, Brasil, Uruguay. Con menos de 3,000 Suecia, Bélgica, Guatemala, Inglaterra y otros países.

Especial carácter tuvo la ayuda mexicana, que organizó en su mayor parte, en forma muy seleccionada, la Cámara del Libro con la colaboración del Gobierno. El catálogo de este importantísimo conjunto de obras fue editado en un libro; y el Secretario de la Cámara, Rafael Aguayo Spencer, se trasladó a Lima para preparar una exposición del libro de su país, que debía coincidir con la entrega respectiva. Dos intelectuales jóvenes de mucho prestigio, Agustín Yáñez y Antonio Gómez Robledo, llegaron a dar conferencias sobre la historia y la cultura de México. El donativo de Venezuela provino de una suma votada especialmente por el gobierno de ese país y don Enrique Planchart, asesorado por varios grupos de expertos entre los que tuvo significación especial Pedro Grases, hizo una selección admirable de la producción bibliográfica, despachó la colección a Lima y publicó su catálogo, que es una verdadera guía para la historia intelectual de la patria de Andrés Bello y de Cecilio Acosta.

Notable fue el obsequio realizado por la Cámara Argentina del Libro que presidía don Guillermo Kraft, institución que recibió el aporte de más de cuarenta empresas editoriales bonaerenses.

En cuanto a las adquisiciones, seguimos una política que se resume en la siguiente frase: procurar obtener todo o lo más posible de lo peruano o lo referente al Perú y tratar, asimismo, de conseguir lo más representativo de la cultura clásica y de las obras contemporáneas. Personas especialmente escogidas hicieron el recuento de los caudales de la Biblioteca en diversas disciplinas importantes y de sus necesidades más premiosas. Especial interés dedicamos a libros de ciencias y de técnica, al extremo de consagrar a ellos una de las salas de lectura. En cuanto a la literatura contemporánea, recuerdo con emoción las revisiones que llevamos a cabo juntos, en los estantes y con libros de consulta en las manos, Sebastián Salazar Bondy, eminente escritor ya fallecido, y yo. Sebastián prestó valiosos servicios a la naciente Biblioteca como Secretario de ella cuando Luis Fabio Xammar se apartó del cargo para que fuese nombrado en el Ministerio de Educación.

La Escuela de Bibliotecarios, cuya creación gestioné ante el Presidente Prado y que él aprobó contra el parecer de algunos señores altamente colocados, según los cuales Ricardo Palma no la necesitó, traería muchos gastos e iba a implicar un precedente peligroso si otras entidades de la administración pública imitaban el ejemplo, comenzó a funcionar en junio de 1944. Su personal docente estuvo formado por cuatro profesores seleccionados por el Comité de Ayuda Norteamericana a la Biblioteca después de que indiqué cuáles eran las asignaturas que pretendía crear. Los haberes de ellos fueron abonados a medias por el gobierno del Perú y dicho Comité. Los norteamericanos eran Rayrnond Kilgour, con grado de doctor en Filosofía en la Universidad de Harvard y de Bachiller en Ciencia Bibliotecaria en Michigan; Josephine Fabilli, que trabajó más tarde en varias bibliotecas latinoamericanas; Margaret Bates y Elizabeth Shearer, retiradas luego de la profesión. En el mismo grupo estuvo el experto cubano Jorge Aguayo ya mencionado, el único latinoamericano disponible entonces. Nuestro pedido había sido que se contratase al mayor número de especialistas auténticos de nuestro continente. Con gran eficiencia desempeñó la Secretaría de la Escuela entonces y más tarde Carmen Ortiz de Zevallos, bibliotecaria graduada en Madrid en 1934 a mis instancias, que me había acompañado entonces en el

empeño de persuadir a la Marquesa de la Conquista, heredera de Francisco Pizarro, a sostener una biblioteca para niños en un parque de Lima; y que me había ayudado también más tarde en la catalogación de la Biblioteca de la Universidad de San Marcos. Pero el cuerpo docente enviado a Lima en enero de 1944, no dejó de ocasionar quebraderos de cabeza. Entre ellos hubo dos personas —el Sr. Kilgour y la Srta. Shearer— a quienes se les contrató sin que se constatará previamente si sabían hablar o comprender el idioma español; de modo que teníamos que traducir sus lecciones para que ellos las leyeran en clase con su acento típico, sin que pudiesen establecer casi contacto verdadero con sus alumnos. No faltó el intento, que con energía impedimos, de usar en las clases libros y normas para bibliotecarios de referencia o consulta en idioma inglés, con la idea absurda de imponerlas a nuestra gente. Hubo uno de esos profesores que sufrió de tal manera el "shock" de hallarse solo y lejos de su familia, en un país extraño, en un hotel, fuera del ambiente que las personas cultas consideran natural, que una noche decidió embarcarse de inmediato en un avión, de regreso a su país, cuando apenas había comenzado la Escuela a trabajar; me costó el esfuerzo de varias horas obtener que accediera a quedarse. El curso de 1944 se completó con clases dadas por Luis F. Xammar, Alberto Tauro, y por mí y también por Alberto Pincherle sobre historia del libro. Pincherle es un gran erudito italiano-judío, a quien los sucesos ocurridos en Italia fascista trajeron a Lima. Nos ayudó no sólo desde la docencia sino en la tarea de identificar y clasificar algunas obras antiguas rescatadas del incendio. Terminada la segunda guerra mundial, ocupó una prestigiosa cátedra en la Universidad de Roma.

Hubo unos cuantos señores altamente colocados en la vida intelectual, política y social de Lima que nos censuraron, repito, a veces con acrimonia, por haber traído especialistas norteamericanos. Olvidaban esos señores cuáles eran, son y siguen siendo el rango y la difusión de la profesión de bibliotecario en Estados Unidos. No recordaban que en Europa ardía la guerra. No sabían que para reorganizar la Biblioteca Apostólica del Vaticano, y éste es sólo un ejemplo, varios funcionarios de ella se formaron en las escuelas de las Universidades de Columbia y Michigan. No se acordaban que Manuel Pardo llamó a especialistas polacos para abrir la Escuela de Ingenieros, Nicolás de Piérola a franceses a organizar la Escuela Militar y Eduardo de Romana a belgas con el propósito de establecer la Escuela de Agricultura. El mundo, repito, vivía entonces en plena guerra; y habría sido imposible obtener en aquellos momentos personal técnico y ayuda adicional de países europeos. Por lo demás, ni la Biblioteca Nacional ni la Escuela de Bibliotecarios hicieron jamás propaganda a favor de Estados Unidos. La dirección y la orientación de la enseñanza nunca salió de nuestras manos. Repetidas veces vetamos o rectificamos el plan o el contenido de las lecciones del doctor Kilgour y de la señorita Shearer por no considerarlos adecuados para nuestros alumnos o nuestras necesidades; y, a propósito de esto, tuvimos más de un choque. Dimos prioridad al estudio de la bibliografía y de la cultura peruanas.

A consecuencia de la conmoción pública causada por el incendio, se presentaron 315 postulantes a la Escuela. Fueron seleccionados 25 (20 mujeres y 5 hombres). En el examen de admisión el mío era sólo uno de los votos de un jurado con tres miembros. Acogimos también a 11 alumnos más, escogidos por las Universidades de San Marcos y del Cuzco, de la Facultad de Medicina de Lima (cuya directora de la Biblioteca, Maggie Summers, por desgracia no llegó a trabajar con nosotros por razones de fuerza mayor), de los colegios de Guadalupe y Rosa de Santa María y del Ministerio de Educación. En el grupo últimamente mencionado sólo 6 pudieron completar los estudios y recibieron los certificados respectivos.

Las lecciones tuvieron carácter expositivo con definida orientación a la práctica inmediata. Recibimos del Comité que Lewis Hanke manejaba, varios libros

indispensables de consulta que no existían en Lima, y algunas bibliotecas capitalinas ayudaron con el préstamo de determinadas obras. Como el nuevo plantel de enseñanza funcionó en sus primeros tiempos en la Escuela de Bellas Artes, o sea en el mismo local donde se había asilado la Biblioteca que estaba reponiendo sus fondos poco a poco, fue fácil establecer el contacto frecuente entre los alumnos y estos materiales. Nos preocupamos mucho de erigir la biblioteca propia de la Escuela con el fin de que la usaran los futuros bibliotecarios y sus profesores, dotándola de obras especializadas. Mucho anhelo que ella haya progresado en armonía con la marcha del tiempo.

De todos los profesores extranjeros el que conquistó el cariño y el entusiasmo de los alumnos fue Jorge Aguayo. Los ganó no sólo con su aptitud técnica, sino mediante su capacidad para el fervor, su sencillez acogedora, su sentido humano profundo. Logramos que permaneciera en Lima por algún tiempo después de que terminó su curso, y colaboró en la organización y en el trabajo del Departamento de Catalogación y Clasificación en su primera etapa. Durante este período sus ex-alumnos ampliaron y mejoraron en mucho sus conocimientos. Lo expuesto anteriormente no disminuye la gratitud a todos los que ayudaron a darle al Perú bibliotecarios profesionales. En fin, la Escuela siguió adelante, en medio de peligros diversos y el curso finalizó. Egresaron en la primera promoción: Rosalía Amézquita, Ricardo Arbulú, Amalia Aubry, Percy Gibson Parra, Luis F. Málaga, Agustina Musante, Olivia Ojeda, María Elisa de Otero, Delfina Otero Villarán, Lucy Remy, Carmen R. Rutaiños, Ana María Stimman, Carmen Rosa Tola, Abigail de Velezmoro y Mary Weston. Lo importante era que ya teníamos un puñado de muchachos y muchachas entusiastas, con los comienzos sólidos de una preparación, dispuestos, en su mayoría, a pasar por los peores sacrificios para trabajar en la labor bibliotecaria. Ellos instalaron los primeros servicios técnicos y lo que no habían aprendido en la Escuela lo fueron aprendiendo en la práctica diaria porque tenían la conciencia bibliotecaria y el deseo de trabajar bien. Nuestro plan fue complementar el trabajo en la Escuela con misiones especiales. Así, viajaron a Estados Unidos Alberto Tauro para visitar bibliotecas (14); Luis Málaga con el fin de perfeccionarse en lo concerniente a la administración de ellas dentro del propósito de que luego pudiera ser más útil en la Biblioteca Nacional misma y en la Escuela y, asimismo, para ubicar y obtener copias de obras peruanas en los centros de cultura de aquel país; Delfina Otero Villarán para el proyecto de establecer un servicio para los invidentes, idea que luego no pudo ser llevada a la realidad, no obstante todas mis gestiones, por invencibles obstáculos presupuestales; y, más tarde, Carmen Rosa Tola en relación con un departamento especial consagrado a la música que, en mi ausencia, terminó por ser abandonado.

Como sólo ingresaron en 1944 a la Biblioteca Nacional 14 egresados de la Escuela y como necesitábamos urgentemente más personal, organizamos con audacia en 1945 cursos especiales en los que participó sólo nuestra propia gente. Así, un grupo selecto de ex-alumnos pasó a la función docente. Ya estábamos instalados en el local de la avenida Abancay. Colaboraron en el ciclo de emergencia de 1945: Carmen Rosa Tola, Agustina Musante, Olivia Ojeda, Lucy Remy, Abigail G. de Velezmoro, Alberto Tauro, Luis Fabio Xammar y yo. Egresaron 8 alumnos entre los que estuvieron Mercedes Gazzolo, Sara Ráez Patino, Odile Rodríguez, Teresa Silva Santisteban y Blanca Adrianzén, autora, ésta, de una obra sobre bibliotecas de niños. En 1946 el ensayo alcanzó mayor envergadura, en vista del éxito obtenido. Antes de ponerlo en práctica, establecimos el Patronato de la Escuela integrado por personeros democráticamente elegidos entre los

(14) Después de la lamentable renuncia de Ella Dunbar Temple y de la muerte violenta de Luis Fabio Xammar en un accidente aéreo, Tauro fue el único de los jefes que me acompañó hasta mi renuncia

profesionales peruanos graduados en el extranjero, bajo la presidencia del Director. El *currículum* fue esta vez completo y el personal docente, de nuevo íntegramente nacional. En los distintos cursos técnicos participaron: Carmen Rosa Tola, Olivia Ojeda, Lucy Remy von Stein. Luis Málaga y Carmen Ortiz de Zevallos. La especialidad correspondiente a la Historia del libro y a la Bibliografía peruana estuvo a cargo de Alberto Tauro. Hubo conferencias preparatorias sobre Obras Maestras de la Literatura por Sebastián Salazar Bondy, entonces eficiente Secretario de la Biblioteca Nacional, y sobre Formación histórica del Perú por Luis A. Paredes. Se presentaron 50 aspirantes (8 varones y 42 mujeres) y llegaron a ser aprobados en el examen de ingreso 15 (4 varones y 11 mujeres). Quedó abierta la oportunidad de participar en el curso a los empleados de la Biblioteca, de los cuales se presentaron 8 y llegaron a ser admitidos 4 (3 varones y 1 mujer) (15).

Con las reformas que se consideró necesarias en el plan de estudios después de las tres experiencias ya obtenidas, llegó a ser abierto y finalizó sin problemas el curso de 1947. Fueron partícipes de él con la eficiencia que ya habían demostrado antes en la profesión, Olivia Ojeda, Agustina Musante, Blanca Adrianzén, Mercedes Gazzolo de Sangster, Teresa Silva Santisteban, María Bonilla, Carmen Checa, Luis Málaga. Los estudios se complementaron gracias a Alberto Tauro, Alejandro Lostaunau y Luis A. Paredes. Mi colaboración fue entusiasta, sólo sujeta a las posibilidades que la atención de otras tareas crecientemente recargadas permitieron. Una vez más, Sebastián Salazar Bondy dio brillantes conferencias sobre Obras Maestras de la Literatura.

La enseñanza en 1945, 1946 y 1947 se orientó, como en 1944, en un sentido teórico-práctico con énfasis en este último aspecto. Prácticamente se trabajó como en un seminario de educación superior.

El personal admitido en la Escuela en los años 1944 a 1947 tuvo corto número. Esta limitación fue voluntaria. Nos preocupaba entonces, en primer lugar, llenar los cuadros en los distintos Departamentos de la institución destruida en 1943. En aquella época, en realidad, no había otras posiciones que los egresados pudieran ocupar. No queríamos engañar a nadie para que luego se encontrase ante el fantasma del desempleo. Nuestros instrumentos de trabajo cotidiano no correspondían tampoco a lo que hubiese sido necesario para un alumnado numeroso. Esperábamos que en tiempos más propicios la Escuela se expandiese y lograra un nivel universitario, Su ligamen con la Biblioteca Nacional, que más tarde pudo discutirse, provenía entonces de la necesidad angustiosa de apresurar las labores en la organización de ella.

A las promociones de 1946 y de 1947 pertenecieron:

Edith Araujo Arana (de Merino), Lilia Bittrich Gómez Sánchez (de López), María Bonilla Rambla (de Gaviria), Einma Castro Pérbuli, Victoria Conroy Mena (de Charwat), Lillian Elmore Holtig, Beatriz Chiriboga Sotomayor (de Dawson), Luciano Herrera Vargas, Ramón Ponce Paz, Susana Riedner Curiel (de Gadea), Graciela Sánchez Cerro Mendoza, Alfonso de Silva Lestonnat, Violeta Ángulo Morales, María Antonieta Bailón Delgado, Clementina Casas Sandoval (de del Pozo), Nelly Castillo Cáceres, Cristina Duarte Blaschka (de Morales), Melanie Frayssinet Gandolini (de Gayoso), María Isabel Pastor Carnero, Isabel Tamayo Clark (de Bernuy) Resina Ugar-te Salazar íde Bocanegra).

Al retirarme de la Biblioteca Nacional en 1947, cuidé que la Escuela permaneciera abierta.

(15) Más detalles en el artículo de Jorge Basadre "El primer experimento peruano de educación bibliotecaria", *El Comercio*, Lima, 1° de enero de 1947.

Ella no puede, sola, ser una panacea para males o atrasos del ambiente. Tampoco es una fábrica de eruditos, ni una proveedora de talento. Ha servido para poner a prueba vocaciones, eliminar a los frívolos o a los desorientados, fomentar la disciplina de trabajo, ofrecer año a año frescos contingentes que sirven para el ejercicio de nuevas actividades o el reemplazo de quienes se alejan por una razón u otra, irradiar lentamente sobre todo el país y eliminar la peligrosa tendencia a los nombramientos arbitrarios debidos al variable favor de la política. Quedó para el futuro la tarea de desligar a la Escuela de la Biblioteca Nacional, desarrollar e intensificar sus proyecciones, hacerla influir directamente sobre la vida del país, renovarla constantemente trayendo personal docente extranjero, dar carácter universitario a sus estudios, ampliar sus objetivos en un sentido social y documental.

Milagroso resulta que, a través de varios años, ni un solo nombramiento se hiciera por presión de Ministros, representantes a Congreso, o del propio Presidente de la República. Defendí esa autonomía en nuestro personal técnico con indeclinable energía contra algunas tentativas del Ministro Enrique Laroza, y encontré en esto siempre el más amplio apoyo del Presidente Prado. No medió influencia extraña en la selección de los postulantes o en el nombramiento de los funcionarios. Cuando se comprobó el hecho de que una señorita había buscado para su provecho el apoyo del Ministro de Justicia, Dr. Manuel Cisneros Sánchez, fue invitada a presentar su renuncia. Ella sabía lo que podía ocurrirle. El Presidente Bustamante fue también muy respetuoso con los fueros de la Biblioteca, pese a que alguna vez sufrió tremendas presiones cuando se apeló a consideraciones humanas y de paisanaje para que extendiera un nombramiento de favor en nuestro instituto de cultura.

Impedida por largo tiempo la Biblioteca Nacional de prestar servicio al público, nos empeñamos en que diera constantes evidencias de que estaba viva. Tuvimos una audición radial cada semana, colaboramos en la preparación de un noticiario cinematográfico bastamente difundido. Se inició en cumplimiento del decreto de 23 de junio de 1943, por mí redactado, la edición de hasta tres órganos de publicidad: el *Anuario Bibliográfico Peruano* para hacer la estadística clasificada de la vida intelectual del país (con lo que no se hizo sino proseguir, dentro de mejores condiciones, la tarea que iniciara en el *Boletín* de la Biblioteca de San Marcos); el *Boletín de la Biblioteca Nacional* destinado a dar cuenta de la marcha de la institución y a suministrar informaciones útiles a los futuros lectores en ella; y *Fénix* que fue, en principio, un esfuerzo para editar en castellano una revista dedicada a la bibliología, según se ha dicho, la mejor en su género en este idioma, con acogida entonces a artículos históricos sólo cuando ellos se relacionaban directa o indirectamente con nuestro establecimiento (16).

No pretendo decir que entre 1943 y 1948, todo ocurrió de la mejor manera posible, o que nunca nos equivocamos. Lo que sí aseguro es que hicimos lo mejor que pudimos. En general me siento contento con la labor realizada en lo que atañe a los libros; a las estanterías de acero (que fueron encargadas a Francia bajo nuestra dirección, después de luchar tenazmente contra la peregrina iniciativa de cons-

(16) Artículo 2º del decreto de 23 de junio de 1943: "La Biblioteca Nacional editará todos los años una lista clasificada de las publicaciones que aparezcan en el país con un índice alfabético y geográfico". Artículo 12º del mismo decreto: "La Biblioteca Nacional publicará una revista de bibliografía, un boletín y las listas periódicas de libros y folletos a que se refiere el artículo 2º" Referencias a este asunto en J. Basadre, *Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú*, Lima, P. L. Villanueva, 1972, v J, págs 67-68.

truir las de "Eternit"); a las publicaciones; y en lo que concierne a la Escuela. Creo, en cambio, que mucho mejor resultado pudimos obtener en cuanto al edificio. La idea de mantenerlo en su sede tradicional fue, a mi juicio, entonces acertada. Aparte de las razones históricas, esa zona hallase en el corazón de la vida comercial y oficial de la ciudad, cerca de la antigua Universidad, de la Plaza de Armas, de la Plaza San Martín, de la Plaza del Congreso y hasta del hoy Mercado Mariscal Castilla. También me parece que fue adecuada para aquella época la decisión de hacer avanzar el nuevo edificio hasta tomar toda una cuadra de la avenida Abancay, incorporando la casa de la que era dueño el Estado entre esa avenida y la calle Botica de San Pedro y expropiando una pequeña propiedad particular en la antigua calle Cascarilla. Así ocupó, repito, un terreno mucho más grande que el de la antigua Biblioteca Nacional. Esta última expropiación, por cierto, costó bastante trabajo y el dueño, italiano de nacionalidad, hizo lo posible por demorar y obstaculizar; y ante aquella dilación también tuve que intervenir, pues acudí a amigos comunes entre los que estuvo el Dr. Gino Bianchini, con la finalidad de rogarles que ellos usaran con energía, tino y sin tregua el método persuasivo. No censuro tampoco la concepción teórica del nuevo edificio, en cuanto acepta la función dinámica de la institución y provee espacio para exposiciones, sala de conferencias, cine y servicios especiales para niños. En ese sentido general presté mi aquiescencia a los planos, bajo la creencia (en todo momento defendida por mí) de que recibirían cuidadoso estudio por técnicos en Estados Unidos. Cuando llegó a Lima el bibliotecario señor Metcalf, insistí en que los revisara, cosa que hizo y cierto es que algunas modificaciones por él sugeridas fueron aceptadas. Más tarde, gestioné y obtuve que el Comité Norteamericano de Ayuda a la Biblioteca Nacional de Lima, invitara al arquitecto a quien el Ministro de Fomento había encomendado la obra; ese viaje se efectuó al fin con la ayuda de las gestiones realizadas por el Embajador Manuel de Freyre y Santander; pero demasiado tarde, cuando los trabajos habían empezado, y entiendo que no dio lugar a ningún cambio sustancial.

Adquirí (o acrecenté) fama de hombre difícil por mi incapacidad para conformarme con las deficiencias que fui observando en el edificio y con la lentitud en su construcción, desesperante para los que día a día veíamos crecer las incomodidades de nuestro alojamiento en la Escuela de Bellas Artes y sentíamos que ya, hacia fines de 1944, por lo menos en parte, podíamos prestar servicios al público.

Los planos fueron hechos dentro del Ministerio de Fomento. Asimismo, la realización de la obra estuvo a cargo de un ingeniero contratista, también bajo la super-vigilancia de ese Ministerio. Desgraciadamente hubo no sólo lentitud, sino también una orientación por la cual no pudo irse por secciones o áreas del vasto edificio.

El Presidente Prado, al conocer mi angustiado disgusto ante los planos, me preguntó dónde había hecho estudios de Arquitectura. No quería entrometerme en esa profesión por cierto. Pero había leído varias obras sobre arquitectura bibliotecaria desde 1940. En aquella época, con motivo de mi viaje a Estados Unidos durante el Congreso Científico Panamericano, el Rector de la Universidad de San Marcos, Dr. Carlos Villarán, me había solicitado que viera lo que podía obtenerse acerca de las bibliotecas en modernos "campus" de Universidades. No hay diferencias esenciales entre bibliotecas públicas y universitarias; y para mejor saber acerca de aquéllas era útil conocer algo acerca de éstas. Así fue cómo llegué a valorizar la, para entonces, magnífica obra de Wheeler (bibliotecario y no arquitecto) sobre los locales de las bibliotecas públicas, editada en 1941, verdadera enciclopedia en aquella época acerca del asunto, si bien ahora está superada.

Comprendía que el tipo monumental o suntuario de la biblioteca no está en boga, aunque la representaran, en cierto sentido, edificios tan conocidos como la Biblioteca del Congreso de Washington y la Biblioteca de Nueva York. Con estos antecedentes y con lo que el personal de la Escuela de Bibliotecarios estudió, pudimos decir con previsión casi matemática cuáles iban a ser las deficiencias fundamentales que el servicio al público tendría si para su cumplimiento se seguían las normas implícitas en los planos; y pudimos cambiar la organización de los salones de lectura en forma que no fue del todo satisfactoria pero, al menos, no resultó desastrosa hasta que el crecimiento de la ciudad y del público, no previstos oportunamente por el Estado, ha creado nuevos y graves problemas. No nos dejaron hacer cambiar el plano mismo que deja de utilizar tanto espacio y crea tantos problemas innecesarios; ni alterar la ornamentación y la fachada cuando, ya después de 1945, tuvimos más autoridad, porque se nos dijo por los técnicos del Ministerio de Fomento que no era ético que ningún arquitecto rectificara planos ajenos. Si renunció en 1945 ó 1946 por no estar de acuerdo con el edificio ¿no habrían dicho todos que me apartaba mediante un pretexto y para ocultar la ineptitud que me impedía estar a la altura de los compromisos que había contraído?

En lo que estuvo bajo nuestra jurisdicción, cumplimos. La obra técnica de preparar los planos y de construir el edificio no fue incumbencia nuestra ni podía serlo. Jamás —ni bajo el gobierno de Prado ni bajo el gobierno de Bustamante— quedó rota la autonomía que a este respecto tuvo el Ministerio de Fomento.

Después de una experiencia no feliz de treinta años, creo que el Estado debe transferir el edificio a alguno de los innumerables organismos públicos y construir una nueva Biblioteca Nacional con sucursales en distintas zonas de esta enorme ciudad.

Lo que sí conseguimos fue que al lado de la puerta principal se pusiera dos letreros. Uno decía: "El saber, como la riqueza, es fecundo cuando está al servicio del hombre". Y el otro: "Las puertas abiertas de esta casa dan acceso a la cultura de todos los tiempos".

VII La paralización en las obras del edificio a fines de 1945. La nueva paralización en 1947. La lucha por la vigencia de la ley N° 10847. La apertura de la Biblioteca en setiembre de 1947. Mi alejamiento de esta institución, causal para la continuidad en el régimen de ella.

Los fondos para el local, según yo creía, estaban asegurados por abundantes rentas especiales, provenientes de un empréstito sobre obras públicas. Tampoco sobre eso se me había informado. Poco después de que empezara el segundo semestre de 1945, los trabajos quedaron paralizados. Me tocó, como Ministro de Educación entre agosto y octubre de 1945, arreglar con el Ministro de Fomento, Ingeniero Enrique Góngora, para que la Junta Pro Desocupados contribuyese, en parte, a salvar ese obstáculo. Pero el volumen de lo que faltaba construir a fines de 1945 era demasiado grande y la Junta no podía asumir dicha tarea.

Ese momento y el trance en que me vi abocado a conseguir poco menos de medio millón de soles para la biblioteca Justo, forman los más negros episodios de todas estas luchas. La paralización del edificio fue todavía algo más grave, más peligroso. Al fin y al cabo, cuando se presentó el problema de la biblioteca Justo estábamos bajo el gobierno de Prado, en prosperidad económica y en calma política. La crisis de 1946 ocurrió bajo el nuevo régimen,

en medio de una situación fiscal difícil y de una lucha partidista que marchaba gradualmente al caos, lejos, muy lejos, de los días en que la opinión pública se había conmovido tanto con el incendio de la Biblioteca Nacional. La perspectiva que se veía inevitable era la demora indefinida de la obra, un edificio trunco apenas empezado.

Hubo un ciudadano cuya acción fue decisiva para la importante ayuda de los particulares en la compra de la biblioteca Justo: fue el doctor Manuel Vicente Villarán, cuyo nombre ya he mencionado. Recorrió él entonces despachos y oficinas en pos de óbolos substanciales; y si, en algunos casos, recibió generosa acogida, en otros sufrió desaires o descortesías a las que no tenía por qué exponerse. Y fue también Villarán quien me dio la fórmula a ese otro problema que parecía insoluble. ¿Cómo conseguir dinero para concluir la casa para la Biblioteca Nacional? La solución (dijo) era dentro de la realidad inmediata, una ley que adjudicase fondos para aquella obra mediante la creación o el incremento de un impuesto y que autorizara la contratación de un empréstito con dicha garantía. La Caja de Depósitos y Consignaciones podía hacer la mencionada operación financiera. Claro es que el Estado prestaba así dinero, al Estado y una entidad intermediaria obtenía de allí ganancias; pero así era el régimen de la época y yo no podía alterarlo.

Solicité a mi estimado amigo y compañero de estudios universitarios Juan Lino Castillo, Superintendente de Contribuciones, la preparación del proyecto de ley que debía presentarse ante el Legislativo. Por fin Juan Lino redactó un bien meditado proyecto que elevaba la tasa del impuesto al registro, el Presidente Bustamante y Rivero le dio su entusiasta aprobación y, con un oficio del Ministro de Hacienda interino doctor Ismael Biélich, fue a la Cámara de Diputados. Intervinieron decisivamente para la rápida tramitación del asunto en esa Cámara los representantes señores Fernando Belaúnde y Augusto Durand. Me dirigí, en seguida, en carta abierta, por medio de los diarios, a la opinión pública en demanda de su apoyo para el proyecto y obtuvo unánime simpatía tal solicitud. El Senado aprobó la ley que lleva el N^o 10361. Con la garantía de los fondos por ella asignados, fue tramitado un préstamo de tres millones de soles, aprobado por Resolución Suprema de 11 de febrero de 1946. Merecen gratitud por su vivo interés en el asunto el gerente de la Caja, señor Manuel Ferreyros y el presidente del Directorio, Pablo Recavarren.

La obra se reanudó y los gastos correspondientes a los nuevos fondos continuaron, como antes, bajo la exclusiva jurisdicción del Ministerio de Fomento. Hacia enero de 1947 fui informado de que ese dinero no era suficiente y que, de nuevo, los trabajos corrían riesgo inmediato de paralizarse. La pesadilla que habíamos antes evitado volvía más amenazante. Asumí de nuevo la responsabilidad de emprender una gestión muy similar a la de 1946, aunque en mucho peores condiciones. El excelente proyecto de ley respectivo, preparado a mi solicitud por el Superintendente de Contribuciones, doctor Enrique Vidal Cárdenas llegó a ser enviado por el Gobierno al Congreso, nuevamente por decidido impulso del Presidente Bustamante. Mucho más difícil fue para mí gestionar que se acelerase la necesaria tramitación, pues ya la lucha política hallábase muy enconada. Aprobado, sin embargo, el proyecto fue remitido al Senado. Allí iba a ser sancionado casi mecánicamente, sin que muchos de los presentes en la sesión se dieran cuenta de que en la Cámara de Diputados se había introducido una enmienda con la cual, se creaba una comisión administradora de fondos que debían ser para la Biblioteca Nacional y otras bibliotecas públicas bajo la presidencia del Rector de la Universidad de San Marcos, equipo integrado por un grupo de personeros de las Municipalidades, entonces en poder del partido aprista, más el Director de la Biblioteca Nacional. El Senador Luís E. Calvan detuvo, a pedido mío, hábilmente, la votación inminente, hasta que pudiera estudiarse con más

calma el asunto. La maniobra de crear, en forma subrepticia, el manejo político de los fondos logró ser detenida a última hora. La ley 10847, de 20 de enero de 1947, creó el impuesto a las ventas al por menor de joyas y objetos de lujo de uso personal o decorativo y adornos. Otorgó esta ley 600,000 soles anuales para atender los gastos que demandara la terminación del edificio de la -Biblioteca Nacional así como para las instalaciones, mobiliario y equipo; y autorizó una operación de préstamo con ese objeto. Al mismo tiempo, la ley abrió una nueva era para las bibliotecas municipales al dotarlas de un fondo especial, el fondo San Martín.

No obstante su promulgación, la ley N° 10847 no fue considerada, en cuanto a sus objetivos, por el Ministerio de Hacienda al hacerse los cuadros de egresos del Presupuesto de la República de 1947. La Contraloría General se negó, por eso, a cumplirla. Con tal motivo, fue necesaria una múltiple y fatigosa labor dentro de un enfrentamiento con esa oficina, en sesiones a las que acudieron el Presidente Bustamante, el Ministro de Hacienda Dr. Luís Echeopar García y varios funcionarios del Ramo, estos últimos hostiles a nosotros. Por fin, después de ímprobo esfuerzo, se convino en la celebración del nuevo empréstito con la Caja de Depósitos por la cantidad que le hubiera correspondido a la Biblioteca en 1947; la suma señalada por la ley para 1948 quedaría al margen de los intereses y la amortización del empréstito, o sea libre para su finalidad específica. Ha escrito el doctor José Luís Bustamante y Rivero en su libro *Tres años de lucha por la democracia en el Perú*: "Para la financiación de todos estos gastos, el Ejecutivo de acuerdo con el Director de la Biblioteca, Dr. Jorge Basadre, dinámico propulsor de la obra, proyectó y obtuvo del Congreso la dación de una ley que creaba una renta especial para la construcción de la Biblioteca Nacional y sus accesorios", (pág. 373). Fueron en realidad, como se ha visto, dos leyes.

En setiembre de 1947 sin ceremonia (pues las había habido con exceso anteriormente) abrimos el Departamento de Niños que organizó María Elisa de Otero. Fue una selección simbólica ésta, pues quisimos dejar constancia de que en la nueva Biblioteca Nacional el niño no era excluido como lo había sido antes, sino, por el contrario, era atraído a ella. En noviembre del mismo año abrimos la sala de lectura Perú y en enero de 1948 las salas de Ciencias y Artes (en la que se dieron también libros de Educación) la sala de Investigaciones, a cargo del Departamento de Investigaciones Bibliográficas y la sala de Obras Generales. *En total fueron abiertas hasta enero de 1948 cinco salas de lectura.* Debo dejar constancia de la amplia ayuda que suministró en este esfuerzo final el Ministro de Educación general Osear Torres.

Toda la zona asignada en los planos de la Biblioteca Nacional llegó a ser edificada; sólo quedó vacío el sector de la calle Botica de San Pedro que dichos planos reservaron a la Sociedad Geográfica. Pensé que ese terreno sería en el futuro, haciendo modificaciones en el trazado de ellos, una reserva para la Biblioteca. Debe tomarse en cuenta muy especial, la aclaración que aquí hago. Si la construcción prosigue en 1947 ó 1948, la Sociedad Geográfica habría sido la beneficiada. Los planos de esta área no nos tomaban en cuenta. No fueron alterados más tarde, cosa increíble porque no habían anticipado sus nuevos objetivos.

Ese mismo mes de enero de 1948 recibí del entonces Director General de la Unión Panamericana, doctor Alberto Lleras Camargo, la propuesta de ocupar el cargo de Director del Departamento de Asuntos Culturales que acababa de crearse en aquel organismo internacional. En 1946 y 1947 no había aceptado honrosas y convenientes propuestas para ocupar cátedras en Estados Unidos porque la Biblioteca Nacional no estaba abierta aún. No era ésta la situación en 1948. Funcionaban ya cinco salas de lectura (inclusive las dos de mayor significación en la Biblioteca); estaba en vísperas de darse por terminada

la construcción del edificio en todo lo que atañe al sector destinado a este instituto de cultura; regían los contratos sobre las estanterías de acero; existían fondos seguros para establecer de inmediato nuevos servicios y atender a las necesidades del momento. Mi misión había sido cumplida en sus aspectos básicos o esenciales. Por otra parte, había percibido claramente a lo largo de las gestiones para obtener la ley sobre las joyas, para que la Dirección de Presupuesto la tomara en cuenta y para mejorar sueldos y otras partidas de la Biblioteca (este último esfuerzo que implicaba un deber ante el personal, resultó infructuoso), que carecía de efectividad para conseguir más recursos y más ayuda a la institución. Me había gastado en tanta lucha, por lo cual "un cambio de guardia" parecía beneficioso. Por lo demás, tampoco habían tenido éxito mis gestiones para que se diera mayor autonomía administrativa a la Biblioteca, y para que, sobre todo, repito, ella lograra tranquilidad económica por medio de rentas especiales y adecuada compensación a quienes allí trabajaban. Al mismo tiempo (esto resultó importante) la situación política hallábase en vías de violentos estallidos, desatadas más y más las pasiones; no era imposible que el gobierno cayera, lo que efectivamente aconteció en octubre de aquel mismo año. En ese movimiento, de todos modos yo hubiera sido barrido aunque no tenía desde 1946 actuación política, e irremediamente habría arrastrado conmigo a la Biblioteca. Cuando se produjo el golpe militar que encabezó el general Manuel A. Odría, ella no fue tocada y esto se debió a mi ausencia y al hecho de que el Director, ingeniero Cristóbal de Losada y Puga, era amigo personal y ex-compañero de gabinete del nuevo gobernante.

Al entrar al trabajo los egresados en los distintos Departamentos, ejecutamos el plan, cuidadosamente elaborado, de *institucionalizar* la Biblioteca. Es decir, el funcionamiento de ella en las secciones técnicas no debía subordinarse a la presencia de una sola persona, ya que existía el propósito de mantener una esencial continuidad, aunque cambiara el Director del establecimiento o se alejasen, a lo largo del tiempo, distintos empleados. Procedimos superando cualquier tentación del egoísmo. Aquella continuidad no era incompatible con cambios o mejoras que parecieran aconsejables o necesarios en sucesivas oportunidades. También hicimos otra cosa de gran importancia mirando al futuro: mantener abierta la Escuela de Bibliotecarios.

No fue culpa nuestra la exorbitante afluencia de escolares que posteriormente dañó tanto a los materiales de la Biblioteca; ni la caída en el nivel de la Escuela; ni la creación de un clima de tensiones internas en el establecimiento; ni la dispersión o incoherencia entre los sectores técnicos de él. Tampoco fue culpa de ninguno de los buenos bibliotecarios.

La Biblioteca Nacional albergó en 1880, 56,127 volúmenes. En 1884 fue reabierta con un total de 27,894 volúmenes. Al quemarse en 1943, se dijo que tenía 100,000 volúmenes. Cuando llegó a ser reabierta en 1947 contaba con más de 134,000 volúmenes. Este último cálculo no lo he hecho yo. Consta en la Memoria del Director de la Biblioteca, Ingeniero Cristóbal de Losada y Puga. Señala esa Memoria también que en la Sala Perú había en 1950, 25,980 obras a las que sería justo sumar 3,800 folletos peruanos sin catalogar, 7,897 publicaciones oficiales, 3,976 libros peruanos duplicados y 8,040 folletos peruanos duplicados. Ellas integraban en la nueva Biblioteca un fondo nacional más considerable que la totalidad de la colección de la Biblioteca reabierta en 1884. Llamo la atención sobre este año, inmediatamente posterior al de la desocupación de Lima por los chilenos. La Biblioteca destruida en 1943 sólo pudo ser reabierta a fines de 1947.

El ingeniero de Losada al iniciar su Memoria como Director de dicha entidad fechada el 9 de diciembre de 1950 expresó lo siguiente: "Debo, ante todo, dejar constancia de que al asumir la Dirección de la Biblioteca (el 13 de

julio de 1948) me encontré con una institución perfectamente organizada y *en un magnífico pie de funcionamiento* (este subrayado y el siguiente son míos), servida por un excelente personal de funcionarios. Por *haber organizado esta institución modelo y por haber formado este cuerpo de funcionarios ejemplar*, debo rendir homenaje a la labor realizada por mi eminente antecesor el doctor Jorge Basadre (17). Aparte de lo excesivo en la calificación con que finaliza esta referencia, deben ser tomados muy en cuenta los términos encomiásticos para el establecimiento y para su personal, desusados en una persona de los quilates intelectuales del señor de Losada.

VIII El Fondo San Martín, Relaciones con la Biblioteca Nacional en 1956-58. El comienzo de una política bibliotecaria gravitante sobre las provincias. El "biblia-bus" en Lima. La Biblioteca del Callao. La "Declaración del Callao".

Cuando ocupé el Ministerio de Educación por primera vez en 1945 (agosto-octubre) sólo hubo tiempo para crear un Consejo de Bibliotecas Populares, que entró en receso al dejar yo el cargo.

Hasta julio de 1956, la ley N^o 10847, de 20 de enero de 1947, no fue aplicada en cuanto a su objeto específico de ayudar a las bibliotecas municipales con el Fondo San Martín. Entre 1947 y 1956 el movimiento bibliológico popular avanzó bien poco desde un punto de vista sistemático. Los fondos correspondientes a los ingresos de la ley antedicha fueron recortados en una cantidad que figuró en el Presupuesto de la República, y el resto quedó asignado al Ministerio de Aeronáutica. La partida disponible se utilizó para que el Ministerio de Educación comprara obras de autores nacionales con la suficiente influencia.

Durante mi etapa final en la Dirección de la Biblioteca Nacional, fue Ministro del Ramo, bajo el gobierno del Dr. José Luís Bustamante y Rivero, don Cristóbal de Losada y Puga. Alguna vez intentó él interferir en aquel establecimiento de cultura; y resultó forzoso recordarle bajo qué condiciones excepcionales se llevaba adelante desde 1943 la tarea de organizarlo.

Después de la victoria que en las elecciones de 1956 obtuvo el Dr. Manuel Prado, triunfo legítimo a mi juicio porque llevó a la contienda el respaldo de sus actividades presidenciales en 1939-43, la fuerza económica representada por su familia y los votos del partido aprista, insistió él en que fuese yo Ministro de Educación en su primer gabinete. Razones ajenas a la política y ligadas a mis contactos con el magisterio que he de explicar en otro momento, lleváronme, posiblemente cometiendo un error, a aceptar el cargo después de tercas negativas.

A mi despacho acudió entonces el señor de Losada. Evocó el episodio de 1947 en que los dos estábamos precisamente desempeñando ambas funciones; pero en campos diversos. Reclamó el ejercicio de idéntica autonomía. Anunció que si pretendía yo penetrar en la Escuela de Bibliotecarios o en la Biblioteca Nacional, su dimisión estentórea sería un hecho irreversible con la denuncia de mi falta de integridad.

No creí sensato provocar un conflicto en días llenos de preocupaciones por múltiples asuntos. El señor de Losada era un funcionario excelente. El personal de la Biblioteca parecía estar en plena actitud solidaria con su

(17) *Memoria que el Director de la Biblioteca Nacional presenta al Sr. Ministro de Educación Pública.* 13 de julio de 1948-28 de julio de 1950 Lima, P L Villanueva, 1950, p 1.

Director. De la Asociación de Bibliotecarios, cuyo reglamento había excluido algunos años antes al fundador de la profesión como miembro de dicha entidad, no recibí en 1956 sugerencia alguna favorable a determinada gestión ministerial.

Consciente estaba de que, después de los días heroicos en que fue necesario actuar tan de prisa, la Escuela de Bibliotecarios necesitaba renovarse y expandirse. Era muy grave que nada se hubiera hecho para traer especialistas extranjeros en años en que tan fácil hubiera sido conseguirlos de Inglaterra, Alemania, Francia, España o Estados Unidos. El cordón umbilical entre la Biblioteca y la Escuela, forzoso en la primera y urgente fase de ambas, no tenía ya razón de ser.

A pesar de todo, razones políticas impidieron crear un frente de lucha en 1956. Entre el Ministerio que precisamente un bibliotecario regentaba, de un lado, y el comando de la Biblioteca Nacional y de la Escuela, de otro, se creó un nuevo "muro de Berlín..."

Ello no fue un obstáculo para que fuese iniciada, por vez primera en el Perú, una política bibliotecaria. Ella surgió desde el rascacielos del Parque Universitario. Dicho experimento, inevitablemente, tuvo que buscar sus propios cauces.

Comencé por reivindicar la totalidad de los ingresos provenientes del impuesto a las ventas de joyas, sin tener éxito en esta gestión. Parte de los fondos, ilegalmente, eran dispuestos por otro Ministerio.

Se hizo, con ayuda de personal técnico de la Biblioteca Nacional, encabezado por Olivia Ojeda de Pardón, una encuesta a las bibliotecas municipales de provincias con el fin de conocer su realidad. De acuerdo con los datos de esta investigación, el Ministerio envió a veinte bibliotecas escogidas entre aquéllas, colecciones de libros seleccionados que comprendieron una de carácter integral, otra peruana y otra infantil. En la selección de las obras respectivas intervinieron únicamente bibliotecarios profesionales. También fueron remitidos muebles especiales y fichas de catálogo. En todos estos trabajos, fue, una vez más, de gran importancia la acción de Olivia Ojeda de Pardón.

El Ministerio vió se obligado a crear primero el Consejo Nacional de Bibliotecas Populares Municipales (29 de diciembre de 1956) y luego el Departamento de Fomento de Bibliotecas Populares y Escolares, por Resolución Suprema de 23 de octubre de 1957.

Por iniciativa personal de la abnegada y entusiasta bibliotecaria señora Carmen Checa de Silva, quedó establecida una biblioteca rodante en Lima con el objeto de que visitara a los obreros de las fábricas de la capital. Con este fin se construyó un bibliobús. Una comisión, en la que participó generosamente el doctor Pablo Carriquiry, a cuya memoria rindo aquí homenaje, (18) se encargó de la supervigilancia respectiva. La biblioteca rodante, primera en el Perú, fue inaugurada el 1° de agosto de 1957. Su colección, destinada a recibir variaciones periódicas, abarcó obras técnicas, de industrias domésticas y de cultura general. Paquetes de libros fueron enviados, además, a fábricas no visitadas por el bibliobús y a puestos de la Guardia Civil, y "maletas-estantes" a las barriadas. *Fuimos, pues, los primeros*

(18) Más tarde, Carriquiry fue arrastrado a la vorágine de la política. Deportado, falleció en un accidente automovilístico absurdo. Aquí protesto ante los vejámenes y acusaciones injustas, a mi juiro, que él sufrió

en ayudar desde un punto de vista bibliotecario a los hoy llamados "pueblos jóvenes". Estaciones de extensión bibliotecaria quedaron erigidas en Breña (Arquitecto Luís Miró Quesada Garland) Tarapacá en el Rímac (Arquitecto Eduardo Irigoyen Astete) y Malecón del Rímac (Arquitecto Eduardo Sarria S.).

Como "biblioteca piloto" fue reabierta la Biblioteca Municipal del Callao. Aquí la ayuda del Ministerio funcionó en la concepción del proyecto, la refacción del edificio, la adquisición del equipo, el incremento considerable de los fondos bibliográficos y la búsqueda del personal técnico. Después de una selección estricta, fue nombrada Directora de la Biblioteca Antonieta Bailón, cuya abnegada y eficiente labor quedó interrumpida cuando fue contratada por UNESCO como experta en su ramo en Centro América y Cuba. Hay en el Callao servicio para adultos y para niños, préstamo a domicilio y un bibliobús obsequiado por la entidad internacional antedicha, gracias al esfuerzo de Maggie Summers, que en ella laboraba desde hacía varios años. Antonieta trabajó venciendo numerosos prejuicios y obstáculos. Hubo quien la quiso asustar porque fue a trabajar con los chalacos.

El público comenzó a ser atendido en el Callao el 11 de febrero de 1958 (Departamento Infantil) y el 22 de mayo del mismo año (Servicio para Adultos). La Biblioteca tuvo desde su iniciación un programa de actividades culturales.

Al inaugurarse el 20 de setiembre de 1958 las labores del bibliobús, pronuncié, como Ministro de Educación, un discurso en el que hice la "Declaración del Callao" dentro de los siguientes términos:

"El derecho del pueblo a la cultura, distinto al derecho del pueblo a la educación, tiene uno de sus exponentes en la biblioteca pública. Los objetivos básicos de la moderna biblioteca pública son:

1º Ayudar a que el pueblo encuentre un ambiente propicio para desarrollar su ansia de saber y su aspiración a superarse acercándose a las fuentes de conocimientos relacionados con la cultura y la ciencia.

2º Crear en niños y adultos el amor al libro y el hábito de la lectura, facilitando, en todo lo que sea posible, el préstamo a domicilio, .sin desmedro de procurar la conservación del patrimonio espiritual reunido que debe ser incrementado sistemáticamente, de acuerdo con los intereses de los lectores y las necesidades de la colectividad".

3º Contribuir al desarrollo de vocaciones y aptitudes y a la formación de quienes no fueron a la escuela o no hallaron o no hallan en ella fuentes de conocimiento suficientes y adecuadas".

4º Colaborar con quienes desean perfeccionarse en el campo de su oficio, profesión o actividad, a enriquecer y completar sus conocimientos generales".

5º Proporcionar recreación espiritual, haciendo adecuado, fructífero y placentero el empleo de las horas libres".

6º Documentar la historia, la geografía y los otros campos de conocimiento de la vida local y regional".

7º Fomentar manifestaciones artísticas, exhibiciones cinematográficas, conferencias, charlas y debates de carácter constructivo y otras expresiones de vitalidad espiritual y cívica dentro del ambiente cordial que la biblioteca debe generar".

8º Ir creando en el pueblo, por medio de la biblioteca, la conciencia que proviene de la cultura, la comprensión y la solidaridad patriótica, moral y humana".

Después de que me retiré del Ministerio en octubre de 1958, empezaron dentro de éste las hostilidades contra la Biblioteca del Callao. Su presupuesto fue recortado, quedó sin los medios para incrementar sus fondos bibliográficos y hubo el peligro de que no fueran abonados los haberes del personal técnico. En tan difíciles circunstancias, aproveché la llegada a Lima del profesor John P. Harrison, entonces al servicio de la Fundación Rockefeller, para pedirle que visitara esa Biblioteca y que luego gestionase la ayuda de dicha entidad. El profesor Harrison examinó personalmente este asunto con mucho cuidado. Sólo después de sus comprobaciones rigurosas tuvo la más decidida actitud de ayuda y logró un donativo bajo la condición de que las empresas industriales y comerciales del Callao suministrasen un aporte similar. Esto último se consiguió gracias a la entusiasta colaboración de la Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal del Callao, formada y estimulada por Antonieta.

Hay una circunstancia que demuestra el alto sentido de la actitud de la Fundación Rockefeller: ella tiene como norma no dar asistencia a entidades de carácter local o municipal. Dicha regla fue rota porque consideró que el del Callao era un caso singular en América del Sur.

Durante mi gestión ministerial de 1945 nada pude hacer en beneficio de Tacna. Otras fueron las circunstancias durante el período 1956-58. Entre las iniciativas que entonces tuvieron realización efectiva, cabe mencionar las siguientes: a) creación de la Escuela Normal de Varones (ya existía la de Mujeres, cuyo edificio terminé) y nombramiento de un personal directivo y docente de primera clase para regentarla; b) creación del Instituto de Comercio para estudiantes de Secundaria; c) creación del Instituto Agropecuario de Calaña, más tarde convertido en Escuela de Peritos Agrícolas; d) creación de la biblioteca de Tacna.

Este último punto que, arbitrariamente, coloqué en último lugar dentro de la lista aquí hecha, fue, para mí, el de mayor importancia. Las razones son obvias. Toda mi vida está ligada a las actividades bibliotecarias como queda dicho en el presente capítulo, sin duda hasta afrontando el peligro de aburrir a quien lo lea.

Un ex-embajador tacneño, enterado del proyecto al que acabo de hacer referencia, se convirtió en obsequioso confidente de estas inquietudes y me sugirió que la futura biblioteca llevara como anexo un museo.

Por un acuerdo que logré, en virtud de gestiones personales, con la Junta Departamental de Irrigación y Obras Públicas de Tacna, ella facilitó, en mayo de 1958, la construcción del respectivo local.

El Ministerio encargó el 31 del mismo mes para que elaborase los planos al arquitecto Héctor Velarde, a quien asesoró, en virtud de sugerencias mías, un grupo de bibliotecarios profesionales, miembros de la Biblioteca Nacional. La elección se basó, única y exclusivamente, en la capacidad de Velarde, en mi vieja y afectuosa amistad con él y, sobre todo, en el antecedente de que él ya había hecho el proyecto del local de la biblioteca para la Escuela Normal de La Cantuta con similar asesoría. Los planos quedaron aprobados por resolución ministerial suscrita por mí el 12 de agosto de 1958.

Hecha la correspondiente licitación, empezó a construirse el edificio, el primero dedicado, fuera de Lima, específicamente a una biblioteca. El Ministerio asumió, con interés especial y permanente, la tarea de atender a todo lo referente a la adquisición de libros y de mobiliario, también bajo las directivas de mis antiguos amigos bibliotecarios. No podíamos enviar a Tacna un material de lectura arbitrariamente escogido, sino el que pareciera más adecuado a las necesidades de la zona.

Por desgracia para mí, se produjo mi renuncia del Ministerio cuando la edificación no había concluido. El sumiso ex-diplomático a quien ya me he referido, aprovechó inmediatamente el nuevo estado de cosas. Mediante su amistad con doña Clorinda Málaga de Prado, obtuvo poderes absolutos en relación con la obra. De ella no faltaba nada más que terminarla y nombrar el personal administrativo; en cuanto a la catalogación y la clasificación de los fondos bibliográficos, ellas se habían hecho o estaban haciéndose en la Biblioteca Nacional de Lima. Designó, repito, a ese equipo administrativo y se dedicó a organizar la solemne inauguración del nuevo organismo cultural establecido en Tacna. A esa ceremonia no fui invitado. En ella quedó descorrida una suntuosa placa, de acuerdo con la cual el ex-diplomático aparece como el cerebro luminoso que planificó y organizó la institución. Mi nombre figura como el de un amanuense, simple firmante del decreto respectivo. No faltó en dicho acto, según me contaron, quien interrumpiese cierto discurso con el grito "¡Viva Basadre!"

El ex-embajador siguió actuando como propietario de la biblioteca, si bien no me consta que, dueño de gran fortuna personal y familiar, la ayudase económicamente. El derrumbe del régimen de Prado por un golpe militar no le afectó, ya que supo retener su influencia durante el periodo de la Junta de Pérez Godoy y la de Lindley y también en la época de Belaúnde. En Lima ¿a quién le importaba la biblioteca y el museo de Tacna si yo mantenía mi digna prescindencia?

Nada de lo que anteriormente refiero habría sido incluido en estas páginas, si no se hubiera producido un hecho muy desagradable. Después del sensible fallecimiento del ex-diplomático, la familia publicó en *El Comercio* del 5 de setiembre de 1975 un aviso en el que asevera que, gracias a él, cientos de jóvenes pueden ahora obtener cultura en Tacna "a través de los 40,000 libros que les puso en la mano un tacneño ejemplar". En el diario de esa ciudad se ha repetido, a través de personas interesadas o carentes de informaciones exactas sobre la verdad de las cosas y ante un aprobatorio silencio general, la misma versión "La Casa de la Cultura de Tacna es fruto de sus desvelos y esfuerzos", escribe una entusiasta señora. "Gracias a él tenemos dentro de un bello y magnífico edificio, volúmenes, cuadros, retratos de personajes ilustres, documentos que reviven la historia de Tacna..." "Su nombre figura en la placa recordatoria de la entrada; justo sería que su efigie formara parte de la galería de bronce de hijos predilectos que el museo posee".

Al hallar tantos ditirambos, podría suponerse que la Casa de la Cultura es una entidad cuyo nacimiento provino de una actitud de pródiga generosidad individual o familiar, como suele ocurrir en Estados Unidos. Se olvida el aporte fundamental y decisivo del Estado. Cállase la verdad de que Tacna volvió al Perú en 1929 y que el filántropo nada hizo ni en la década de los 930, ni en la década de los 940, ni en los primeros años de los 950 animados por las obras que el Presidente Odría emprendió en Tacna. La biblioteca que tanto se utiliza ahora como instrumento para un homenaje tan circunscrito es, vuelvo a decirlo, una obra que pertenece al momento en que un bibliotecario fue Ministro. Ignórase cuál fue la preparación y dónde estuvieron los antecedentes del ilustre difunto en el campo bibliotécnico, bibliológico o biblioeconómico.

X Ayuda a otras bibliotecas. La primera edición del folleto sobre Pequeñas Bibliotecas Públicas. Los diez tomos de la Biblioteca del Estudiante Peruano dirigida por Luís Jaime Cisneros.

La adquisición de la biblioteca quechua y aymara de Paul Rivet, la mejor colección del mundo en su género.

Hubo entre 1956 y 1958, también ayuda suministrada a la Biblioteca Municipal Ricardo Palma de Miraflores para su traslado a una nueva casa, para la refacción total y la adaptación de este inmueble y para el incremento de sus fondos bibliográficos, de su mobiliario y de su equipo.

Llegaron a ser elaborados los planos para la Biblioteca Municipal de La Victoria. Sin embargo, ese Concejo Distrital no cumplió con los compromisos que asumió con relación a este asunto.

Se brindó, por otra parte, ayuda considerable a varias bibliotecas escolares; y, en especial, a las diversas Escuelas de Bellas Artes en el país, a la Escuela de Música, al Instituto Nacional de Arte Dramático y al Instituto Politécnico José Pardo. Por mi sugerencia, el Servicio Cooperativo Peruano Norteamericano reunió una nutrida serie de libros fundamentales sobre asuntos pedagógicos publicados en castellano, para enviarlos a todas y cada una de las Escuelas Normales de provincias. Varias de ellas carecían de biblioteca, hecho increíble. En la reforma de 1956 la asignatura de Bibliotecas Escolares fue agregada al plan de estudios de las Escuelas Normales.

El Ministerio editó la obra *Pequeñas bibliotecas públicas. Normas para su organización y su funcionamiento*, escrita por las bibliotecarias Carmen Ortiz de Zevallos y Cristina Duarte de Morales. Ella fue distribuida entre las entidades municipales de provincias, las escolares y otros centros en los que podía ser útil. La edición se agotó rápidamente. Una edición más minuciosa, redactada por Carmen Ortiz de Zevallos y Antonieta Bailón, pero que tiene su origen en la anterior, fue auspiciada años más tarde por Carlos Cueto Fernandini. Rindo homenaje aquí a la sagrada devoción que por la difusión del libro tuvo este gran educador, gran caballero, gran Director de la Biblioteca Nacional y decidido promotor de la difusión de la cultura popular en todas sus formas.

Para estimular el hábito de la lectura y crear un fondo básico, fue repartida gratuitamente entre los alumnos que terminaron en 1958 su educación secundaria común y técnica en las Grandes Unidades Escolares y Colegios Nacionales de la República, la *Biblioteca del estudiante peruano*, que dirigió Luis Jaime Cisneros. Esta colección estuvo formada por los siguientes libros: *Las enseñanzas bíblicas*, *Palabras a la juventud*, *Antología de la literatura fantástica*, *Arte milenario del Perú*, *Tres héroes peruanos*, *Los Comentaristas Reales*, *Selección de Tradiciones Peruanas*, *el Perú en la Independencia* y *Nueva imagen del mundo físico*. Nunca quienes egresaron de la educación secundaria habían recibido obsequio análogo. Nunca lo han recibido después.

La compra hecha por el Ministerio de Educación de la colección de las obras en quechua y en aymara reunidas durante muchos años por Paul Rivet con la finalidad de entregarla a la Biblioteca Nacional, fue un gran acontecimiento para la cultura del Perú. Hizo posible esa compra tan valiosa una carta personal que me envió Rivet después de la negativa rotunda que había recibido del Director de la Biblioteca; y fue decisivo el interés que dedicó al asunto el Presidente Manuel Prado, contertulio del sabio francés en París. Es, repito, la mejor colección en quechua y aymara conocida" (19).

(19) Véase "El valor cultural y educativo de los idiomas indígenas y la biblioteca Rivet" en el libro de J. Basad re. *Materiales para otra morada*. Lima, Librería la Universidad, 1960 págs. 81-91.

No faltaron malsanos que propalaron la especie de que, en actitud deshonesto, Rivet nos había engañado con la venta de "huesos". Pero la biblioteca Rivet llegó íntegra; y su catálogo estaba en la monumental bibliografía quechua y aymara del maestro.

Desde 1963, al no existir ya las circunstancias adversas mencionadas antes, el Fondo San Martín pasó a ser administrado por la Biblioteca Nacional. El impulso iniciado en 1956 ha aumentado considerablemente, a pesar de dificultades y tropiezos múltiples; y debe proseguir mejorar y expandirse por los más variados conductos. La primera y la segunda Biblioteca Nacional no irradiaron sobre el movimiento bibliotecario en el país, con enormes proyecciones hacia el futuro; éste no es el caso de la Biblioteca Nacional erigida, bajo tan desfavorables circunstancias; en 1943-1948.